

GREGORIO VERBITSKY

RIVERA
AFÁN DE MEDIO SIGLO

COMISIÓN DEL CINCUENTENARIO DE RIVERA Y SUS COLONIAS
1905 - 1955

Copyright by
Comisión del Cincuentenario de Rivera
y sus Colonias.
Hecho el depósito que marca la ley.

Printed in Argentine - Impreso en Argentina

Este libro se terminó de imprimir el día 8 de Marzo de 1955,
en los Talleres Gráficos Julio Kaufman S.R.L. - Av.
Corrientes 1976, Buenos Aires. Rep. Argentina

COMISIÓN DEL CINCUENTENARIO DE RIVERA Y SUS COLONIAS

Presidencia Honoraria:

Jewish Colonization Association
Intendencia Municipal del Partido de Adolfo Alsina
y las instituciones que integraron la Comisión Preparatoria

Sean estas líneas la expresión del sincero reconocimiento del autor, por la colaboración que le prestaron, a los señores:

Jacques Abravanel, José L. Acevedo, Manuel Beiser, Ernesto Bolton, Fanny K. de Brodsky, León Brodsky, Jack Callius, Juan Cejpek, Gregorio Cherny, Isaac Dayán, Berta S. de Dimentstein, León Dimentstein, José Dujovne, Sansón Drucaroff, Pedro García, Israel Gavinoser, Jacobo Gelman, Bernardo Gorer, Isaac Greis, Isaac Grosman, Ernesto Guberman, Bernardo Hirchoren, Isaac Kaplan, León Karahelnicoff, Jacobo Katochinsky, Moisés Kuchelevsky, Antonio, León y Víctor Lapacó, Ana Levinsteim, Alfredo Lewkowitz, Haydée M. de Libensohn, Isaac Libensohn, Francisco Loewy, José López Orte, Isaac Marchevsky, Moisés Melman, Aarón Mosnaim, Bernardo Papiermeister, Saúl Pirotzky, Wolf Plotkin, Sinovi Pogost, Nicolás Rapoport, José Ratuschny, Aarón Resnicoff, José Resnicoff, señora de Rosenfeld, Mariano Sanz, Lázaro Schalman, Isaac Schatzky, Ana K. de Schlapacoff, Gregorio Schnir, Naón Schamsanovsky, Eugenia F. de Simkin, León Slutzky, Sara A. de Sonnemberg, Arnoldo Stronguin, León M. Szwimer, Simón Weill, Bernardo Verbitsky, Idel Verbitsky, Salomón Vodovosoff, David Zmud.

Y a título póstumo a:

Alejandro Cherny Zina P. de Guberman Saúl Stronguin

INDICE

	PAG.
Primera Parte	
COLONOS JUDIOS EN TIERRA DE INDIOS	7
I – Visión retrospectiva y homenaje	8
II – El Barón de Hirsch y su obra	19
III – El punto de partida	31
IV – Breve noticia histórico-geográfica	41
V – El alba de la colonia	47
VI – Crece un pueblo	77
VII – Historia de un honroso fracaso	92
VIII – El hombre y la tierra. La ICA y los colonos	105
Segunda Parte	
RIVERA A TRAVES DE SUS INSTITUCIONES	119
IX – La vida judía	120
X – El instrumento de la cultura rivereña	133
XI – Granjeros Unidos, definición y ejemplo	151
XII – La Cooperativa de Tamberos, fomento y emulación ...	167
XIII – La asistencia médica y el hospital Dr. Noé Yarcho ...	176
XIV – Las instituciones deportivas	186
XV – Colonia Lapin, una obra de la solidaridad	195
XVI – Rivera de hoy y su futuro	205

PRIMERA PARTE

COLONOS JUDIOS
EN TIERRA DE INDIOS

I

VISION RETROSPECTIVA Y HOMENAJE

Este es el relato de medio siglo de historia. Pequeña historia de un pueblo pequeño, que quizá no ha crecido en estos cincuenta años en proporción adecuada al duro esfuerzo de sus pobladores.

Pero ha crecido, en fin; se ha desarrollado y afianzado. Y la historia de estos diez lustros es la crónica de los afanes y desvelos de quienes lo amaron; de aquellos que aspiraban a convertirlo en foco de progreso en el confín de la llanura bonaerense en que para ellos, sus hijos y sus nietos, levantaron su hogar.

Es la historia de Rivera. La vida de una de las colonias judías de la Provincia de Buenos Aires, la colonia Barón Hirsch, que en este otoño de 1955 celebra el cincuentenario de la llegada de sus primeros habitantes.

Ellos representaban, en esos lejanos comienzos de 1905, una avanzada de progreso en una zona que estaba en el ámbito de aquella que Lucio V. Mansilla describiera en su libro famoso; que apenas había cambiado desde que las huestes del general Levalle, fundador de Carhué, la incorporaran al ámbito geográfico argentino.

Venían, por rastrilladas y pajonales, a alambrar el país de los ranqueles; a arbolarlo y a sembrarlo de trigo.

No eran agricultores, o lo eran muy pocos de ellos. Hicieron aquí su difícil aprendizaje, y la experiencia que adquirieron fue el fruto de reiterados fracasos y largos sacrificios.

No ha de medirse el valor de su esfuerzo por los estrictos frutos de aquellos sacrificios; por el premio a su obstinada tenacidad. Tardó en llegar, y tanto como esa tardía recompensa, el desequilibrio entre la magnitud del esfuerzo y los resultados acaso sean la mejor definición de la oscura epopeya que emprendieron cincuenta años atrás.

Fueron, en el más puro sentido de la palabra, auténticos pioneros; adelantados de una conquista pacífica que en zonas más propicias y en condiciones más benignas se hubiera traducido, sobre todo en términos urbanos y edilicios, en frutos harto más espectaculares que los que Rivera puede exhibir en su cincuentenario.

No les movía el afán de prosperidad económica, que casi todos disfrutaban en las aldeas del sud de Rusia de donde procedían. Buscaban un clima de libertad que este país bendito les ofrecía, en contraste con la opresión que padecían bajo el zarismo, sometidos a la humillante vejación de las restricciones oficiales y a la constante amenaza del pogrom. Eran judíos que anhelaban vivir en paz una vida judía, preservar su antigua fe, obrar de acuerdo con los preceptos del Libro de los Libros. Pero eran sobre todo hombres con vocación de libertad y de dignidad, y para vivir una vida libre y digna venían a la Argentina, dispuestos a pagarla en moneda de trabajo, sin que por arduo que él fuera, pudiera este precio parecerles demasiado alto.

Venían ansiosos de amar como propia esta tierra que ya era la suya, y que pronto iba a ser la patria de sus hijos. La amaron, la regaron con sudor, la labraron con fatigas y esperanzas. No siempre esas fatigas hallaron retribución; no siempre esas esperanzas resultaron colmadas. No todos permanecieron junto al surco, no obstante exhibir Rivera la mayor proporción, entre las colonias judías, de chacareros que viven en su campo. Algunos emigraron a la ciudad; otros se quedaron pero vieron partir a sus hijos, atraídos por perspectivas que allí no tenían. Muchos de los que se fueron hoy son

abogados, médicos, ingenieros, profesionales, hombres de empresas. Pero en la tierra o lejos de ella, todos aportaron el fruto de sus energías a algo que les fue caro desde el primer día: el progreso argentino, unos en el ámbito del pueblito bienamado, otro en el escenario más vasto pero más diluido de la ciudad.

No teorizaban sobre ello ni se sentían pioneros o héroes. Trabajaban duramente por su propio bienestar y por el de sus hijos. Pero el progreso del común es siempre el fruto del esfuerzo individual. Si todos los hijos de Rivera hubieran permanecido allí; si todos sus trajines, al traducirse en prosperidad para ellos, hubieran podido incidir también en el progreso del pueblo, bien distinta sería hoy su fisonomía.

Por eso es como si los que triunfaron fuera del pueblo, sintieran que le deben algo de lo que conquistaron con el esfuerzo aplicado lejos de él. Y algunas de las iniciativas de más significado para Rivera en los últimos años, contaron con la colaboración de los que en Buenos Aires alimentan la llama de la vieja devoción por el pueblo, avivada por el recuerdo idealizado de sus calles polvorientas; por la evocación de un clima espiritual inconfundible como pocos, y ya en algún caso mezclada con la nostalgia de una infancia cada vez más lejana y por lo mismo más bella a la distancia.

Pero el problema del éxodo no era tan solo de Rivera sino de todo el campo argentino. En la colonia Barón Hirsch se vió agudizado por el afán, peculiarmente judío, de dar a los hijos una instrucción que en la chacra no podían esperar. Los hijos se marchaban a estudiar a la ciudad, y tras ellos se iban a menudo los padres, lo que privó a Rivera de muchos de sus pobladores. Hoy la localidad posee dos establecimientos de segunda enseñanza, que representan allí un instrumento esencial de la lucha contra el éxodo. Eso, y la prosperidad que por fin llegó para los que permanecieron en el campo superando los obstáculos y la inexperiencia; sobreponiéndose una y otra vez a la adversidad de una naturaleza hostil, abre a la Rivera de hoy unas posibilidades de progreso acelerado que antes no existían.

El esfuerzo de los fundadores no había sido, pues, estéril. Y aunque no pocos sucumbieron a las dificultades, y otros debieron aplicar a vencerlas desmedidas energías, lograron por fin desbrozar el camino, que hoy está expedito gracias a su tenaz empeño.

Por eso la celebración del cincuentenario es antes que nada un homenaje a su memoria, y por eso este libro, que aspira a concretar ese homenaje en letra impresa, intenta reconstruir la atmósfera moral en que vivieron aquellos hombres y mujeres trasplantados a un medio tan distinto del suyo; afanados en una tarea tan dura y tan sin parangón con la que habían realizado hasta entonces, pero anhelosos de mantener su condición de seres pensantes; de elevar sus preces al Señor sin coerciones ni sobresaltos; de educar a sus hijos libres de inhibiciones o de discriminación.

* * *

Venían a trabajar la tierra pero querían ser algo distinto del *mujik* ruso que era para ellos la imagen del campesino sin otro horizonte que un trabajo embrutecedor. Tenían fe en el valor de la inteligencia, y en el alba misma de la colonia, en los tempranos días en que para representar a Chejov levantaban un escenario de cajones, ya expresaban ese afán de cultura que los poseía como una obsesión, y que en ese rincón perdido en el linde de la pampa traducíase en lecturas, en actos literarios, en un centro cultural, en una biblioteca, conmovedoras expresiones de su devoción por la palabra escrita. Gustaban de aquellos escritores que mostraban una común inquietud por el destino del hombre, y en sus predilecciones se confundían voceros y conductores del pueblo judío, con los escritores preferidos de la *inteligentzia* rusa, a la que algunos de ellos mismos estaban próximos por su formación. Aunque provenían de un medio judío más en contacto con el Mundo no judío, de lo que estaban, por ejemplo, los que afluyeron a colonias de Entre Ríos o Santa Fe, no por ello guardaban menos viva la llama

de su fe mosaica, o rendían tributo menos fervoroso a los grandes valores del judaísmo. Y cuando al conjuro del tiempo y del medio cedieron las barreras idiomáticas; cuando penetraron en el conocimiento de los valores argentinos, acendrado por la emoción patriótica inculcada a los hijos en la escuela o por las lecturas en la lengua de adopción, Rivera presenció cómo se honraba a San Martín y a Belgrano, a Sarmiento y a Alberdi; cómo se exaltaba el sentimiento patrio en las fiestas conmemorativas; cómo se rendía tributo de admiración a José Ingenieros o al creador de Martín Fierro.

Para ello no necesitaban retacear su admiración por Sholem. Aleijem o su homenaje a Teodoro Herzl. Ambas expresiones, la del fervor argentino y el fervor judío, cabían juntas en la vida de Rivera, y ese fue su signo durante los años que ahora suman medio siglo.

En la modalidad de sus habitantes ocurrió lo mismo. La segunda generación, la de los muchachos criollos, fue gaucha sin dejar de ser judía. Gauchos judíos llamó Gerchunoff a los colonos entrerrianos, y dijo bien. También los de Rivera eran judíos de a caballo, criollos con todos los atributos del hombre de nuestro campo, pero sin perder el apego a la vieja tradición de sus abuelos; sin dejar de ser fieles a las antiguas enseñanzas de los Profetas. Quizá, paradójicamente, ahora que un sólido templo monumental ha reemplazado a la sinagoga humilde de los primeros tiempos, la religiosidad no encuentra en las nuevas generaciones el mismo eco que le prestan los ancianos piadosos de la generación pasada. Es un signo de la época, y no sólo en Rivera. Pero un hecho nuevo vino entretanto a dar valor de símbolo a toda afirmación de judaísmo: la solidaridad con el Estado de Israel. En Rivera, como en el resto del país, ella expresa el sentir de los judíos argentinos, que al afirmar su conexión espiritual con la nación israelí reconstruida en el solar histórico se sienten mejores argentinos, en cuanto afirman ideales de libertad y de justicia que les son comunes como hijos de este país y como descendientes de los Macabeos.

En este espíritu se sienten alentados por un alto vocero argentino, el presidente de la República general Juan Perón, que al exaltar el ejemplo de Israel y su amistad con nuestra nación,

responde a la mejor tradición argentina, aquella que al no reconocer diferencias de sangre o de nacimiento, ni discriminación por razones de raza o credo, hizo posible justamente el arraigo de los inmigrantes israelitas en nuestro territorio.

* * *

Aquel anhelo de cultura, y otro elemento aun más importante, la solidaridad, son los dos factores esenciales en la vida de Rivera; el hilo conductor que anuda toda su historia. Y si el primero se manifiesta principalmente en una institución, en torno a la cual se lleva a cabo casi toda la vida cultural de la colonia, el otro es el que anima permanentemente la acción colectiva de los pobladores, traducida en instituciones de bien público que Rivera exhibe entre sus más legítimos motivos de orgullo.

Aun en aquellos casos en que el éxito no las acompañó, como el de la Cooperativa Agrícola Barón Hirsch (una de las primeras que existieron en el país) el fracaso, descontada la parte atribuible a inexperiencia, tenía un origen que lejos de afectar a sus dirigentes los enaltecía, ya que era ese espíritu de solidaridad, ese afán de ayudar, lo que más de una vez conspiró contra una saludable evolución comercial, excediendo la esfera puramente económica de su actividad.

Así, por ejemplo, cuando contrata al médico del pueblo y costea su sueldo, o cuando toma a su cargo la responsabilidad de mantener el hospital, creando una tradición que diez años más tarde retoma su continuadora, la Cooperativa Granjeros Unidos. O cuando acude en auxilio de los colonos afectados por calamidades, o intercede ante la ICA, los poderes públicos u otras instituciones, en gestiones de beneficio común.

Y aún puede afirmarse que la primera cooperativa fracasó porque fue el parangón entre la inexperiencia de los colonos y la dura realidad que debían enfrentar. A la luz de ese fracaso, la

segunda cooperativa pudo evitar escollos, capear los años malos — que fueron muchos y muy duros—y llegar a convertirse, ya a cubierto de toda contingencia, en un saneado instrumento económico de la colonia.

En este sentido correspondió a Rivera una acción precursora en el cooperativismo agrario argentino, y judío. Su participación en las actividades y en el desarrollo de la Fraternidad Agraria Israelita, es un capítulo honroso —al que hemos de pasar revista— de la historia del agro riverense, tanto por lo que representó para la colonia misma como por la significación de su aporte al conjunto de la colonización judía en nuestro país.

* * *

Dijimos que este libro quiere ser un homenaje a la memoria de los primeros colonos, legítimos fundadores de Rivera. Pero es también un homenaje a la noble figura de aquel cuyo nombre lleva la colonia, el Barón Mauricio de Hirsch, padre de la colonización judía en la Argentina, cuya inspiración y generosidad, al volcarse en la realización de una idea, hicieron posible el trasiego a nuestra tierra de aquellos inmigrantes judíos, cuyos descendientes argentinos honran su recuerdo en este cincuentenario.

Estas páginas contendrán, tanto como una exégesis del esfuerzo de esos primeros pobladores, precisas referencias a la acción desarrollada por la institución que creara el Barón de Hirsch, instrumento de su iniciativa colonizadora: la Jewish Colonization Association.

Ha de ponerse en ellas objetividad rigurosa, tendiente a ubicar a este libro en un plano equidistante de los defensores y los detractores. No es fácil, porque siempre se encaró la acción de la ICA con criterio polémico, y en el juicio acerca de ella es susceptible de variar, sin torcer la verdad en uno u otro sentido, según sea el ángulo desde donde se enfoque.

No hemos de situarnos, naturalmente, ní en uno ni en otro, y este trabajo no ha de ser ni una censura ni un panegírico. Mal puede ser lo primero puesto que la ICA, no obstante todos los errores y tropiezos, llevó adelante la obra grandiosa concebida por el Barón de Hirsch; fue su brazo ejecutor. Y tampoco ha de ser una loa, porque no es ese el propósito del libro; porque no se intentará silenciar el juicio de los que criticaron con razón algunos de sus antiguos procedimientos, y porque, como toda obra ejecutada por hombres de carne y hueso, no siempre fue perfecta, por nobilísimo que fuera el móvil que la guiaba.

Acaso la dificultad en ser objetivo resulte menor de lo previsto, con sólo adoptar la sencilla técnica de no tomar partido y escuchar las razones que se exponen de un lado y de otro; de mantenerse ajeno a toda disputa, analizando los argumentos en pro de la ICA sin parcialidad, y los argumentos desfavorables sin encono. El discurrir del tiempo y la evolución de la colonia han quitado sentido, por lo demás, a muchos elementos de esa polémica. La propia ICA reconoció a la larga la razón que asistía a algunas de esas críticas, al rectificar el criterio que más empeñosamente le discutieron los colonos.

Muchas de esas críticas sólo conservan ya un valor anecdótico, y tanto ellas como su refutación provendrán de testimonios igualmente respetables, aunque representen extremos opuestos en el enfoque del problema: digamos, por ejemplo, los de Don Arturo Bab y del director Cazés, entre los desaparecidos; o, de los que se recogieron en boca de ellos mismos, el de un colono típico y el de un hombre que representa tan cabalmente la acción de la ICA como el ingeniero Simón Weill.

Al margen de toda discusión, han de registrarse asimismo las realizaciones de la ICA que integran el cuadro general de su aporte a la obra que, las colonias representaban: escuelas, participación en la tarea cooperativista, subsidios para obras de bien común. En época más reciente, bajo la presión de la catástrofe europea que urgía la salvación de judíos amenazados de exterminio, creación de colonias

nuevas, traslado y arraigo, en colaboración con otras instituciones judías, de grupos enteros de refugiados.

Ha de aclararse, para que se comprenda el carácter de la colonización de Rivera, que aquí la empresa de la ICA no tenía en absoluto contornos filantrópicos. Los colonos venían con recursos propios y a su costa, como veremos en el capítulo respectivo, y las dificultades no provenían de un desencuentro entre protectora y protegido, como pudo haber ocurrido en otros lugares.

Provenían de factores naturales, y las agravaban otros que aun siéndolo, quizá pudieron haber sido evitados. Uno de ellos era la zona misma, cuyas condiciones climáticas acrecentaban el riesgo de fracaso de las cosechas, sobre todo en un sistema de monocultivo donde la suerte de todo el trabajo del año se jugaba a una sola carta. Otro era la inexperiencia, agravada por un asesoramiento a veces inadecuado, ya que el agrónomo no siempre conocía el medio mejor que los colonos. Y otro residía, por fin, en la conformación especial de la colonia, con sus parcelas reducidas que probaron ser insuficientes. Cuando la posibilidad de agrandar los lotes permitió emprender la explotación mixta, imperativo de esa zona apta para la ganadería; cuando el colono aprendió, a costa de amargos fracasos, la rotación de los cultivos, la selección de semilla, la aplicación de principios agronómicos que en los comienzos desconocía en absoluto, todo el panorama empezó a cambiar.

Justo es reconocer que los directores y expertos de la ICA prevenían contra el monocultivo, que instaban a no sembrar trigo sobre trigo, y esas prevenciones están documentadas en informes de los primeros años. ¿Pero de qué servía aconsejar la explotación mixta si el espacio disponible no permitía llevarla a cabo? Una de las paradojas de la colonia fue que el triunfo de algunos provino del éxodo de los que desistieron: los que permanecían, al agregar más tierra a la que ya explotaban, pudieron prosperar donde antes habían vegetado. Los sembradores de trigo se hicieron también ganaderos, y al poseer más tierra aprendieron a engordarla y a trabajarla mejor, para que rindiera más frutos. Una nueva cooperativa, la de tamberos,

vino a completar la transformación. Y contó —lo que no deja de ser una definición—, con la decidida colaboración de la ICA.

Pero aquí no han de adelantarse detalles. Los contendrá cada capítulo, ya que este panorama general quiere ser eso, un esbozo de todos los temas, y con él un anticipo del homenaje que ha de estar implícito en cada uno de los aspectos de la obra realizada por los precursores y quienes la continuaron.

* * *

Antes de ponerle fin el autor quiere decir, en relación con este libro, algunas palabras sobre sí mismo.

La Comisión del Cincuentenario, lo eligió porque lo considera un hijo de Rivera, lo que si bien es cierto sólo en parte, ya que no nació en Rivera sino en Bahía Blanca, tampoco deja de serlo porque de Rivera le vienen los primeros recuerdos; porque allí vivió su infancia.

Cuando volvió a Rivera, en el primero de sus viajes relacionados con el cincuentenario y con el libro, hacía treinta y cinco años que no ponía los pies en el pueblo. Por eso fue tan viva la emoción del reencuentro con recuerdos casi totalmente borrados de su memoria; tan punzante la de hallar el nombre de su padre en viejos libros de actas que contenían testimonios de actuaciones ignoradas; tan honda la de encontrarse con antiguas amigas de su madre, que la recordaban con el mismo cariño que ella les profesara cuarenta años atrás.

El autor iba a poner en su trabajo las dos condiciones que, requería más: amor y objetividad. Pero iba a poner amor y no pasión, y esto es lo que definía el acierto de quienes lo eligieron. Era casi un hijo de Rivera, pero no lo era tanto como para dejar asomar en las páginas de este libro

amarguras heredadas, o el trasunto de problemas superados hace ya mucho tiempo.

Iba a ser un espectador y no un actor. Con criterio de espectador, atento pero ecuánime, el autor hurgó viejos papeles, charló con antiguos pobladores, se empapó de la vida del pueblo y del recuerdo de sus pioneros; de la crónica de sus tribulaciones y de sus triunfos; de esta pequeña historia que comienza a agrandarse porque ya cuenta medio siglo.

No le corresponde anticipar si cree que el libro es lo que los hijos de Rivera esperan que sea: ni siquiera si acertó en la intención de ser tan objetivo y sincero como se proponía.

De la vida de estos cincuenta años de Rivera quiso registrar, con la máxima fidelidad, aquello que define el espíritu de la colonia Barón Hirsch; la inspiración de sus fundadores. No la crónica menuda sino tan sólo aquellos episodios o creaciones que marcan etapas en la vida del pueblo.

Y trató, sobre todo, de ser leal a un propósito: responder al anhelo de sus mandantes, los pobladores de Rivera representados por la Comisión del Cincuentenario, de honrar a sus mayores al reconstruir, con el recuerdo de sus primeros pasos, aquello que define mejor el contenido de su empeño. Aquello que convierte su simple afán de vivir una vida mejor, en una pequeña empresa civilizadora.

II

EL BARON DE HIRSCH Y SU OBRA.

Este libro quiere ser también, se ha dicho ya, un homenaje al Barón de Hirsch, cuya idea fue el móvil y su creación el instrumento de la colonización judía en la Argentina.

Cuando los primeros pobladores llegaron a lo que más tarde fue Rivera, hacía ya nueve años que el creador de la ICA había desaparecido. Su nombre y su figura eran casi legendarios aún mientras vivía. Después de muerto se agrandó más y más, y para los hombres de la colonia que llevaba su nombre, este fue siempre un símbolo de lo que su idea tenía de más puro y generoso, limpia de las complicaciones que la realidad le fue agregando; de los problemas inevitables que la aplicación práctica de la iniciativa debía traer aparejados.

Por eso, cuando en Rivera se piensa en Mauricio de Hirsch — precisamente en Rivera, que nunca supo, como los colonos de Moisés Vine o de Colonia Mauricio, del Barón vivo al frente de su creación— se le evoca un poco como los niños piensan en los próceres, con esa unción que excluye el análisis, porque tienen de ellos una imagen que se confunde con la idea misma de la patria que construyeron.

Pero el análisis ayuda a valorarlo mejor. Al descenderlo del pedestal y verlo con sus virtudes y sus defectos, resalta, en contraste con su temperamento, la significación profunda de su reacción ante el drama judío; su infinita piedad por los pobres seres humillados y ofendidos que, desde el infierno zarista, asociaban su nombre con el de esa Argentina fabulosa donde él quería que construyeran una nueva vida.

Su bondad era una bondad militante. Además de apiadarse de los judíos luchó por ayudarlos. Quienes lo conocieron no hablan de él como de un hombre dulce y tierno; más bien la pintura es exactamente opuesta: parco, autoritario, hombre de pocas palabras y aún menos efusiones. Pero el que a este capitán de grandes empresas, a este banquero que movilizaba cientos de millones de acuerdo con planes fríamente concebidos y ejecutados, pudiera haberle conmovido la miseria de sus remotos hermanos de la Europa oriental es algo que lo define mejor que todos los adjetivos. Y el simple afán de salvarlos y los esfuerzos que en ese sentido desplegó, hablan en su favor con más elocuencia que la misma organización que montó para lograrlo, a costa de ingentes gastos y no pocos sinsabores.

* * *

El homenaje que quiere ser este capítulo no exige una estricta semblanza biográfica, en verdad innecesaria tras las abundantes biografías publicadas del Barón de Hirsch. Ha de entenderse —y esto es válido tanto aplicado a él mismo como al comienzo de su obra— que lo ya editado nos exime de detalles, en un libro que al enfocar una empresa posterior, tan peculiar y tan poco descripta como la de Rivera, viene a completar el panorama general de la colonización judía, y no a transitar sobre todo el conjunto. Por lo que atañe a la vida del Barón, la bellísima semblanza de Alberto Gerchunoff contenida en el libro *50 Años de Colonización Judía en la Argentina*, obligaría más bien —si no reputáramos inadecuado el arbitrio— a reproducirla íntegramente que a acudir a sus detalles conocidos, soslayando lo que en ella es, más que biografía, fruto de su estilo incomparable.

No acudimos sólo a ella, naturalmente, y entre los materiales consultados nos ha sido particularmente útil un trabajo no publicado del ingeniero Simón Weill que completa, incluso con

recuerdos personales, los elementos para una apreciación de la figura del Barón de Hirsch.

Lo que resalta más en ella es el contraste entre lo encumbrado de su posición y su acendrado judaísmo, cimentado en una educación religiosa y en unos sentimientos que le fueran inculcados por su madre, Carolina Wertheimer, cuya devoción a los principios tradicionales le venía de lejos, de largos siglos de piedad forjada en el clima de la comunidad judía de Francfort, una de las más antiguas de Europa.

Tres generaciones de la baronía no habían atenuado esta solidaridad de la familia de Mauricio de Hirsch con su raza y su fe. Buenos judíos fueron su abuelo y su padre. Jacobo de Hirsch, ya en 1818, había recibido de su amigo el Rey de Baviera, por servicios eminentes, el título de Barón de Gereuth, que trasmitió a su hijo Joseph y heredó mas tarde el joven Mauricio, nacido en Munich el 9 de diciembre de 1831. En esa corte de Baviera en que hallaban eco las inquietudes humanísticas y románticas, la música v las letras, los comienzos de nuestro Barón de Hirsch hallaron, al doble influjo del poder v de la fortuna, aliento propicio.

Pero sobrábale empuje propio para ceñirse demasiado a lo heredado y a la sola esfera de su ciudad natal. Se casó en Bélgica con Clara Bisschofheim, (*esa grande y santa dama*, la llamó el futuro Eduardo VII) hija de un senador del Reino, en cuya acreditada casa de banca inició su actividad, aunque bien pronto debió abandonarla porque su dinamismo chocó con métodos que reputaba demasiado conservadores.

Los suyos fueron harto más audaces, mas a tono con el genio financiero que había de convertirlo, en plazo no muy largo, en uno de los hombres más ricos de Europa. Supuesto que sólo recogemos de su biografía los datos esenciales, ha de mencionarse lo que fue una de sus principales empresas, la construcción de los ferrocarriles turcos, después de haber emprendido la de otros países del este de Europa. Ella define bien el carácter del Barón, que la inició contra todos los consejos y

presunciones de fracaso. Pero fue también la que al llevarle de un territorio al otro, lo puso en contacto con las juderías, con la miseria de los ghettos, con el drama de sus hermanos infortunados. De esa frecuentación surgió la idea de anudarlos, que primero se tradujo en considerables contribuciones a la obra filantrópica de la Alliance Israelite Uníverselle, pero luego tomó volumen y carácter propios.

Porque este banquero amigo de príncipes, este judío entre gentiles que alternaba con los dueños del viejo continente, sin dejar de afirmar el orgullo de su añeja estirpe, sentía muy próximo el dolor de su pueblo, y luchó por aliviarlo en lo que era redimible.

Suele compararse su acción con la obra de redención nacional del pueblo judío emprendida por Teodoro Herzl. Alex Bein, biógrafo del fundador del sionismo político, describe el contacto que Herzl tuvo con el Barón de Hirsch, en un vano intento de atraerlo a sus planes de creación de un estado judío en Palestina. Mientras Herzl promueve una solución del problema judío basada en las propias fuerzas de su pueblo y en su identidad nacional como motor de su destino histórico, Mauricio Hirsch la busca en una obra personal que, aún en proporciones colosales como él parece haberla imaginado, estaba definida y limitada por su carácter filantrópico.

La existencia de un Estado de Israel, que al realizar en nuestro tiempo la visión genial de Teodoro Herzl, proyectándolo en la historia como el último profeta del pueblo hebreo, quita proporción a todo paralelo. Pero no resta valor a la obra que en un plano distinto emprendiera el Barón de Hirsch para aliviar tragedia de los judíos del este de Europa.

Donde ella alcanzaba extremos que constituían la vergüenza del mundo civilizado era en la Rusia de los zares, que había rodeado a sus núcleos de población judía de un anillo de hierro de restricciones y trabas de todo orden, violencia moral sobre la que se proyectaba, de tanto en tanto, la violencia física de las masacres toleradas o aun organizadas por el poder público. Simón Weill

describe la emoción que causó en hogares judíos de Francia la noticia de que un magnate israelita se proponía ayudar a sus desdichados correligionarios rusos. Era va en los prolegómenos de la creación de la ICA, pero había detrás una larga historia de enojosas tramitaciones, y de fracasos. No dejaremos de repetir el grotesco suceso del millón de rublos donado por el Barón para las escuelas rusas, que desapareció en manos del conde Pobedonostzeff, porque pinta bien a este sombrío personaje, que desde la presidencia del Santo Sínodo manejaba los asuntos del estado, a los que aplicaba su mentalidad hondamente retrógrada, y sobre todo la suerte de los judíos, influida por el odio que confesadamente les profesaba.

El Barón de Hirsch deseaba aplicar en Rusia, en vasta escala, la experiencia filantrópica de la Alliance, pero ciñéndola a un grandioso plan educativo para los judíos, a quienes se proponía instruir en los oficios que hasta entonces les estaban sistemáticamente vedados. Advertido de que el hombre clave era el conde Pobedonostzeff, buscó contacto con él y le expuso su programa. El Procurador del Santo Sínodo proclamó cínicamente que eso era exactamente lo contrario de lo que deseaba para los judíos, porque pese a todas las limitaciones ya les llevaban ventaja a *Iván*, el hombre del pueblo ruso. ¡Qué no sería si los educaran! Lo que había que hacer era educar a los pobrecitos *mujiks*, pero el estado imperial no tenía recursos para ello.

No le dio, empero, una formal negativa al Barón. Y sobre el leve resquicio de posibilidad que le insinuara, Mauricio de Hirsch insistió en su proyecto y aun sugirió que podrían alcanzar recursos también para la obra educativa de los aldeanos rusos. A ello obedeció la entrega del famoso millón. jamás logró averiguarse el destino de este dinero, y en cuanto a la gestión misma, encaminada a destinar cincuenta millones de rublos a la creación de una red de escuelas profesionales judías, vino a parar en unas exigencias tan tortuosas que terminaron por liquidar el plan entero.

Allí comprendió el Barón que no había medio de ayudar a los judíos dentro de Rusia, y que la única solución estaba en sacarlos. Lograr el permiso del gobierno era una empresa aventurada pero no imposible, y el señor de Hirsch halló el hombre para esa misión. Era un caballero no judío, el periodista inglés Arnold White, a quien debe

rendirse homenaje —y aquí lo hacemos— porque logró, con inteligencia y habilidad, lo que vino a ser la condición previa de la colonización judía: el permiso de emigración, hasta entonces negado.

En el interín habían ocurrido dos cosas: el Barón de Hirsch perdió a su hijo único, Lucien, lo que le indujo a dedicar su fortuna entera a su obra de bien, y un úkase del gobierno ruso, que agravaba las restricciones ya existentes, desplazando a los judíos de las zonas fronterizas, promovió un desesperado afán de emigración entre las víctimas de ese trasiego inhumano.

José Mendelsohn ha escrito, filtrando prudentemente los datos entre testimonios a ratos contradictorios, sobre la así llamada migración de Kamenetz Podolsk, urgida por aquella interdicción, y promovida por la Conferencia de Catovitz, que fue su consecuencia. Tampoco aquí abundaremos en detalles que él ya aportó, al describir el génesis de la colonización en su capítulo del libro sobre el cincuentenario. Lo que importa acentuar, coincidiendo con Mendelsohn, es el carácter de precursores que invisten las 136 familias de Kamenetz Podolsk que llegaron en el valor *Wesser* a Buenos Aires el 14 de agosto de 1889, y tras penurias inenarrables fundaron la colonia de Moisesville, ya que aunque el Barón de Hirsch hubiese tenido aun desde antes la intención de iniciar la colonización en la Argentina, no hay duda que fue el relato de aquella odisea lo que le movió a emprenderla.

Hemos de sintetizarla brevísimamente, para que no falte en este libro el homenaje a los que abrieron el camino, así como al hombre que los puso en contacto con el Barón de Hirsch y dio los primeros pasos: Guillermo Loewenthal.

Las circunstancias de la partida y las gestiones preliminares son confusas, pero lo que está claro es que conducen a los viajeros del *Wesser* a una situación en que, ya en la Argentina, se encuentran con que todo lo convenido quedaba en nada. Entonces es cuando se produce el arreglo con Don Pedro Palacios para colonizarlos en sus campos de Santa Fe. En base a ese contrato, que lleva fecha del 28 de agosto de 1889, los inmigrantes parten para la zona en que un galpón de chapas y unos cuantos vagones en un desvío señalan el lugar que

había de ocupar la futura estación Palacios, del ferrocarril a Tucumán. Allí se instalan los presuntos colonos.

Y comienza una etapa en la que es preciso, para describirla, cuidarse de adjetivos, ya que todos se quedan cortos ante ese verdadero calvario. De esa etapa, que duró unos tres meses, data lo que arraigó con más fuerza a los colonos en ese pedazo de tierra inhóspita: los dos cementerios, que en Palacios y en Monigotes guardaban, cerca de las familias que aun permanecían allí, los cuerpecitos de los 61 niños que sucumbieron a la increíble aventura. Algunos murieron de enfermedad, y otros sencillamente de hambre. Por aquellos días los encontró, de viaje a Tucumán en misión científica, el hombre que cambió su destino, y a quien ha de reconocerse la gestión inicial en la creación de la ICA: Guillermo Loewenthal, profesor de una universidad suiza, un judío rumano occidentalizado a quien mas tarde, ya creada su Organización, el Barón de Hirsch puso al frente de la obra colonizadora.

Loewenthal comenzó por intervenir en Buenos Aires ante el propietario de los campos, y esa intervención parece haber sido decisiva para que el señor Palacios emprendiera formalmente la colonización prometida a los inmigrantes judíos literalmente abandonados en su propiedad. Las cincuenta familias que allí quedaban fueron trasladadas a lo que fue el emplazamiento definitivo de la colonia, se les proveyeron carpas de lona y algunos implementos, iniciándose el parcelamiento de lotes y siendo designado administrador un señor David Hurwitz, con quien por lo menos los colonos podían entenderse en idisch en su contacto con Palacios y con la gente del lugar. Y por fin, en un día de comienzos de diciembre de 1889, quedó inaugurada la colonia de Moisesville, cuyo rabino Aarón Goldman había sugerido el nombre y explicó en emocionadas palabras que la llamaban ciudad de Moisés porque era para ellos la tierra prometida, en esta Argentina generosa donde a costa de mil penurias habían encontrado la libertad.

La habían pagado muy caro. La pagaron con hijos, para quienes más les importaba edificar una nueva vida. Después ya ningún precio podía parecerles demasiado costoso.

* * *

El azar que llevara a Loewenthal a tropezarse con los inmigrantes puso en marcha la idea que condujo a la creación de la ICA. De regreso en París expuso ante el gran rabino Zadoc Kahn, espíritu generoso, que tuvo que ver con muchas iniciativas de ayuda, la necesidad de auxiliar a los pobladores de Moisesville y terminó sometiendo por intermedio de la Alliance, un detallado plan de colonización judía en la Argentina al Barón de Hirsch, quien lo aceptó en principio, aviniéndose a discutir los detalles en una reunión cuya acta debe considerarse el primer documento en la preexistencia de la ICA. Este documento adelanta lo que fue la idea madre de la institución: organizarla como un aparato comercial, cuyos beneficios deberían aplicarse indefinidamente a consolidar y extender la obra generosa que la inspiraba. Más tarde, al crearse oficialmente la Jewish Colonization Association el 24 de agosto de 1891, este principio era complementado con la disposición de no distribuir dividendos o beneficios, en la que se fundó el decreto del presidente Roca del 13 de febrero de 1900, eximiéndola de impuestos como asociación civil de carácter filantrópico. Pero entre esa primera enunciación de propósitos y la creación definitiva de la ICA median los esfuerzos y gestiones que realizó en la Argentina la misión Loewenthal, a quien el Barón envió para investigar las posibilidades y poner en marcha las primeras colonias, mientras su agente White lograba en Rusia el permiso de salida de quienes habían de pobladas.

Todavía no creada la ICA, las primeras gestiones de Loewenthal se hicieron bajo el rubro de *Empresa Colonizadora Barón Hirsch*. El delegado del Barón, que actuaba como su director, cumplió de inmediato con lo que estimaba su misión más urgente. Trasladóse a Moisesville (había pasado un año entero desde la fundación de la aldea de carpas que rodeaba al único rancho de adobe del Rabino Góldman; un año de vida durísima, que no melló empero la decisión inquebrantable de los colonos); les comunicó que en nombre del

Barón de Hirsch iba a comprar las tierras de Palacios; que su suerte estaría en buenas manos; que les traía ayuda; que sus largas tribulaciones tocaban a su fin. Más tarde repartió, en efecto, una primera cantidad a guisa de socorro, quince mil francos para cuya distribución se creó una cooperativa que ha de considerarse la primera que existió en el país, antecedente más o menos definido de la que fue luego *La Mutua Agrícola* de Moisesville.

Y de inmediato se dio a la tarea de comprar tierras para la obra de colonización. La primera fue el campo cercano a Carlos Casares que recibió el nombre de *Colonia Mauricio*. Moisesville fue la segunda, y a la compra de los campos de Palacios, ampliados más tarde con los de Monigotes, siguió la de las colonias Clara y San Antonio, en Entre Ríos.

Todo esto ocurría a mediados de 1891, coincidiendo con la creación de la ICA, inscrita en Londres con un capital de dos millones de libras como sociedad por acciones, veinte mil en total, de las que sólo el Barón de Hirsch poseía 19.990. Coincidió también con el arribo de los primeros barcos de inmigrantes, el *Lisboa*, el *Tijuca*, llegados en el mes de Agosto, y el Pampa, cuyo famoso viaje terminó en Buenos Aires el 22 de diciembre de 1891. Venían, por así decirlo, a urgir la tarea golpeando a las puertas. Eran los *judíos pobres y necesitados* a que aludían los estatutos de la ICA, cuya emigración y reasentamiento constituían su móvil. Con ellos se fundaron las primeras colonias, cuyas tribulaciones se iniciaron, puede afirmarse, desde el instante mismo del comienzo. No es materia de este libro la descripción de aquellos contratiempos, ni de los problemas que crearon entre los colonos y la administración local, así como entre esta y la central en Europa. Han sido abundantemente descritos y debatidos, y así como con los trabajos ya mencionados, y otros cuya mención no querernos omitir, como los de Israel Fingerman y Marcos Alpersohn entre los más conocidos, hemos de insistir en que, cuando se trata del tema general de la colonización, huelga repetir lo que otros han relatado.

Al enfrentarnos con la obra de Mauricio de Hirsch, surge de inmediato la evidencia de un desencuentro entre los colonos y sus colonizadores, documentado en cientos de testimonios escritos y

orales, y revelado por lo demás, especialmente en vida del Barón, en el reemplazo reiterado de los hombres que ponía al frente de la tarea en la Argentina. Nadie puede dudar de la nobleza de miras de un hombre como Loewenthal. Nadie pondría en tela de juicio el generoso aliento desinteresado de la obra del Barón. Y mucho menos, desde luego, podría admitirse que, como alguien intentó afirmarlo, los inmigrantes judíos no estaban dotados para el trabajo rural o trataran de rehuir el esfuerzo físico.

Harto probaron lo contrario, en las condiciones más duras que puedan imaginarse, y bastaría el ejemplo de los colonos desamparados en Palacios, trabajando como albañiles o aferrándose al suelo en tareas de jornaleros agrícolas, que fue justamente lo que decidió a Loewenthal a emprender la tarea con ese capital humano. Podría achacárseles, sí, inexperiencia. Pero acaso no es más enaltecedor para esos agricultores improvisados el hecho de haber perseverado? Todas las otras corrientes colonizadoras de nuestro país se alimentan de agricultores que ya lo eran antes de venir. Los únicos que venían a rendir examen en una tarea de la que por siglos habían estado excluidos, eran los agricultores judíos. ¿Hicieron mal papel acaso?

Quizá la clave nos la dé un testimonio cuyo juicio crítico es insospechable de parcialidad contra la ICA, puesto que proviene de ella. Es un trabajo ya citado del ingeniero Simon Weill, que aunque no revela algo que no fuera sabido, aporta una luz a este problema. Se refiere al carácter del Barón de Hirsch, y a la forma en que él se reflejó en la organización que dio a la ICA mientras estuvo a su frente. Hombre celoso de su autoridad, y al par prolijo y minucioso, ya en las primeras instrucciones a Loewenthal, y luego en las disposiciones adoptadas y en la abundante correspondencia para darle cumplimiento, elabora desde París los planes de acción hasta en sus menores detalles, aún aquellos que obviamente no podían ser aplicados sino en contacto con el medio y adaptándolos a él. Reemplaza a Loewenthal por Adolfo Roth, y luego a éste por el coronel Goldsmith, e inculpa a uno tras otro el fracaso de sus primeros planes, en una nota en la que enuncia su deseo de que "los que están al frente de la dirección de Buenos Aires se compenetren bien de la idea de que la ICA no quiere hacer depender la aplicación de su programa de las circunstancias ni de la

opinión de sus funcionarios".

No adaptarse a las circunstancias y no escuchar la opinión de los que están en contacto con el medio. He aquí un criterio que explica por sí sólo muchas cosas, aunque el mismo trabajo atestigua que los dos directores subsiguientes, Samuel Hirsch y David Cazés "supieron hacer admitir reformas indispensables para la realización del programa trazado, y es así que desde entonces —no sin algunas fluctuaciones, la obra empezó a progresar normalmente".

Agregado al hecho de manejar en forma personal y excluyente, desde su oficina de París, toda la organización, ello hizo que su muerte, acaecida en 1896, cuando la obra no contaba más que cinco años, fuera un golpe terrible para la ICA. Lo proclaman el codirector Adler y el secretario Schwarzfeld en una carta en la que, al aludir a la magnitud de la pérdida, revelan que "no se hallan tan al tanto de los asuntos de la Asociación como para tomar decisiones de un día para el otro", remitiéndose al regreso del Dr. Sonnenfeld de la Argentina con un completo trabajo sobre la situación de las colonias. Esta centralización impuesta por el Barón, pero sin su genio ni su capacidad ejecutiva, influyó la marcha de la obra que él iniciara.

* * *

Toda la historia posterior de la colonización está signada por un hecho parecido: la estrecha dependencia en que se hallaban los directores locales de la ICA de la dirección general en París, a la que debían consultar cada cosa, aun aquellas relativas a detalles vinculados con el medio, detalles que obviamente los jerarcas de París no estaban en condiciones de apreciar ni conocer. Sólo en época muy reciente, lo que enaltece a la ICA de nuestros días, se admitió la presencia de un representante de la Argentina en el Consejo Central de la Asociación en Londres. Mención que hemos de aprovechar para honrar la memoria del primero que ocupó ese cargo, Dr. Ricardo Dubrovsky, que lo ejercía simultáneamente con la presidencia de la D.A.I.A. cuando dejó de existir en marzo de 1954.

Superando todas las dificultades, las colonias crecían y progresaban. Y crecía también su prestigio en las ciudades y aldeas de Rusia, donde el nombre de la Argentina se había hecho familiar, señuelo mágico henchido de promesas. La obra de la Jewish Colonization Association se fue consolidando y extendiendo, como lo había querido su fundador. La superficie total de las tierras adquiridas por ella en cinco provincias llegó a alcanzar 617.468 hectáreas, de las que buena parte pasaron ya a poder de los colonos, a quienes la ICA ha entregado hasta el 19 de enero de 1954, 3143 títulos de propiedad.

En el curso de los 65 años que van desde el comienzo, estos colonos han hecho su parte en el progreso del campo argentino.

Iniciativas sobre cultivos o explotaciones jalonan ese aporte, concretado en cultivos nuevos, como el de girasol, de cebada cervecera, de variedades forrajeras, de arroz. El uso de maquinaria moderna, la introducción de la industria lechera como base de la existencia diaria del chacarero, el movimiento cooperativista, orgullo de la colonización judía, simbolizado por la Fraternidad Agraria, son algunos entre tantos testimonios de una obra que hoy puede mirarse en perspectiva, porque muchas de las dificultades y problemas quedaron atrás, y lo que luce es el fruto acumulado de esos trece lustros.

En Entre Ríos, en Santa Fe, en las otras provincias, paralelamente a la pura labor agropecuaria, las colonias judías se singularizaron siempre por algo que figuras argentinas y viajeros del exterior destacaron repetidamente: una intensa vida societaria, que se expresó en la proliferación de instituciones de cultura y de solidaridad. La dureza del trabajo manual y la lejanía del medio urbano hallaban en ello su contrapartida, alentada por hombres para quienes la creación y difusión de valores espirituales era tan esencial como la meza producción de bienes materiales.

III

EL PUNTO DE PARTIDA

¿Quiénes eran, de dónde venían los inmigrantes que habían de poblar la colonia Barón Hirsch? ¿Qué les empujaba a abandonar sus ciudades y aldeas del sur de Rusia, donde casi todos tenían un buen pasar?

En aquellos comienzos de 1904, la transitoriedad de los *Reglamentos Provisorios* del Conde Ignatiew duraba ya casi un cuarto de siglo. Habían sido dictados por el malvado ministro del Interior de Alejandro III para estrechar aún más el cerco que asfixiaba la vida judía en la zona de residencia fijada para ella en unos pocos lugares del imperio ruso. Sus regulaciones minuciosas reducían el horizonte físico y las perspectivas de los judíos a la mínima posibilidad, tratárase de las ridículas cuotas asignadas a los estudiantes, o de las escasas actividades que no asignadas estaban vedadas.

El comercio era una de estas, y allí encontraba válvula de escape el espíritu de empresa de aquellos hombres que probaban ser buenos soldados pero no podían ser ni siquiera suboficiales; que para labrar la tierra debían acudir a subterfugios o valerse de testaferros; que para seguir una carrera debían soslayar una y otra vez las odiosas triquiñuelas encaminadas a cerrarles el acceso a la Universidad.

Muchos de quienes lo ejercían habían alcanzado el bienestar, y aun no faltaban quienes podían exhibir una sólida fortuna. En ciertas ciudades o aldeas de ambiente menos enrarecido, un número considerable de judíos disfrutaba, merced a su posición económica, de un clima de consideración y de holgura distinto al del mísero villorio

cuya vida describieran Méndele o Scholem Aleijem, y en nuestro idioma pintó Gerchunoff al registrar el remezón que en la encerrada vida representó la esperanza de la emigración.

Pertenecía a aquel sector la mayoría de los que iban a poblar la colonia Barón Hirsch. El mismo hecho de tener que aportar una cantidad que para aquella época era una verdadera fortuna, prueba que habían alcanzado la prosperidad.

Pero entonces ya no se trataba de ello. Malos vientos corrían para la Rusia de los zares en 1904, y la guerra ruso-japonesa vino a sacudir en sus cimientos la estructura carcomida del imperio, cuya derrota fue tan completa como había sido injustificada la jactancia de sus ineptos generales y sus cortesanos corrompidos.

En la búsqueda de chivos emisarios, ¿quién sino los judíos habían de ser las víctimas? Y los pogroms volvieron a poner reflejo de llamas y fragor de saqueo en las aldeas en que se aglomeraba la población israelita. Cuando no era el pogrom mismo, bastaba con las provocaciones y vejaciones para hacerles sentir que sus aldeas y ciudades se les volvían inhabitables.

Dejemos que hablen ellos mismos. Han pasado muchos años, pero todavía está vivo el recuerdo en el ánimo de los que entonces, futuros pobladores de Rivera, querían poner el mar de por medio entre ese oprobio y la dignidad de una vida libre.

Vamos a tomar al azar, de los relatos de algunos de los sobrevivientes o de sus allegados, aquello que marca su vida en las provincias rusas; aquello que explica porqué querían irse de allí, y por qué hallaron eco tan propicio en su espíritu las gestiones de los enviados del Comité de la ICA que dirigía Fainberg en San Petersburgo, que les presentaba, por primera vez en términos concretos, la perspectiva del viaje al nuevo mundo.

José Ratuschny había sido un soldado ejemplar. Terminó sus cuatro años de servicio militar sin una sola falta, sin un solo castro. Fue el mejor conscripto de su regimiento, y el comandante quería hacerlo suboficial, pero suspiraba y decía:

—Lástima que seas judío...

Y la única solución que se le ocurría era convertirlo.

Cuando obtuvo la baja, en Kiev no podía quedarse porque la cuota de judíos que podían residir estaba cubierta. Volvió a su aldea e instaló un negocio. Tiempo después estalló la guerra y sobrevinieron las primeras derrotas. Los antisemitas del pueblo venían a provocarlo:

—Ustedes mandan botas y oro a los japoneses; por eso nos ganan. No hacía sino repetir los estribillos oficiales.. Pero Ratuschny pensaba para sí:

—He sido un buen soldado. Ahora tengo un negocio y no me dejan vivir. ¿Qué me espera aquí? En ese estado de ánimo lo sorprendieron las primeras gestiones para partir a la Argentina.

Naón Shamsanovsky era agricultor. Pequeño agricultor de dos hectáreas, que arrendaba a nombre de un alemán porque como judío no le estaba permitido. Su padre arrendaba otras dos, además de comprar cereales por cuenta de terceros. Llamado a filas, hizo sus cuatro años de servicio militar, y cuando volvió a su pueblo, el pueblo donde había nacido y donde vivían los suyos, no podía quedarse... ¡porque al estar ausente tanto tiempo había perdido el derecho de residencia! Cuando se fue a la Argentina no sabía nada del Barón de Hirsch ni del campo de Leloir. Había oído hablar de este país y aquí se vino. Ya volveremos a encontrarlo.

Moisés Cherny podía considerarse en aquella época un hombre acaudalado. En su aldea de Novogorodka, cerca de la estación Kutzovka en la provincia de Jersón, la vida discurría plácidamente. Los *mujiks* eran buenos; la gente que frecuentaba por sus negocios no intentaba aprovecharse demasiado de su condición de judío; sus hijos concurrían de día al colegio ruso de noche a la escuela judía, y en la velada del viernes podían alabar al Señor porque tras una semana de trajines provechosos podían disfrutar un sábado pródigo de bendiciones.

Pero algo no andaba bien. Los ecos del pogrom de Kishinew despertaban una sorda inquietud aún en las aldeas tranquilas como la de ellos, y la idea de irse se presentaba cada vez más como una solución que ya no debía ser desechada. ¿La prosperidad? ¿Qué importaba al lado de todo lo otro? Estaban dispuestos a cambiarla por

algo máspreciado.

La disfrutaba Pedro Levinstein, que aún sorteando interdicciones lograba cultivar considerable extensión de tierra. Y Yudel Abraschkin, y Saúl Pirotzky, y Abraham Schlapacoff, y tantos otros que más tarde veremos trasladados a estas tierras.

En su aldea de Boyedárovka, cercana a la estación de Verjne-Dnieprovsk, Aarón Brodsky vivía las inquietudes que en los centros intelectuales de Odessa y de Kiev alimentaban la lucha contra el despotismo en el sur de Rusia. Lector de Tolstoy, imbuido de idealismo y de afanes de solidaridad social, no era un militante ni un revolucionario, pero se apasionaba con la ilusión de un liberalismo que reemplazara sin violencias a la autocracia zarista. Bien pronto volvió de esta ilusión, y el choque fue tanto más duro porque lo tocó directamente en alguien que le era muy querido y allegado: su tío Arcadio Brodsky, que fue candidato por el partido *Kadet* a la primera Duma —el parlamento ruso— cuya elección fue anulada por el general-gobernador, de la provincia, aunque la Duma resolvió desconocer la anulación e incorporarlo a su seno. Pero no se trataba ya del diputado judío sino del parlamento mismo, cuya vida iba a ser efímera. Cuando fue visible la farsa parlamentaria que quería montar el gobierno del zar, la Duma se constituyó en Finlandia, afirmó sus fueros y lanzó un llamamiento al pueblo que la historia conoce como la *Proclama de Viborg*, por la ciudad finlandesa en que fue emitida. Fue uno de los episodios que iniciaron la revolución de 1905, que aunque fracasada logró obligar al gobierno, en medio de la cruel represión, a algunas concesiones.

Entre estas figuraban, en teoría, las que se referían a la situación de los judíos, que paradójicamente se agravó porque, como reacción contra ellas, recrudecieron las amenazas y los pogroms.

Hoy es bien sabido que estos estallidos *populares* eran organizados con provocadores por la policía secreta zarista o por organizaciones que le estaban subordinadas, como la de *Los Cien Negros*, y tenían un objeto político definido: desviar de una posible reacción contra sus opresores el creciente descontento de la población, especialmente los campesinos, canalizándolo contra los

revolucionarios, los obreros, los intelectuales, los judíos; aquellos a quienes, presentados como enemigos del pueblo, se les achacaba la causa de todos los males.

De todas estas víctimas propiciatorias de la provocación zarista, por ser los más indefensos los judíos eran los que llevaban la peor parte, y en ellos se cebaba el odio de los sectores más reaccionarios, haciendo su situación insostenible.

Esto completa el cuadro de los motivos de la ola emigratoria que se inicia en 1904, y de la que son característicos los dos grupos que, con escasa diferencia vinieron a poblar el campo de Leloir: el de los primeros fundadores, y el de los que poco más tarde constituyeron el grupo que, en recuerdo de la aldea a que muchos de ellos pertenecían, llamaron *Boyedárovka*.

Este último fue, como decimos, posterior, y marchó sobre los pasos del que primero envió delegados al Río de la Plata.

Estos delegados no actuaron juntos desde el primer momento. Eran los señores Moisés Cherny y Pedro Levinstein. Inicialmente fue delegado con Cherny, Jacobo Meyerson, pero éste, ya en la Argentina, renunció a esa misión y fue reemplazado por Levinstein. El mandato de Cherny y Meyerson provenía de una gran asamblea de representantes de futuros emigrantes realizada en la ciudad del segundo de ellos, Novo Bug, de donde tomó el grupo el nombre con que figura en el compromiso firmado con la ICA en París.

Los delegados no vinieron sólo a Leloir, ni siquiera limitaron sus gestiones a lo que estrictamente dependía de la ICA. Tuvieron contacto con el gobierno argentino, del que recibieron facilidades para recorrer distintas regiones, y en efecto visitaron, además de la zona del futuro emplazamiento de Rivera, colonias y campos de Entre Ríos y Santa Fe. Pero la propiedad de Leloir les pareció la más adecuada a los fines que perseguían, y con la única salvedad de que la construcción del ramal ferroviario era condición *sine qua non*, aceptaron un compromiso en principio que luego, ya en París, convirtieron en contrato definitivo (*). Reproducimos en esta página el texto de ese contrato, que hemos tomado de su versión original en francés. Se refiere, como se advierte, no sólo a

las condiciones de admisión sino a la forma del viaje y a la organización de la vida en la colonia, y una cosa se destaca vivamente en él: la absoluta independencia que se reservaban los futuros colonos, al punto que menciona al representante de la ICA como a un empleado cuya misión era ayudarlos, "sin ejercer ningún control, sobre los actos del grupo". La realidad fue distinta, pero esto ya es historia posterior.

Cherny volvió a Rusia, convocó a sus mandantes a una gran reunión que se llevó a cabo en Dolinsk, y les dio cuenta de lo actuado, con lo que la corriente de emigración se puso en movimiento sin tardanza. Es más; hubo quien no esperó la conclusión de las gestiones, y se embarcó para el Río de la Plata aun antes de saber con certeza que contaría con su lote en la propiedad de Leloir.

*) Este es el texto del convenio firmado por Levinstein y Cherny y aceptado por los futuros colonos de los que ellos eran delegados. La denominación con que se designa el grupo Novo Bug, es la misma con que se alude, a él en los papeles de la JCA y en las primeras cartas de Guesneroff.

CONDICIONES PARA LA ADMISION DE UN GRUPO DE FAMILIAS
ISRAELITAS DE NOVO BUG EN EL DOMINIO
LELOIR EN ARGENTINA

1) Cada una de las familias que debe formar de este grupo, depositará en las cajas de la JCA antes de su partida para la Argentina, la cantidad de 2.000 rublos para los gastos de su instalación. Esta suma será puesta a su disposición por la dirección de la JCA en Buenos Aires, a su pedido y de acuerdo con sus necesidades.

2) Si alguna de esas familias fuera numerosa y requiriera dos lotes de tierra, depositará la cantidad de 4.000 rublos. Las familias de este grupo que ya se encuentran en la Argentina deberán hacer el depósito de 2.000 rublos en las cajas de la JCA en Buenos Aires, para ser admitidas como integrantes del mismo. Antes de efectuar el depósito, dichas familias deberán ser aceptadas por el grupo o por sus delegados.

3) Los gastos de viaje de Europa a la Argentina correrán por cuenta de las familias que estarán en libertad de elegir la ruta y la compañía que les convenga.

4) El grupo escogerá de las partes disponibles del dominio Leloir, el emplazamiento que prefiera y aceptará como valor de la tierra el precio que será fijado por la JCA.

5) Cada familia recibirá un lote de 150 hectáreas, pero el grupo estará en libertad de elegir el procedimiento de loteo y de instalación que le plazca, así como de agruparse en aldeas o de instalar a cada familia sobre su lote. El loteo y amojonamiento de los lotes estará a cargo de la dirección de la JCA de Buenos Aires por cuenta del grupo.

6) La JCA hará a cada familia un adelanto de 300 rublos para contribuir a la construcción de sus viviendas.

La primera fecha de arribo a Buenos Aires de un grupo numeroso de futuros vecinos de Rivera —registrada el 4 de octubre de 1904— es anterior a la firma de la escritura del campo, que se realizó, como veremos en el capítulo siguiente, en noviembre de ese año, tras lo cual aún faltaban los trabajos de mensura y parcelamiento. Entre esos inmigrantes avanzados y los que llegaron en la primera época, la de creación de la colonia, figuraban las familias de Abrashkin, Avrutzky, Axelrod, Beiser, Berjman, Champanier, Dreyzin, Fainstein, Guralnik, Goldin, Heiber, Jersonsky, Kaplún, Kniasitzky, Kuris, Kushelevsky, Laskin, Levinstein, Markmann, Pogarelsky, Ratuschny, Resnicoff, Safronchik, Simkin, Slobinsky, Stezovsky, Traiber, Vishnivetzky, y Vodovosoff. Dado que todavía no estaba disponible el campo, unos permanecieron en Buenos Aires, donde los varones jóvenes buscaron trabajo y lo hallaron, y otros marcharon a Cnel. Suárez, donde, poseedores de recursos, compraron carros, caballos y otros elementos con los que comenzaron a trabajar de inmediato en tareas auxiliares de la intensa actividad a

7) El grupo se encargará por sí mismo de la construcción de las casas, la instalación de los alambrados, la compra de los animales y los implementos ; en una palabra, de todo lo que se relaciona con su instalación. La dirección de la JCA en Buenos Aires, a pedido del grupo, pondrá a su disposición por cierto tiempo un empleado para facilitarle las construcciones, las compras y las relaciones con la gente del país, pero este empleado no ejercerá ningún control sobre los actos del grupo.

8) El grupo será absolutamente autónomo, se administrará por sí mismo, proveerá directamente a todas sus necesidades comunales y a todos los servicios de utilidad pública, sin intervención de la JCA.

9) Una vez delimitado su lote, cada familia firmará un contrato comprometiéndose a pagar en veinte anualidades la deuda contraída con la JCA, constituida por el capital e interés al 5 % y que comprenderá el valor del terreno, el adelanto, los gastos de mensura y de subdivisión de la tierra y los intereses de esta deuda. durante los dos primeros años de la instalación. La primera anualidad será pagada recién al tercer año.

10) Los miembros del grupo reembolsarán cada uno a la JCA la contribución territorial que haya sido pagada por el terreno ocupado por ellos.

11) Después de haber pagado doce anualidades, cada una de las familias integrantes del grupo tendrá la facultad de anticipar los pagos restantes. En este caso, recibirán inmediatamente su título de propiedad, comprometiéndose no obstante, por convenio privado, a vender su tierra solamente a israelitas.

Los miembros del grupo piden además que se les arriende por 12 años. en la vecindad de sus lotes, una superficie de alrededor de 6.000 hectáreas de tierra como reserva para sus hijos. Pagarán el arrendamiento y se comprometen a la expiración del término, a comprar la tierra a \$ 60.— la hectárea, pero no se podrá tomar ninguna resolución a ese respecto antes de haber recibido los planos definitivos del dominio y de conocer las proposiciones de la dirección de Buenos Aires a propósito de su utilización.

agrícola de esa localidad, no lejana a Rivera. Otros comenzaron a trabajar directamente en tareas rurales, iniciando lo que fue su primer aprendizaje, de modo que cuando llegaron a la futura colonia ya se consideraban casi veteranos. El primer grupo de familias arribó a Leloir en los primeros días de abril de 1905, lo que puede considerarse el punto de partida de la colonia, abstracción hecha de la presencia del representante de la ICA, don Mauricio Guesneroff, que fue en verdad el primer habitante judío del campo, ya que para vincularse a las tareas posteriores a la compra se instaló en una habitación de lo que los vecinos conocieron luego como estancia vieja, comprada más tarde por el señor Moisés Cherny, quien la cedió a ese efecto. Allí estaba la chacra de Cherny que contenía, como parte de las instalaciones del casco de la estancia, el famoso galpón de esquila al que veremos desempeñar una misión fundamental en el nacimiento de la colonia.

Pero este capítulo no ha de adelantar nada de la vida en el nuevo mundo. Volvamos a Rusia, donde en momentos que ya los primeros colonos estaban instalados se gestaba la partida del segundo grupo, cuyo representante Brodsky había participado asimismo en la reunión de Dolinsk. A este grupo, cuyo centro era la aldea de Bovedkovka, pertenecían entre otros, además de la familia de su delegado, las de Goldemberg, Mirensky, Besedovsky, Duján, Moguilcvsky, Sack, Schlapacoff - Natan y Abraham - Ofenhenden, Socolsky, Stronguin y otros.

Hemos tenido a la vista algunos de los papeles relacionados con la gestión de este grupo, que se disponía a marchar, tras una reunión general realizada en Dolinsk, en el mes de marzo de 1905. Y en alguno de esos papeles trasciende algo que, pese a su aparente insignificancia, define un clima: los futuros colonos resuelven, consultan, apremian, mandan cables. El comité de San Petersburgo contesta por carta, resumiendo lo actuado y advirtiéndoles que uno vale la pena comunicarse telegráficamente, lo que ocasiona gastos tanto a ustedes como al comité".

El pogrom estaba encima, los pobres aldeanos ansiosos por irse, pero no había que gastar unos rublos en telegramas! Gestiones más, gestiones menos, unos y otros comienzan a irse, quién más urgido por las circunstancias, quien más despacioso. Abraham Schlapacoff, con una parte de sus numerosos hijos, abandona su pueblo de Alexandrovsk y deja a su animosa mujer la tarea de liquidar sus negocios y pertenencias, así como de embarcar lo que pensaban llevarse, entre ello una cantidad de los famosos carros rusos que tuvieron luego su historia en la colonia. El que no alcanza a vender deja sus bienes a los familiares que se quedan: Pirotzky su aserradero —del que alcanza a llevarse las puertas y ventanas para su futuro hogar argentino—; Levinstein su chacra. Brodsky viaja con su mujer, pero sus compañeros del vapor *Potara* —que la piedad filial recuerda como un nuevo *Mayflower*— se marchan solos, anhelosos de que su familia encuentre ya al llegar algo levantado sobre la tierra desnuda.

La gran aventura va a comenzar. Detrás queda el recuerdo de los sufrimientos y queda también, mezclado con ellos, una vaga nostalgia de lo que, a fin de cuentas, había sido su vida por muchas generaciones. Era una nostalgia en la que el recuerdo del Dnieper se superponía al de "la dulzura elegiaca de la vida judía", que en medio de miserias y persecuciones permitía sobrevivir a los judíos encerrándose en la nostalgia de su antigua grandeza. Pero el mismo a quien citamos agrega agudamente que los que intentan reconstruir esa dulzura en los nuevos países de su residencia fuera de Israel, fracasan porque no se puede sentir *nostalgia de una nostalgia*. Bien pronto las nuevas preocupaciones y las nuevas alegrías iban a borrar el recuerdo de la vida en la pequeña aldea rusa. Acudamos de nuevo, para simbolizarlo, a las frases en que concretan su relato los viejos pobladores. Uno de ellos, Moisés Kushelevsky, invoca a un alto testigo judío, Sholem Aleijem, y a aquel de sus personajes que ha quedado como expresión, al par del mísero comercio del habitante del *Shtetl* y de sus eternas ilusiones fracasadas: *Menajem Mendel*.

—Nos poníamos en camino, dice Kushelevsky, y dejábamos atrás a Menajem Mendel. Si hubiera de elegir de nuevo mi destino, no sé si vendría a Rivera o no. Pero lo que sé con absoluta certeza es que Menajem Mendel no sería...

Esta es la definición de lo que dejaron detrás. Ahora veamos otra definición, la de lo que hallaban en esta Argentina que se les brindaba generosa, como contraste con su vida anterior. Es el recuerdo de un 9 de Julio, celebrado apenas un año después que la vida en el pueblo se iniciara; cuando la escuela organizada por la ICA tenía apenas unos meses de existencia. Acudían a ella los varones y las chicas ya grandecitos, cuyas primeras palabras castellanas se mezclaba al ruso y al idisch que habían sido hasta entonces su lengua habitual. Las blusas, pantalones y polleras combinaban los colores argentinos, y en la triple invocación de la frase del himno, mal pronunciado todavía pero honda y fervorosamente sentida, los padres que contemplaban el espectáculo con lágrimas en los ojos comprendían que habían llegado a puerto. Que podían echar raíces sin temor en la tierra porque allí los retoños iban a crecer sin que malos vientos los desgajaran.

IV

BREVE NOTICIA HISTORICO-GEOGRAFICA

Tras la ojeada al hombre que había de poblarla, se impone la descripción del medio físico en que iba a surgir la colonia Barón Hirsch. La toponimia del lugar recuerda la presencia del indio que lo había habitado, pero del que para entonces apenas si quedaban rastros. Conservábase casi igual, eso sí, a como había sido en la época en que estaba cerca una de las tolderías de Mariano Rosas, el cacique de los aborígenes que Lucio V. Mansilla conociera en su ya clásica *Excursión a los Indios Ranqueles* cuyos *frutos* fueron un tratado de paz con los indios y el libro en que la describiera.

En su trabajo *Sobre el origen del pueblo de Rivera*, don Arturo Bab, con estimable aunque un poco ingenuo prurito de historiador, se remonta no sólo a la primitiva geografía de la zona, sino a la crónica de las andanzas del ahijado de Juan Manuel de Rosas y su tribu, sin duda por considerarlos antecesores directos de los pobladores de Rivera. Y no anda del todo descaminado, porque salvo el error de ubicación, ello contribuye a valorar mejor la empresa de esos colonos judíos que acudieron a rescatar el desierto de su áspera soledad, así como el General Roca lo había rescatado del indio, apenas un cuarto de siglo antes.

Vamos a seguir a Bab, así sea con reservas, a fin de salvar para el recuerdo su esfuerzo de cronista pugnaz, que ensambla con su conocimiento de la historia patria, adquirido en su madurez de inmigrante y por lo mismo un poco conmovedor. Le interesaban

todas las manifestaciones que se refirieran al pasado del lugar, y una de las sorpresas que nos deparó la búsqueda entre sus papeles fue hallar, desglosado del Almanaque del Ministerio de Agricultura de 1935 y 1936, el trabajo titulado *Toponimia Patagónica de Etimología Araucana* por el mayor del Ejército Juan Perón. Hoy ese trabajo del actual presidente de la República es bien conocido, a través de la magnífica edición realizada por el Ministerio de Educación. Pero Arturo Bab, al guardar el recorte de 1935, esperar pacientemente el del año próximo e inquirir afanoso la etimología de las palabras que se referían a la toponimia lugareña, rendía un homenaje anticipado al hombre que hoy rige los destinos de la Nación, en uno de los aspectos que el general Perón ha de apreciar más: sus recuerdos patagónicos, mezcla de inquisición científica y aventura en las tierras desoladas del sur. Allí encontramos la definición del nombre de Leubucó, denominación del famoso lugar de un manantial con la que Arturo Bab designó su chacra, que él llamaba *Granja Leubucó*. Significa, según se escriba Leubucó como lo hace Mansilla, agua que corre (de *leuvú*: que corre; *co*, agua) o *Leufucó*, agua del río, (de *leufú*: río; *co*, agua) En el trabajo de Perón encontramos también la definición de otro nombre de origen ranquel, que tiene eco hondo pero un tanto amargo para buen número de colonos: *Mari-Mamuel*, que quiere decir *diez montes* o *diez árboles*, y era el nombre del campo que compraron al margen de la ICA cuando ésta se negaba a arrendarles.

Pero al seguir a Bab no hemos de repetir su error, aunque éste es bastante comprensible. Arturo Bab situaba la toldería del cacique Mariano en Leufucó, esto es, en un lugar ubicado en la Colonia Barón Hirsch, porque creyó que era el mismo sitio a que alude Mansilla en su "Excursión a los Indios Ranqueles" con el nombre de Leubucó, y que corresponde a un punto situado en la Pampa Central, cerca de la actual localidad de Victorica, cuya descripción coincide en un todo con la topografía de ese lugar y no con la del Leufucó del Partido de Adolfo Alsina, lugar verde por el que clamaba el cacique Naniniwura al gobierno nacional, por intermedio de Monseñor Aneiros. Mansilla describe "una laguna sin interés, a orilla de una ceja de monte, en una

quebrada de médanos bajos, paraje tristísimo, yermo y estéril" aludiendo luego a los caminos que arrancan de allí, grandes rastrilladas que conducen a todas partes, incluso a la Cordillera. Desde esa zona, donde estaba su toldería, Mariano Rosas extendía, eso sí, su influencia hasta la de Leufucó, cuyas tribus eran aliadas suyas, y en la que una estación, Yutuyaco, llevaba hasta no hace mucho el nombre de su hermano, Epumer.

La descripción del Leufucó que corresponde a nuestra zona — aunque también la llama Leubucó— es la que hace Estanislao S. Zeballos en su bello libro *Viaje al País de los Araucanos*, fruto de una valiosa misión en la que Zeballos complementó, con el relevamiento del terreno, la conquista militar, labor científica indispensable para que la tierra pudiera servir a fines pacíficos. Pero Bab parece haber ignorado este libro, (que sí conocía otro colono de Rivera, Don Aarón Brodsky, quien había señalado su ejemplar con innúmeras marcas y acotaciones) ya que se habría ahorrado la confusión si hubiera reparado en el contraste entre el páramo que pinta Mansilla y el oasis a que alude Zeballos con estas palabras:

"A medida que el viajero se aleja de Carhué hasta Salinas Grandes, los campos son menos importantes, y empeora la calidad de los pastos; pero entre ambas estaciones principales de los indios en sus correrías hay una intermedia, punto de descanso unas veces, de arribada otras, con agua abundante y grandes extensiones cubiertas de las gramíneas más sabrosas y nutritivas: es Leubucó. A este oasis me dirigía..."

La rastrillada hacia la cordillera del relato de Mansilla es lo que Zeballos describe como *Camino de los chilenos*, que era la ruta por donde los indios pasaban las haciendas fruto del saqueo de los malones. La amenaza de estos malones, que por muchos años fue una brasa en las manos de los gobernantes de Buenos Aires, promovió, hasta la expedición decisiva del General Roca, esfuerzos desmesurados e inútiles como la famosa *Zanja de Alsina*, que, el entonces Ministro de Guerra hizo excavar,

guarnecida de trecho en trecho por fortines, para proteger la frontera.

Por somera que sea esta noticia histórico-geográfica, no puede ignorar la heroica odisea de la columna del Coronel Nicolás Levalle, que fue el origen de la ciudad de Carhué, hoy cabeza del partido designado con el nombre del ministro que le dio la orden de marchar. Adolfo Alsina elaboró el plan y Levalle, que le había alentado a adoptarlo, marchó hacia la zona de Carhué, cuyo sonriente verdor se ofrecía como premio a la dura travesía, y la ocupó el 24 de abril de 1876, tras de haber establecido también, en los lugares llamados Puán y Guaminí, campamentos militares que dieron origen a esas florecientes poblaciones. A orillas del lago *Epecuén* (Aguas Sanas) levantó el fortín *General Sucre* (*); pasó por *Cla. Lauquen* (Tres Lagunas) y más al oeste el fortín Leubucó.

Isaac Schatzky, que ha estudiado la zona y los testimonios de piedra de sus primitivos habitantes, y con cuyos datos hemos confrontado los de Arturo Bab, confirma que Leufucó, el lugar del manantial que le daba nombre, como sitio de aguadas lo era también de concentración de haciendas. Por un tiempo fue un punto allende la frontera, constituida por la línea Puán-Carhué-Guamini. Hasta que, organizada por el general Roca la Expedición al Desierto, el indio fue corrido hasta el Río Negro, y toda una inmensa zona de 18 mil leguas cuadradas quedó libre a un tiempo de sus primitivos habitantes y de la amenaza del malón, que todavía era el obstáculo para la radicación de los inmigrantes y la consiguiente dedicación de esa zona bonaerense y pampeana a la tarea agropecuaria en que radicaba su futuro.

Claro que aún faltaba el ferrocarril, que iba a iniciar la etapa decisiva. Pero había quienes eran capaces de intuirlo ya enton-

(*) Arturo Bab apreciaba mucho la intención patriótica con que el Dr. Arturo Vatteone realizó una convencional reconstrucción de este fortín. Pero ello no ha de inducir a tomar como auténtico el nombre de *El Centinela*; que Bab acepta y que nada tiene que ver con el que dio al primitivo fortín su fundador Levalle. Como nada tiene que ver con su verdadera fisonomía el fortín reconstruido, que según Isaac Schatzky no se ajusta a la verdad histórica.

ces, y entre ellos figuraban los miembros de la familia Leloir, quienes compraron al gobierno nacional sesenta leguas de campo que abarcaban el oeste del actual partido de Adolfo Alsina en la Provincia de Buenos Aires y una parte del departamento de Atreucó en el territorio de la Pampa Central (*). Seguían los señores Leloir la tradición iniciada por el fundador de la familia en la Argentina, Don Antonio Francisco Leloir, un caballero vasco francés que fuera amigo del Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón, y que en época tan temprana como el 30 de marzo de 1821 adquiriera una enorme extensión de tierras sobre la ensenada de San Antonio en el territorio del Río Negro, falleciendo en el curso del viaje que emprendió para tomar posesión de las mismas.

Por años el principal propietario, señor Federico Leloir, no mantuvo contacto con sus posesiones del lejano sudoeste, y recién mucho más tarde envió como mayordomo a Don Lucas Torres, que había sido compañero de colegio de su hijo, para iniciar su explotación. Este señor Torres —sobre cuyo nombre hemos de volver porque fue el primer criollo con el que se entendieron los colonos judíos, que lo recuerdan con cariño y gratitud— encontró en el campo, según relata Arturo Bab, a un cierto señor Muencheberg, de origen alemán que criaba miles de animales vacunos, lanares y caballares sobre unas tierras que no eran suyas. No hace al caso averiguar si, como afirma Bab, Muencheberg alegaba o no ser propietario de los campos. Lo que se sabe de cierto es que Lucas Torres no tuvo conflictos con él, que le permitió quedarse donde estaba y en efecto permaneció allí hasta su muerte, y que era tenido por hombre de pro en el Partido de Adolfo Alsina, del que fue primer intendente municipal.

(*) En los títulos del campo situado en la Provincia de Buenos Aires, el gobierno nacional aparece vendiéndolo a los señores Alejandro Leloir, Federico R. Leloir, Alejandro Lamarque, Antonio F. Leloir, Alberto Leloir Antonio Lamarque. En los de la Pampa Central, el comprador es Alejandro Leloir, que luego lo vende a Federico R. Leloir, a quien también vende su parte del otro campo Antonio Lamarque. Al producirse la venta a la J.C.A., buena parte de la propiedad estaba concentrada en manos de Don Federico R. Leloir.

Cuando el campo fue ofrecido por primera vez en venta a la ICA en 1902, la operación no se concretó porque el ferrocarril no llegaba hasta allí, lo que hacía muy problemática la perspectiva. Pero el anuncio de que el Ferrocarril Pacífico construiría, en su línea a Bahía Blanca, un ramal que había de pasar por la propiedad de Leloir, hizo que al ser ofrecido nuevamente el campo, esta vez las gestiones prosperaran, alentadas por un hecho nuevo, la presencia de delegados de las familias reunidas en Novo Bug, que habíamos visto partir hacia el Río de la Plata.

Los señores Moisés Cherny y Pedro Levinstein habían visto la propiedad, la habían recorrido en compañía de Lucas Torres y de representantes de la ICA, y su opinión favorable, desde luego condicionada a la aceptación de sus mandantes, fue un factor importante para decidir la operación> que no estaba empero subordinada a aquella, puesto que la ICA estaba decidida de todos modos a adquirir el campo para su obra colonizadora.

La operación se concertó y el 22 de junio de 1904 se firmó el boleto de compra, formalizándose el 30 de noviembre de 1904 la escritura que trasladó al dominio de la ICA las tierras que habían sido, alternativamente de sus habitantes indígenas, del gobierno de la Nación y de la familia Leloir. En el contrato que posteriormente firmó la ICA con los representantes de los futuros colonos, se alude al campo como al dominio Leloir, y en Leloir fecha las primeras cartas a la Jewish su representante en la colonia, que luego hace alternativamente, en Leufucó o bien, ya bautizado con ese nombre el primer grupo, en Montefiore.

Concertada la venta, Don Lucas Torres abandona el casco de la estancia y se instala en lo que a partir de entonces los colonos conocerán como *la estancia nueva*, por contraste con *la estancia vieja*, nombre mágico que algún colono traía escrito, con fonética hispana y grafía rusa, para identificar lo que había de ser a su llegada el lugar de destino.

V

EL ALBA DE LA COLONIA

Hacía muchas horas que caminaban a través del campo. Les habían dicho que era ahí nomás, a unas pocas leguas de Gazcón. Pero salidos al amanecer, la noche se les venía encima y no advertían señal alguna de poblado.

De lo que les dijera el criollo entendieron poco, como ocurría generalmente en la zona en que ahora estaban trabajando, pero lo único que resultaban claras eran dos palabras: *campo-rusos*, y que estaba cerquita. No había nada que los retuviera demasiado donde estaban, un pueblucho que más tarde iba a llamarse Gazcón. Los mandaron a hacer pozos desde Coronel Suárez, donde trabajaban. Allí sí, era distinto. Había muchos judíos, se hablaba en idisch. Uno de ellos, Bernardo Gorer, tenía familia allí, una hermana casada. El otro, Isaac Meyerson, era sobrino del que inicialmente tuviera mucho que ver con el campo que buscaban, como que había sido el primer delegado de quienes debían habitarlo. Los dos andaban por los veinte años: no lo pensaron mucho y se largaron. Pero ahora se estaba haciendo de noche, de su magro almuerzo de galleta y sardinas hacía muchas horas que no quedaban rastros en sus estómagos jóvenes, y la perspectiva de pasar la noche al raso en ese campo salvaje no era nada placentera, sobre todo si al llegar la mañana no sabían qué rumbo tomar. Pero durmieron bien, y con el alba, las energías en parte

repuestas por el sueño y el agua de un arroyo en que bebieron y se lavaron, reanudaron el camino. A media mañana encontraron un gaucho, y alentados por la cordialidad que desmentía su fiero aspecto Bernardo sacó del bolillo un papelito donde había escrito con letras en idisch y sonido castellano estas palabras que debían servirle de brújula: *camino, estancia vieja, estancia nueva*. Con ellas el criollo logró indicarles el camino, pero la verdad es que no había mucho que pudiera servirles de guía, y no tardaron en perderse de nuevo. La segunda noche los sorprendió otra vez en descampado, hambrientos, exhaustos, desesperados.

Pero hacia la madrugada los despertó el canto del gallo. Tan errados no andaban, después de todo, y había gente cerca. No era un poblado sino el rancho del gaucho, uno de los puesteros de Lucas Torres. Bernardo Gorrer conserva su nombre y lo recuerda con la misma gratitud con que más de una vez lo mencionó en sus oraciones: Domingo Cortón.

Don Domingo les díó de comer, y luego intentó, supliendo el idioma que no entendían, explicarles, con la ayuda de yuyos y palitos, cómo tenían que -hacer para llegar hasta un alambrado, siguiendo el cual iban a llegar hasta el portón de la estancia nueva de Lucas Torres. Pero no bien los vio salir a campo traviesa comprendió que se perderían de nuevo, los alcanzó a caballo y los acompañó él mismo hasta el famoso alambrado.

Bordeándolo llegaron hasta un lugar en que un campamento de carpas les hizo creer que ya estaban allí los colonos judíos. Pero ¿qué eran esos extraños casquetes rojos que muchos de los hombres llevaban en la cabeza? Eran boinas, y quienes las vestían, los obreros vascos que trabajaban con el ingeniero en el amojonamiento del campo. No eran todavía los colonos judíos, pero sí alguien que ya tenía que ver con ellos. Después ya les fue fácil dar con Don Lucas Torres' quien los atendió cordialmente y les informó, haciéndosel^o saber cómo pudo, que esa misma mañana debían llegar un director y un administrador de la asociación que comprara el campo. Fueron en jardinera a recibirlos a la llegada de la diligencia de Carhué. Eran Veneziani y Mauricio Guesneroff, el primero director de

la ICA en Buenos Aires y el segundo su representante en la que iba a ser la colonia. Nuestros jóvenes llegaban, pues, en buen momento. Les ofrecieron quedarse a trabajar con el ingeniero-agrimensor. Los tres pesos por la que iban a ser su salario no eran poco para aquella época, pero no fue eso lo que les indujo a quedarse. Les seducía la idea de vincularse al nacimiento mismo de la colonia, y aunque no fue un trabajo muy agradable, les correspondió algo que en la historia de Rivera tiene el valor de estar vinculado al génesis mismo: limpiar el galpón de esquila, que iba a ser para los primeros colonos hotel de inmigrantes; estación intermedia entre el arribo y el techo propio. Fue más que eso: fue hospital y sinagoga, salón de baile y teatro. Allí comieron y durmieron, lloraron y cantaron. Se angustiaron con los hijos enfermos, rieron o se emocionaron con espectáculos improvisados, asistieron al balance diario de los progresos de cada vivienda, de la roturación y la siembra de los primeros campos. En la noche del viernes, la poesía de los cirios encendidos y el rumor de las preces ennoblecían de unción la grosera barraca, que luego se animaba con los cantos y el júbilo de la fiesta del sábado.

Pero entonces aún seguía siendo un galpón de esquila, repleto de suciedad e impregnado de olor a antiséptico. Bernardo Gorer e Isaac Meyerson se pusieron a la tarea de adecentarlo que les encargara don Mauricio Guesneroff, a quien ya casi pisaban los talones los primeros colonos.

El administrador se había instalado en una habitación de la antigua casa de Lucas Torres, que hacía al par de alojamiento personal suyo y oficina de la ICA. Se ha dicho ya que puede considerársele el primer poblador judío de la colonia, quizá con la salvedad de que también lo era su cuñado Bernardo Papiermeister, por entonces ayudante del agrimensor, y a quien veremos luego hacer de empleado de correos, sumariante en el destacamento policial y finalmente maestro de castellano, lo que une su nombre a la devoción de los que recibieron de él las primeras letras.

Mauricio Guesneroff era una figura singular, y no está mal que la referencia a los primeros pobladores comience con una semblanza de él mismo, que fue el primero de todos. Había nacido en Bulgaria, recibió su primera instrucción en una escuela de la Alliance, y en otros establecimientos de la benemérita institución francesa completó su educación en Palestina, egresando de la famosa escuela agrícola de Mikveh Israel. Enviado por la ICA a la Argentina, como alumno ejemplar, junto con Isaac Dayán y otros compañeros llamados Alchevsky, Ganón y Goldemberg, les dieron para los cinco un campo de cien hectáreas que debía ser, tratándose de cinco agrónomos juntos, una especie de chacra experimental. Sea por lo reducido del campo o por circunstancias fáciles de imaginar, lo cierto es que la idea, que bien realizada pudo haber sido muy útil a todas las colonias judías, fracasó. Después de ello Guesneroff actuó en las colonias de Entre Ríos, y en 1904, consumada la compra del campo de Leloir, la ICA lo destacó allí para constituirse en el hombre que según el contrato debía *asesorar* y *ayudar* a los colonos en nombre de la institución pero *sin ejercer sobre ellos control alguno*. De hecho no ocurrió así, y la fuerza de las cosas hizo que el representante de la ICA se convirtiera en un verdadero administrador, conocido como tal a partir de entonces y ejerciendo sobre los colonos la jurisdicción derivada de ser el intermediario entre ellos y la Asociación, cuyas disposiciones debía hacer cumplir: cuyos cobros era el encargado de efectuar, y de cuya autoridad implícita o expresa él era el agente local. Aquí, como en todo, el factor personal fue decisivo. Los colonos lo querían a Guesneroff, y aunque no es dable afirmar que fuera el mejor administrador posible, no hay uno solo entre quienes lo trataron que no hable bien de él. Fue amigo de los colonos, mantuvo con ellos relaciones afectuosas y cordiales que más de una vez allanaron acritudes y problemas, y sobre todo amaba a la colonia, a la que vió nacer y a la que más tarde se incorporó como colono. En sus cartas a la dirección trasciende ese amor; la ternura con que asiste a los primeros pasos del pueblo, que uno ve creciendo a través de sus prolijas descripciones.

Pero esto es posterior, y no hemos de adelantarnos. Ha-

bíamos dejado a Gorer y Meyerson limpiando el galpón, ya sin la certeza de completar la tarea antes que comenzaran a llegar sus eventuales habitantes. Y aún hemos de remontarnos un poco más atrás.

Dijimos en un capítulo anterior que muchos de los futuros colonos se pusieron en camino desde Rusia aún antes de estar concluidas las gestiones, y cuando llegaron a Buenos Aires halláronse con que no sólo el campo de Leloir no estaba listo para habitar sino ni aún parcelado y amojonado. Poniendo freno a su impaciencia, muchas de las familias buscaron casa en Buenos Aires para allanarse a la forzada espera. A algunos de los varones jóvenes no les fue difícil encontrar trabajo, entre otras cosas porque, ignorantes de los salarios y los usos del país, fueron fácil presa de patrones inescrupulosos que gustosos los empleaban para pagarles menos. Otros marcharon a Coronel Suárez, que habían oído mencionar desde el Hotel de Inmigrantes, apresurando su contacto con el campo en una etapa previa en que trabaron conocimiento con la pampa, con la tarea rural, con caballos y con trigo, con carros y con parvas.

No habían ido al azar a Coronel Suárez. Era un medio muy acogedor para los futuros colonos judíos, donde abundaban las posibilidades de trabajo bien pagado para quienes, sobrándoles energías, podían aprovecharlas para adquirir una experiencia agrícola no poseída hasta entonces, o para aquellos que, poseedores de recursos, podían emplearlos en hacerlos producir. Un medio típico de estos últimos fue comprar carros y caballos, que empleados en trabajos de acarreo de la cosecha aumentaban el patrimonio de los futuros colonos en lugar de consumirlo en la imprevista dilación. Había allí bastantes judíos — algunos provenientes de colonias de la ICA de Entre Ríos y San Fe, y aún de la más próxima, Colonia Mauricio — y no era difícil entenderse para los que aún no poseían otro idioma que el idisch o el ruso.

En Coronel Suárez, pues, trabajando, ganando dinero y aprendiendo, los futuros colonos esperaban el momento en que, ya

amojonado el campo de Leloir, les hicieran saber que podían emprender el camino.

Lo mismo hacían, con más ansias desesperadas de partir, los que llevaban en la Capital una mezquina vida urbana. Cuando supieron que no faltaba mucho, por primera vez se plantearon este problema: ¿dónde iban a habitar hasta que dispusieran de una vivienda? ¿Había en el campo algún techo, algún reparo, algo que los preservara de la intemperie? Resolvieron entonces enviar a Leloir una delegación que no sólo lo inquiriera sino tratase de resolver el problema. La designación recayó en tres de ellos: el delegado Levinstein, Vishnivetzky y Slobinsky. Estos viajaron en tren hasta Carhué, llegaron por la diligencia a Macachín hasta las proximidades de la estancia vieja, y una vez allí se encontraron con que un viejo galpón de esquilas ovejeras, con paredes de *chorizo* y techo de chapas, en desuso desde que Lucas Torres se mudara a la estancia nueva, podía servir para alojar temporariamente a los que fueran llegando. Asegurado así el techo para los que en poco tiempo más habían de venir, los delegados comunicaron la buena nueva y todos se dieron a los preparativos para la partida.

No eran nada sencillos. Traían mucha impedimenta de Rusia — desde los famosos *carros rusos* sin resortes, hasta camas y otros muebles— y agregaron más en Buenos Aires, incluidos los arados de una reja con que roturaron la tierra en cuanto lograron identificar sus respectivos campos.

La caravana que partió rumbo a Carhué llevaba, llenos con sus cosas, once vagones de carga. Desde la ventanilla del tren, los viajeros veían deslizarse la llanura pelada y siempre igual, y a la esperanza que alentaban en sus corazones se mezclaba un poco de angustia ante el destino incierto, acentuada por el espectáculo de la pampa sin fin que de entonces en más iba a ser el panorama de toda su vida.

En Carhué les esperaba todavía otra etapa intermedia, de penuria y de espera. Tenían demasiado cosas que descargar

de los vagones, que cargar en carros y que transportar hasta Leloir.

Los que no pudieron acogerse bajo un techo estaban viviendo en vagones de carga y aún bajo las lonas que cubrían las pilas de bolsas en torno a la estación de Carhué, protegidos por una buena alma, el jefe de la estación, que por su cuenta y riesgo los autorizaba a hacerlo. A su manera, pues, algunos pobladores de Rivera vivieron también una odisea que recuerda un poco —distancias salvadas— la del grupo del *Wesser* en la estación Palacios.

El problema era el medio de transporte. Los *carros rusos* estaban desarmados, pero aún después de armados había el problema de procurarse caballos. No era imposible —aunque nada fácil y muy costoso— hacerse de algún carro y su tiro en Carhué. En eso estaban cuando empezaron a arribar las familias de Coronel Suárez. Cuando el ansiado día de la partida llegara por fin para los que allá aguardaban, levantaron lo que sólo había sido para ellos un campamento, cargaron sus cosas en los carros y se pusieron en marcha hacia Carhué, donde su llegada significaba, para quienes estaban anclados allí, además de la emoción del encuentro y el interés de los relatos de quienes venían de Coronel Suárez sintiéndose ya verdaderos criollos, la perspectiva de un medio de llegar hasta Leloir, sino en el primer viaje al menos en un segundo o tercero.

Detengámonos un momento a pensar en esa caravana de carros que evoca en el campo argentino, el espectáculo con que el cinc norteamericano simbolizó la conquista —pacífica aunque no siempre incruenta— del lejano Oeste de su país. Una semana tardaron los colonos judíos en llegar desde Coronel Suárez a Carhué. Venían con sus enseres completos, con sus mujeres sus chicos; con todo lo que representaba algo para ellos en el mundo, cargado en su carro. Llevaban su mundo consigo, y eso les daba ánimos para afrontar la dureza de la travesía. Estaban fogueados ya

para lo que les faltaba hasta Leloir, aunque no exentos del peligro que los acechaba en ese campo sin caminos, donde era difícil aun para baqueanos seguir la huella entre altos pastizales, y afrontando a cada momento el riesgo de que los animalitos de la pampa les espantaran los caballos. No suena ridículo sino conmovedor escuchar que los pobres viejos judíos temían a la vizcacha (ese sociable bichito de la pampa, que con tanto amor describiera Martínez Estrada) y que no faltó alguna anciana que quería volverse a Rusia porque había escuchado de alguien que las vizcachas devoraban a los muertos.

Helos aquí, inmigrantes apenas aclimatados, avanzando a través de cardales y lagunas secas, médanos y cañadones, rumbo a lo que había de ser su hogar, que ellos debían comenzar por levantar con sus propias manos.

Once leguas los separaban del lugar de destino, bastante incierto para su precaria información.

Así llegaron a lo que hemos descripto como el lugar de la toldería cuyos sucesores históricos iban a ser. En Leufucó pasaron junto al manantial y a los restos del Fortín fundado por Levalle y se detuvieron en lo que Arturo Bab llama *Boliche Leufucó*, aludiendo a su mostrador con enrejado, peculiar de las antiguas pulperías que viejos grabados y relatos describen como típico de la campaña argentina del siglo pasado. No le falta razón al buen Bab cuando toma esa fuerte reja como "precaución acertada que da la pauta del grado de civilización de esos parajes", según subraya irónicamente. Pero parece ignorar que así eran todas las pulperías de tierra adentro, y no insiste bastante en que nuestros colonos judíos se encontraron todavía con esa supervivencia del pasado criollo.

En la pulpería recibieron indicaciones de cómo llegar hasta el lugar de destino. Para el caso no importa demasiado establecer si ese primer grupo fue el que llegó hasta la estancia nueva de Lucas Torres y éste les indicó el galpón de esquila de su antiguo casco como posible paradero, o si sabedores de que el galpón debía ser la

estación de llegada, los viajeros se encaminaron directamente en busca de Guesneroff para que los acomodara allí. Pero es evidente que no hubo una llegada en masa de todo el grupo como la describe Bab, y en cambio se ajusta a la realidad el relato contenido en las cartas del administrador, por lo demás confirmado por su encargo a Gorer y Meyerson de limpiar el galpón, a fin de acondicionarlo a ese destino ya previsto de dar albergue temporario a los colonos. Y lo que es más, por el testimonio de quienes vivieron la aventura y nos la contaron. Eran tres familias. Llegaron al final de un día de otoño muy avanzado. Había oscurecido por completo, y Guesneroff nada pudo proveerles sino un lugar en el galpón donde pasaron la noche "sin luz, sin poder calentar un poco de agua para darles té a los chicos", según cuenta él mismo en una de sus cartas, en una implícita protesta que no define bien cuando señala que nadie acompañó a los viajeros.

Los que quedaban en Carhué veían partir tristemente a los que ya iniciaban la etapa decisiva de la aventura, y pasó casi un mes hasta que los últimos de quienes allí penaban emprendieran la marcha. Entre estos se hallaban Nehemías Beiser con su hija y sus dos varones, promesa de buenos brazos para labrar la tierra que les esperaba. Pero al pobre Beiser todavía le faltaba una vía crucis para trabar relación con la pampa. Iba a caballo detrás de uno de los carros. Una martineta le espantó la cabalgadura, perdió la huella y cuando quiso acordarse, con la noche encima y sin poder orientarse en medio del campo, hallóse con que los del carro no respondían a sus llamados. Habían seguido avanzando sin notar su ausencia, y sólo al llegar al galeón, en medio de las efusiones de quienes salieron a darles la bienvenida, descubrieron que faltaba el padre.

Salieron a buscarlo, con los únicos medios de que disponían: buenos pulmones para lanzar gritos en el silencio de la noche, y fogatas para orientarse en medio de la oscuridad. Lo encontraron por fin, recién a las tres de la mañana, aterido de frío, rezando y creyendo llegada su última hora.

Para Manuel Beiser, a quien debemos el relato de este episodio,

el arribo a la colonia estuvo marcado por esa odisea inicial. Fue el final feliz de unas horas de angustia que les amargaron la llegada, pero fue también una lección que supieron aprovechar.

Más tarde, para no' perderse al ir hasta su campo que comenzaron a arar enseguida, con el mismo arado de una sola reja hicieron una huella hasta el linde mismo del lote. En dos meses araron lo que hoy se hace en dos días: 13 hectáreas. Pero roturaron y sembraron, aunque fuese un pañuelito de tierra, y así tenían la sensación de que mientras construían su vivienda, u organizaban su nueva vida, la tierra va estaba trabajando para ellos.

Pero otra vez nos adelantamos. Volvamos a Carhué, donde los últimos rezagados hacían aún sus aprestos de partida. Unos en grandes carros comprados o alquilados, otros en los que, cumplida la primera travesía, volvieron de Leloir a buscarlos y unos más, finalmente, en los carros rusos tirados por caballos que José Resnicoff y Shneur Ratuschny fueron a comprar a Coronel Suárez y trajeron arreándolos —¡ellos, criollazos de treinta días!— completaron el traslado a la colonia.

Intercalarnos aquí el relato de una escena tragicómica, que ahora es fácil celebrar como algo risueño, pero que entonces definía el doloroso aprendizaje que comenzaba. Los que lograron procurarse carros y caballos en Carhué no podían abrigar demasiadas pretensiones. Los caballos eran chúcaros, y la inexperiencia de los improvisados carreros los excitaba más todavía. En el momento en que trataban de atar los caballos al carro, y los animales comenzaban a corcovear, y las mujeres a asustarse y a dar alaridos (un poco por la escena misma y otro poco por la perspectiva de ser remolcados por esos animales semisalvajes a través de un país no menos salvaje y además, para ellos misterioso y desconocido) nuestros inmigrantes necesitaban de toda su entereza para no sentir flaquear el ánimo.

Uno a uno o en grupos iban llegando a la colonia. Hubo quien puso siete días en el viaje; los más rápidos no menos de tres.

El galpón de esquila cumplía su función, y en algún momento

estuvo totalmente repleto. Las familias instaladas allí se habían acomodado como pudieron, allanando de la mejor manera las incomodidades y la promiscuidad. Habían traído consigo, como dijimos, camas y otros muebles que dispusieron tratando de delimitar lo mejor posible el precario ámbito familiar. Había cómodas y mesas, y hasta algún ropero que ponía una pretensión incongruente con el contorno atiborrado y mezquino. En algún caso hacían de ropero un par de cajones, y de cama adicional unas mantas tiradas en el suelo, proveyendo lecho a los cansados huesos de los que, tras la indecible fatiga del viaje, se pusieron de inmediato a la doble tarea de arar y sembrar su campo —para llegar al cual algunas debían salvar distancias considerables— y levantar un techo sobre él.

Nadie esperaba comodidades, pero ese sórdido hotel de Inmigrantes era aún peor que todo lo que podían haber imaginado, aunque no mucho peor que algunas de las tribulaciones que habían pasado hasta entonces. Mucho espíritu se necesitaba para sobrellevarlo, y los habitantes del galpón hicieron gala de él, sobre todo los jóvenes que eran, quienes lo animaban, aunque por el esfuerzo que les tocaba cada día podía suponerse que no habían de quedarles muchas energías al cabo de la dura joi nada. Y sin embargo eran ellos quienes ponían una nota de alegría con sus canciones, que a poco eran coreadas por casi todos los ocupantes, hombres y mujeres, con la sola excepción de algunos, invariablemente los más viejos, que ponían el grito en el ciclo porque no los dejaban dormir. Estos cantos y coros, y alguna improvisada representación teatral (*Jazia la huérfana* es el primer nombre que acude al recuerdo, de la época en que todavía estaban viviendo en el galpón, que no debe confundirse con las que daban después, cuando, ya desalojados por los colonos, Cherny lo usaba como depósito de bolsas y aperos de labranza, que debían ser acarreados afuera para armar el escenario y ubicar los bancos. para los espectadores) eran el reverso de aquella sordidez, del hacinamiento, de la miserable vida del galpón.

Quienes la sufrían más eran las mujeres, que en ese ambiente debían velar por sus hijos, cocinar, organizar un remedo de vida

familiar. Además de ayudar a sus hombres —porque lo hicieron también— en las más duras tareas iniciales.

Cocinar. Es fácil decirlo. Traían braseros y carbón, y algunos habían comprado unos calentadores a querosén. Todo ello les sirvió unos pocos días, mientras duró el combustible. Pero los braseros de hierro de tres patas sin carbón resultaron tan perfectamente inútiles como los calentadores sin querosén. Y allá fueron las buenas señoras a procurarse el combustible que el campo pudo proveerles, además del lugar en que quemarlo, que ya no podía ser, naturalmente, el interior del galpón. Salieron pues a cocinar a la intemperie. En unas canaletas cavadas en la tierra, semi-cubiertas de chapas, improvisaron unos fogones en que el pampero era a la vez aliado y enemigo, porque avivaba demasiado el fuego de paja y ramitas y a veces lo apagaba al volcar con su impulso la olla de la sopa a medio cocer. Demás está decir que cuando llovía desaparecía toda perspectiva de comida caliente. Todos los combustibles fueron ensayados. Un día oyeron decir que los huesos ardían, y se dieron a juntarlos en medio del campo.

Ignoraban las pobres que los que arden son los huesos frescos, y acarrearón en vano montones de huesos secos que no les sirvieron para nada.

Hasta que descubrieron un combustible que si no es ideal ni huele bien, al menos las sacaba de apuros. Es el mismo que nuestros gauchos habían usado desde tiempo inmemorial, porque en la pampa sin alambrados, primero la hacienda cimarrona y luego los animales de las estancias, lo habían provisto generosamente.

Uno se siente tentado a preguntar ¿y qué cocinaban? Poco margen quedaba para alardes culinarios. Habían traído los productos clásicos de las travesías: lentejas, porotos, arroz, fideos, En verduras frescas ni había qué soñar, y salvo alguna bolsa de papas que salvaba la situación, la cebolla cumplió sin que nadie le atribuyera esas virtudes cardinales la noble función de proveedora de vitaminas. Cuando, con las limitaciones del faenamamiento ritual, contaron con carne, la sopa de fideos o arroz y el magro pucherito llegaron a ser

los platos clásicos de esa época. Y el resto lo cubrían la galleta criolla y el mate, que bien pronto adoptaron como si lo hubieran tomado toda la vida.

También compraban en Carhué té, café y la entonces acreditada achicoria (atribuyéndole sin duda esas misteriosas virtudes *refrescantes* de las que casi un siglo antes ya se burlaba Alejandro Fumas). Leche no les faltaba, y aún desde el segundo día ya dispusieron de una vaca que uno de los primeros que llegaron, Slobinsky, se apresuró a comprar para asegurar el alimento de los chicos.

Y ahora volvamos a los primeros pasos que se dieron para organizar la vida individual. A las duras tareas del comienzo. La más característica de ellas fue la construcción de algo que ha quedado como símbolo de esa época temprana: las llamadas *zemliankas* (nombre derivado de la palabra rusa *zemlia* que significa tierra) especie de cuevas excavadas a pico y pala, un metro o un metro y veinte en el duro suelo de tosca. Eran casi puro techo con chapas colocadas a dos aguas a guisa de tal tocando el borde mismo de la excavación, mientras una breve pared en triangulo, levantada con adobes de barro y paja completaba los laderos. Uno de ellos tenía la puerta en el medio, sujeta a un rudimentario marco con tiras de cuero a guisa de bisagras. En esa especie de ranchos subterráneos, que construyeron y a los que se trasladaron enseguida urgidos por el apremio de dejar el galpón, vivieron hasta que cada uno construyó su vivienda definitiva.

En Rusia, de donde habían tomado el modelo, las *zemliankas* no eran para habitar. Quienes las recuerdan de sus viejas aldeas las describen como una especie de depósito subterráneo de hielo, que se armaba en el invierno para conservarlo hasta el verano, con una aislación de paja y tierra que mantenía los bloques durante toda la estación calurosa, proveyendo una auténtica heladera para disponer de bebidas frescas y hielo y conservar los alimentos.

Con todo lo que tenían, como viviendas, de incómodo y primitivo, estos ranchos subterráneos ofrecían la ventaja de poder hacerse en pocos días, y los colonos se trasladaban a ellos con sus familias no bien esta rudimentaria vivienda les permitía abandonar el galpón. Y se daban de inmediato a levantar la casa definitiva, para construir la cual debían comenzar por fabricar los adobes crudos con que casi todos las edificaron. En verdad no permanecían mucho tiempo en sus groseras viviendas, y hombres y mujeres pasaban la mayor parte del día a la intemperie, quien dedicado a la tarea de preparar los adobes —los famosos *lampaches* que siempre llamaron los colonos por su nombre ruso, hechos de barro y paja brava—; quien entregado ya de lleno a la tarea de arar su campo.

Ambas labores estaban complicadas por la inexperiencia, por las peculiaridades del medio y del campo, por los mil detalles que sólo iban a aprender con el tiempo a costa propia.

Hubo quien tardó ocho días en encontrar la primera estaca que indicaba la demarcación de su lote. Hubo quien, para su desgracia, después de hallar la primera no pudo dar con la segunda, y tras de arar un buen tirón se encontró con que estaba arando el campo del vecino. No era raro que los mojones fueran difíciles de ubicar en el alto pastizal, y el propio Guesncroff se las veía negras, al acompañar a los colonos a darles posesión de su campo, para establecer la exacta demarcación, y eso que acudía munido de un plano, que antes de un mes estaba deteriorado de tanto doblarlo y desdoblarlo, según explica él mismo a la ICA en carta en que pide le manden uno nuevo. La historia de esas primeras aradas, de las primeras chapas colocadas a guisa de techo, de los primeros adobes amasados con tierra y paja de la pampa, es realmente el génesis de la colonia. El aradito de una reja se hundía en la tierra virgen, y cuando la semilla depositada comenzaba a germinar, y la plantita de trigo tierno se elevaba ya sobre el nivel del terreno, el labrador judío miraba en torno suyo, contemplaba la tierra que al vestirse de verde comenzaba a responder a su trabajo y a sus esperanzas, y ello le hacía más leve el retorno a la cueva que todavía era su vivienda o aún peor, al galpón del que aún

no había logrado salir. Lo peor no era arar con un arado de una sola reja. Después de todo les sobraban energías y ansias de trabajar la tierra que sentían suya. Pasaban cosas peores como perderse en la niebla con los caballos y el arado, o al atravesar la laguna que había que franquear para llegar hasta el campo, equivocarse la orientación y salir en dirección opuesta, o perderse en la noche y vagar horas y horas hasta que los gritos de quienes los buscaban, o un farol colocado en la punta de un palo sobre el galpón, lograban orientarlo de nuevo. O algo más malo todavía, y que podía ser trágico: que los caballos se espantaran, y entonces la alternativa era que siguiesen corriendo a campo traviesa hasta perder el rumbo, o que el arado se diera vuelta y el arador fuera arrastrado o quedara debajo.

No inventamos posibilidades, naturalmente. Cada una de estas cosas ocurrió, y quienes nos las contaron fueron sus mismos protagonistas, que no tienen a mal revelar esos percances de su temprana inexperiencia, quizá por lo mismo que antes de mucho eran fogueados chacareros veteranos, para quienes el campo, y los animales, y los usos de la pampa, ya no guardaban secretos. No agregaremos en cada caso el nombre del protagonista. Quienes nos relataron esas anécdotas son los sobrevivientes de los primeros que llegaron, aquellos que, salvo alguno que va frisaba en los treinta, entonces eran muchachos u hombrecitos, y es seguro que cada una fue contada ya muchas decenas de veces. Sí se la atribuyó a héroes distintos, ¿para qué precisar un detalle que no agrega ni quita nada a la historia de la colonia? El episodio del extravío de Nehemías Beiser es singular, porque marca la llegada, pero no es único. También se perdió Kniasitzky, y uno de los Ratuschny, y Avrutzky y más de cuatro que quizá encontraron el rumbo solos y no lo contaron jamás porque les daba vergüenza confesar que se habían perdido. Como les hubiera dado vergüenza confesar que les tenían temor a los avestruces, lo que no obstó para que antes de mucho salieran a cazarlos con

(*) Los ciervos no eran naturales de aquí. Puede presumirse que provenían de los que introdujo de Europa para un coto de caza en General Ataliva, Roca, se expandieron por montes y llanuras y llegaron esporádicamente a nuestra zona.

unas boleadoras improvisadas. En ese campo que el hombre había hollado tan poco desde que sus primitivos habitantes lo abandonaran, la fauna de la pampa se ofrecía al poblador como un testimonio más de zona virgen, donde, no sólo había ñandúes sino hasta ciervos (*) y venados, tentación de caza mayor a la que más de uno sucumbió, incluso alguno con grave riesgo de su vida al despeñarse por un barranco el caballo en que perseguía al animal acorralado.

No hace falta precisar si el ciervo de esta anécdota es el mismo o no que el que figura en otra que veremos enseguida.

Puede presumirse que no, porque la caída del cazador sin duda libró al perseguido del riesgo que corría, y al otro cieno en cambio, hemos de verlo carneado y listo para ser saboreado por los colonos. Lo singular de esta anécdota es que el ciervo fué cazado vivo y carneado por el *shojet* del pueblo, ya que, judíos ortodoxos como eran, los colonos jamás se habrían permitido saborear carne de un animal que no fuera sacrificado de acuerdo al ritual. Este contraste entre el animal salvaje y su muerte a manos del matarife ilustra un poco sobre otros contrastes típicos de la primera época de la colonia, época de penosa adaptación de usos ancestrales a un ambiente en que no era ciertamente fácil mantenerlos.

Hay otra anécdota que es su antítesis: el episodio de un capón ya carneado obsequiado por Lucas Torres, que los colonos agradecieron como correspondía, pero luego enterraron para que el generoso donante no supiera que lo habían despreciado porque al no ser sacrificado por el *shojet* lo consideraban impuro.

Muchos desencuentros como este jalonan el proceso de adaptación de los colonos a su nueva vida. En los primeros tiempos los más ortodoxos querían que no se trabajara en sábado, y en verdad el descanso sabático y la fiesta consiguiente, con todo su inmenso significado para los judíos, se mantuvieron por mucho tiempo en Rivera y dieron su carácter a la vida judía del pueblo.

Claro que las exigencias del medio los obligaron a desistir de aquellos aspectos de su religiosidad que no eran compatibles con él.

No es que abjuraran de su fe o de las prácticas en que ella se expresaba, nada de eso. Seguían siendo buenos judíos, y la presencia del primer *shojet*, Abraham Spigelman —que llegó con la primera tanda de pobladores— y el hecho de que una de las primeras construcciones levantadas en Boyedárovka fuera la sinagoga, prueban que lo eran y que deseaban seguirlo siendo.

Durante mucho tiempo, no pocos judíos de este país llamaban a Rivera la *Jerusalén argentina*, y más de un poblador abandonó otros pueblos u otras chacras que materialmente aventajaban a lo que podía brindarles Rivera, sólo por el aliciente de un medio donde la vida judía podía mantenerlos más apegados a los usos tradicionales.

Una consecuencia risueña de la ortodoxia de los primeros pobladores fue que por un tiempo los peones de Lucas Torres comían carne de animales que habían sido sacrificados de acuerdo al más estricto ritual judío. El *shojet* Spigelman carneaba en la estancia de Torres. Pero como los judíos, según es sabido, sólo aprovechan los cuartos delanteros, Salomón Drucaroff —que fue el primer carnicero de la colonia, entre cuyos pobladores distribuía la carne en un carrito— se llevaba esa parte de la res, y el resto quedaba para el consumo del personal de la estancia.

Pero hemos vuelto a desviarnos de un orden cronológico en nuestro intento de seguir los primeros pasos de la colonia.

Imaginemos a nuestros colonos ya instalados en su *zemlianka*. No puede decirse que el ámbito hubiera ganado demasiado en el cambio, pero al menos esa cueva, donde el jefe de la familia sólo veía ya los rostros de los suyos, se parecía más a un hogar. No es que les disgustaran los rostros de los demás compañeros de aventura, muy al contrario. Ya veremos cómo justamente el afecto y la solidaridad entre los pobladores les ayudó a sobrellevar la dureza de la vida de los primeros años. Pero el hombre quiere un hogar suyo, así sea un rancho subterráneo. Y esos hombres ansiosos por arraigar en la tierra argentina, lo necesitaban más que ninguno.

La urgencia por trocar la *zemlianka* por una vivienda levantada al nivel del suelo ponía más ardor en el trabajo de hacer los adobes que emprendieron enseguida.

Tomemos a uno de ellos, y veámoslo en la tarea, siempre a través de su propio relato:

—Los únicos *lampaches* que yo había hecho en mi vida eran los que como juego de mi infancia no muy lejana toda vía, me habían significado una paliza materna por embarrarme hasta los ojos. No dejaba de ser gracioso que aquí me pusiera a hacerlos en serio, tan en serio que en ello me iba la perspectiva de hallarme por fin en mi casa, así fuera entre cuatro paredes de barro y paja. Trabajábamos mi hermano y yo.

Para hacer adobes, además de un molde se necesita, naturalmente, agua. Se dirá que más lógico hubiera sido empezar por cavar el pozo, tener agua a mano, y con la tierra extraída y el agua ya disponible, ponerse a la tarea. Otros lo hicieron así pero nosotros no. Nos urgía levantar la casa, y la laguna que teníamos cerca nos tentó para aprovechar el agua que allí había de sobra.

¿Cerca? Estaba a mil metros, y bien pronto aprendimos lo que mil metros representan cuando hay que cargar agua en un barril, éste en un carro y transportar todo a un kilómetro de distancia una y cien veces. También la tierra había que acarrearla. La llevábamos a pulso en una especie de parihuelas improvisadas con palos y bolsas. Recién después de muchos viajes de estos aprendimos que se podían arrastrar por el suelo, y hacerlas tirar por los caballos.

¡Ah! Y a propósito de caballos. Cuando ya teníamos el pozo, también a pulso sacábamos el agua para darles de beber, y sólo más tarde aprendimos que se podía hacer trabajar a los caballos para sacar su propia bebida.

Pero en fin: hubo un momento en que los adobes estaban listos, puestos a secar al sol, y llegó el gran día en que pudimos comenzar a levantar las paredes. Y otro día inolvidable, colocadas ya las chapas canaleta que la techaban, las puertas y las ventanas, la casa estuvo

lista. No creo que fuera linda, aunque ahora la recuerdo preciosa. ¡Pero era una casa! Revocada con barro y pintada con varias manos de lechada de cal, tenía cierto decoro de hogar, aunque el piso de tierra y los tirantes de madera que soportaban las chapas del techo le daban un carácter inconfundible, acentuado por el horno que convertía en cocina una de las dos habitaciones.

El cielorraso y el piso de madera sólo llegaron para algunas de esas casas muchos años más tarde, y para no pocas de ella no llegaron nunca, porque sólo existieron recién en la casa de material que reemplazó a la vivienda primitiva.

La esposa del chacarero, verdadera heroína de la colonia, la hacía habitable con su permanente esfuerzo, sublimado en el recuerdo de un hijo a quien todavía se le humedecen los ojos cuando evoca a su madre trepada sobre unos cajones, pasando la brocha una y otra vez por las paredes descascaradas.

No era solo la casa, ni el campo significaba meramente ponerse a arar y sembrar. Había que hacer el alambrado, cavar el pozo, ocuparse de mil detalles, cada uno de los cuales por pequeño que fuera representaba toda una empresa.

El pozo . . . Para hacerlo, la familia que tenía más de un varón podía turnarlos. Pero se cuenta la anécdota de un colono, que estaba cavando solo en busca de agua cuando llegó un visitante de Buenos Aires —un funcionario de la ICA por más señas— y al no encontrar a nadie en las inmediaciones lo buscó a gritos y lo ubicó por fin en el fondo del pozo. No está bien claro quien lo ayudaba a sacar la tierra y quien lo izaba, va que obviamente no podía hacerlo por sí mismo. Pero el que relata la anécdota certifica su veracidad, y agrega con un gesto elocuente :

—¡Y era un pequeño judío así de alto! . . .

El que tuvo la suerte de encontrar un estanciero que quería renovar su alambrado, le compró barato el viejo con postes y todo. Pero otros no fueron tan afortunados. Compraron el

alambre pero los postes los hacharon solos, en montes de Algarrobos que no estaban precisamente a un paso, a una jornada entera de carro.

Con una galleta dura, una cebolla y un jarro de agua por toda provisión, allá iban con su hacha y volvían con el carro lleno de postes, muchas veces pernoctando en medio del campo, desechos de fatiga pero llenos de brío para ponerse enseguida a la tarea de alambrar un par de potreros. No todo el campo; eso vino mucho más tarde. Pero al menos la parte sembrada, para protegerla de los animales, y otra *en* que mantener a los caballos a buen recaudo.

Por más que en algún caso esto resultó bastante relativo. Oigamos lo que le ocurrió a un colono, que es como escuchar a muchos de los que sufrieron idéntico percance:

—Hicimos un alambradito de un sólo hilo, metimos los caballos en lo que así creíamos ya bien cercado y . . . ¡dispararon todos!

Nos los trajeron antes de mucho, pero los gauchos que nos hacían ese favor pedían cinco pesos por cada uno. Nos entendíamos por señas pero no había mucho que discutir: pagamos y tuvimos nuestros caballos de vuelta. El asunto trascendió, y no tardó en aparecer por allí el comisario de Carhué, que calificó el hecho como un abuso y nos dió toda clase de seguridades; pero como no era cosa de andar comprando nuestros propios caballos todos los días, aprendimos la lección: reforzamos el alambrado.

Historias de caballos *perdidos* o robados jalonan toda la época. Los relatos sobre caballos se refieren a tribulaciones pintorescas, casi amables si se las compara con los amargos problemas que tuvieron que afrontar en otro sentido. La ocurrencia de identificar a los animales poniéndoles cintas, que hizo que a algún chacarero le jugaran la mala pasada de cambiárselas de los mansos a los chúcaros, y otros episodios no menos risueños o grotescos, señalan un marcado contraste con algo que en poco tiempo identificó a los colonos con lo más típico del campo argentino: el amor al caballo y su cuidado; el

orgullo de las tropillas; la estampa del jinete que todavía no hablaba buen castellano pero ya no se diferenciaba, montado en su cabalgadura, de los centauros criollos.

Rivera tuvo, como extremo de esta identificación, hasta un cuatrero judío, *Shmilekl gancho*, hombre de armas llevar, que en bravos entreveros había afirmado su guapeza; que más de una vez se jugó la vida cobrándose la del adversario, y que murió en su ley, porque llegó el día en que su rival en el cuchillo fue más guapo que él o simplemente lo madrugó, aunque también se habla de una emboscada en la que cayó acribillado. *Shmilekl gaucho* era una especie de héroe para los chicos de Rivera, que tenían a gran honra acercarse al lugar donde él mateaba o churrasqueaba y recibir su saludo.

Y aún lo es para quien recuerda cómo, recién llegado a Rivera de estibador, terminó con la maligna costumbre de reventar alguna bolsa para robarle a su dueño el trigo desparramado. Enfrentó a mano limpia a un matón de a cuchillo, y por lo menos donde él estaba, el inicuo despojo no volvió a repetirse. Después, quizá su propio coraje lo llevó a la azarosa vida en que terminó sus días. Pero fue leal con sus antiguos vecinos. Se sabe de cierto que algún colono, habiéndole pedido sagazmente al cuatrero le *averiguara* por donde andaban unas vaquillonas que le faltaban, u otro a quien le desapareciera un famoso rosillo, a poco vieron venir a *Shmilekl* trayéndoles escrupulosamente los animales, que tras prolija búsqueda *había encontrado por ahí*. . .

* * *

Hemos dicho ya, y nunca se repetirá bastante, que la solidaridad entre los pobladores les hizo más llevadera la vida que emprendían; que fue realmente, la que los salvó del desánimo y del fracaso.

Vimos aspectos de esa dura iniciación. Pero eran eso, iniciación, anormalidad. Lo cruel resultaba la dureza de la normalidad, de la vida ya encarrilada. Había que proveerse de todo

en Carhué, hasta donde el viaje de ida y vuelta insumía una semana entera y a veces más.

Más tarde contaron con un almacén mucho más próximo, el de Primitivo García, cerca de donde se creó la estación de Rolón. Pero como símbolo de esos primeros días anotamos esta frase, que vale por toda una definición.

—Si se rompía el tubo de una lámpara, había que ir a comprarlo a Carhué.

No es sólo la implícita sugestión de permanecer a oscuras hasta que se volviera de Carhué con el tubo nuevo. Quizá no fuera para tanto, aunque bien podía ocurrir que por toda esa semana tuvieran que alumbrarse con velas. Es la sensación del aislamiento, de que para la vida de todos los días, para lo que debía ser resuelto sobre el terreno, estaban librados a sus solas fuerzas, y entonces se explica que tendieran a juntarlas, a sumar las energías y la entereza y los recursos y las alegrías de cada uno para apuntalar las de los demás.

A fin de hacer mas soportable el viaje, se juntaban en grupos para ir de compras hasta Carhué. Llevaban tropillas para xeponer los caballos cansados, y amenizaban la travesía inventando deportes en los que se hicieron duchos, como cazar perdices a látigo. o con red por ejemplo.

Cuenta uno de los colonos, entre regocijado y nostálgico:

—Todo lo hacíamos juntos, como si hubiésemos sido una sola familia. Llegábamos al almacén de Carhué v al amable *¿cómo les va?* del dueño —Torroba se llamaba, y la firma Torroba Hnos.— respondíamos invariablemente con el único monosílabo que sabíamos para entonces: *bien, bien*. A lo que replicaba Torroba con la misma sonriente regularidad:

—Pero ustedes son gente rica! Siempre les va bien.

Su cordialidad no paraba ahí: les daba todo el crédito que pedían, y ellos respondían.

—A pesar de los años malos, le pagamos hasta el último centavo.

La colonia iba tomando fisonomía. Una tras otra surgían las casas, agrupándose en lo que primero llamaban por números — colonia N° 1, N° 2, N° 3— y que cierto día bautizaron con un nombre de cara resonancia al mundo judío: Sir Moses Montefiore, cosa que el delegado Pedro Levinstein escribe a Londres el 19 de noviembre de 1905 a Sir Claude G. Montefiore, comunicándole que dan a la colonia el nombre de su ilustre abuelo.

La minuciosa cuenta que lleva el administrador en sus cartas a la ICA de la vida de la colonia nos permite seguirla en Su evolución. Así vemos como relata con cierta ingenua sinceridad, que interroga a los chacareros italianos y alemanes de las inmediaciones para aconsejar a los colonos judíos, a quienes, ansiosos como los ve de arar y sembrar enseguida desea aleccionar con sus escasos conocimientos propios del medio, dándoles una explicación sobre caries y la necesidad de sulfatar la semilla, y luego rinde tributo a los activos que son. Si se considera, dice, las dificultades del comienzo, la escasez de potreros, la necesidad de procurar constantemente el alimento de los animales, y sobre todo la falta de experiencia y lo mal equipados que están los caballos, rinden el máximo que podía esperarse de ellos.

Esto de lo mal equipados que estaban los caballos encaja con el relato de otro, chacarero, que cuenta que se trajeron de Rivera hasta los arneses de los caballos y los látigos.

—No nos sirvieron para nada, y tuvimos que tirarlos. Pero no sólo habíamos traído las pecheras, sino hasta el que las hacía, que en la cronología de los oficios rivereños fue el primer talabartero del pueblo.

A la fuerza aprendió el pobre talabartero a cambiar su técnica adaptándola a los usos y necesidades del país. Pero entretanto los caballos y sus arreos inadecuados dieron a nuestros colonos bastantes dolores de cabeza. Porque como ya vimos no se trataba sólo de los aperos sino de los equinos mismos.

Hay un sugestivo detalle en una de las cartas posteriores del administrador que subraya la evolución operada. Mejora la caballada de los colonos —informa— porque al comienzo compraban matungos viejos para procurárselos mansos, y ahora han aprendido a domar los potros jóvenes y adaptarlos poco a poco al trabajo.

A él debemos también un testimonio de quiénes eran las primeras familias llegadas a la colonia, (*) de las primeras casas levantadas en los campos —las de Hilel Simkin, Vodovosoff y Levinstein, (esta última con el aditamento de 60 frutales plantados en torno, los primeros de la colonia) y finalmente un balance hacia fines de 1905, que arroja la presencia de 25 familias, con un total de 192 almas. Pero en los meses intermedios habían ocurrido episodios venturosos y trágicos. Se registró la primera muerte, preciso en verdad leve de algo espantable que se produjo en el galpón y pudo arrasar con todos los chicos y aún con los mayores: una epidemia. Comenzó siendo de sarampión, pero en testimonios fidedignos figuran también casos de escarlatina y de difteria. La criaturita muerta, hijo de uno de los Ratuschny, fué sepultada primero en Carhué y más tarde en lo que entonces era la fracción designada para futuro cementerio, pero entre su muerte y su descanso definitivo medió una cruel odisea entre Maza y Carhué, para lograr el certificado de defunción.

Esta epidemia revela la presencia en la colonia de quien prestó a los pobladores la primera asistencia médica: Israel Neistat, conocido por la denominación en idisch como *feldscher*, tomada de los viejos médicos de las aldeas judías de Rusia, que no tenían título sino una precaria autorización para ejercer, pero sabían a veces más que muchos médicos oficiales egresados de las universidades rusas.

Neistat combatió como pudo la epidemia, que promovió una

(*) En una carta fechada el 10 de Julio de 1905, registra la presencia en la colonia de las siguientes familias del grupo Novo-Bug: Beiser, Heiber, Laskin, Levinstein, Ratuschny, Resnicoff, Safronchik, Simkin, Slobinsky, Traiber, Vischnivetzky y Vodovosoff. Se refiere a familias. Las posibles omisiones de quienes ya estaban allí y no son mencionados son las de quienes habían llegado solos.

desbandada en el galpón. Ella se inició hacia el mes de septiembre, cuando ya muchos de los colonos del primer grupo se habían trasladado a su *zentlianka* y otros tenían adelantada la construcción de su casa. Entre éstos no faltó la mujer de alguno que, temerosa de que su criaturita de meses se contagiara, se instaló en un rincón de su casa a medio terminar, sin el techo completo o sin ventanas. Pero lo cierto es que no hubo más desgracias que lamentar, que la epidemia pasó y que, sin dejar de hacer honor al *feldscher* Neistat, que bien poco podía en verdad con los magros elementos de que dispuso, hay que creer más bien en la buena estrella de esas familias que así se salvaron de pagar el tributo de un hijo perdido al nacimiento de la colonia.

Otro episodio que marca época en esos meses es la celebración de las fiestas tradicionales judías. Cuando llegó el *Rosh Hashaná* (el año nuevo judío) de 1905, improvisaron una sinagoga en el galpón que uno de los colonos, Kuris, había construido como vivienda provisional cerca de la casa de la estancia vieja. El aspecto de ese templo improvisado no realizaba demasiado la solemnidad del oficio, pero la suplía con creces la unción de los colonos, renovada días más tarde en *Iom Kipur*. Nunca un Día del Perdón había sido solemnizado con tanto fervor como en ese galpón en medio de la pampa. Y cuando al día siguiente llovió, y la lluvia penetró hondamente en la tierra, pudieron creer que sus ruegos habían sido escuchados. Casi todos los que llegaron a tiempo alcanzaron a sembrar, y esa lluvia significaba la salvación, la promesa de cosecha. Guesneroff, que era el más alegre de todos, improvisó en su habitación una fiesta en la que se bailó y se brindó profusamente por la prosperidad implícita en esa lluvia bienhechora. Y toda la celebración estuvo impregnada de la alegría de esa promesa.

Pero fue una promesa falaz. La cosecha fracasó, y fracasó por lo mismo que había ilusionado a sus delegados y a cuantos vieron los galpones y estibas de Carhué reventando de bolsas de trigo. Después

aprendieron que jamás se daba una buena cosecha en el mismo campo que había brindado frutos generosos el año anterior.

La primera cosecha de la colonia Barón Hirsch fue un completo fracaso, y este símbolo trágico pareció anticipar lo que iba a ser por muchos años la vida de Rivera.

Habíamos hablado del *feldscher*. Hay una carta de los de legados Cherny y Levinstein, primer testimonio escrito de aquel fracaso, en que se menciona la pérdida de la cosecha como un argumento para reforzar un pedido dramático. Solicítase a la JCA dos mil pesos para instalar a Neistat, al que por carecer de recursos de resultas del fracaso de la cosecha no pueden cumplirle el convenio de proveerle alojamiento. El *feldscher*(*) había sido contratado por ellos, y hasta que tuvo la casa vivió, como todos los otros, en una *zemlianka* ya evacuada por el colono que la abandonara para vivir en su nueva propiedad.

Neistat no prestaba servicios sólo a los colonos judíos. Su presencia fue una bendición para todos los pobladores de la zona, y el testimonio de un antiguo vecino, Don Lucio Recalde, documenta a un tiempo lo que representó para ellos *el doctor* judío, y la forma en que actuaba, preparando él mismo los remedios en su casa después de asistir a un enfermo.

La anécdota de Recalde es ilustrativa en muchos sentidos. Cuenta Don Lucio cómo, según la ubicación de su casa, la estación que le quedaba más próxima era Salliqueló, y que para enviar o recoger correspondencia había que llegar hasta un *Recreo de Zabaleta* situado a cinco leguas de allí. Recalde había cubierto ese día las 28 leguas de ida y vuelta a Carhué y al regresar al anochecer se encontró con un enfermo en su casa. Cambió los caballos de andar por una americana y salió en busca de Neistat, que por entonces vivía

(*) Ha de perdonarsenos esta insistencia en llamarlo por su denominación en kitsch. El cargo tenía tal dignidad que resulta impropio llamarlo curandero o enfermero. En cuanto a la expresión *flebotomo* que usa Arturo Bab y significa sangrador, es totalmente inadecuada.

en la Colonia N° 2, lo trajo a su casa y una vez revisado el enfermo lo llevó de vuelta. Todavía agregó un par de leguas de más porque se perdió y marchaba en dirección hacia Carhué en lugar de tornar para Arano que era su camino, hasta que alguien le corrigió el rumbo. Llegó a su casa a las tres de la mañana, tras una jornada que ya duraba veinticuatro horas sin interrupción, y en la que había cubierto según calcula, no menos de 52 leguas.

Pero volvamos a la carta relacionada con el alojamiento del *doctor*. Está escrita el 3 de enero de 1906 y registra el eco que hallaba en la colonia el recrudecimiento de los progroms en Rusia, que les induce a pedir de 12 a 16 lotes más en Montefiore. Y tiene un matiz singular que vale la pena registrar: está escrita en correcto castellano, y aunque firmada por Cherny y Levinstein en su carácter de delegados, se reconoce en ella la hermosa letra de Guesneroff, el mismo en cuyas restantes cartas propias, escritas en francés, se advierte la influencia del medio nuevo, ya que al correcto idioma aprendido en las escuelas de la Alliance se mezclan las palabras criollas. *Potrerros, alambrados, postes, varillas, pueblo, púa*, invaden las cartas del administrador y acusan la mezcla del idioma del país en su estilo epistolar. Comenzó fechándolas en Leloir, luego en Leufucó y más tarde en Montefiore. Este capítulo ha de cerrarse con la época en que sus cartas comiencen a estar datadas en Rivera, esto es, cuando la vida del pueblo mismo haya comenzado como tal.

La colonia crecía y a medida que más familias abandonaban el galpón, otras que seguían viniendo las reemplazaban allí. Hacia la primavera los colonos hicieron viajes a Carhué para traer los elementos necesarios a la construcción, y mientras crecían las pilas de adobes puestas a secar en cada lote los carros aportaban chapas y maderas, puertas y ventanas, vidrios y otros implementos, y a comienzos de 1906, cuando ya en lo que iba a ser la planta urbana un par de casas adelantaban el surgimiento futuro del pueblo, dos docenas de construcciones apuntaban, en las quintas, la presencia de los colonos en torno a su ejido. Ese fue el sistema adoptado. Además del campo mismo, situado más lejos, a cada familia le tocó una quinta de cinco hectáreas, agrupadas una junto a otra al borde del

pueblo. El conjunto de cada uno de estos grupos de quintas con sus casas respectivas fue lo que constituyó las llamadas colonias dentro de la colonia misma denominada Barón Hirsch. Así se completó el grupo Montefiore, y así más tarde se creó la colonia que en homenaje a la aldea de su delegado Aarón Brodsky recibió el nombre de *Boyedárovka*, luego llamado grupo Barón Hirsch, así como una más, cuyo delegado era Iser Merpert, fué bautizada *Pietijadka*, antes de recibir oficialmente de la ICA el nombre de Cremieux.

La llegada de los nuevos pobladores completó la fisonomía de la colonia. Les fue más leve la época inicial, porque la presencia de otros colonos que ya vivían señalaban una diferencia con el desamparo en que se hallaban los primeros. Muchos de ellos, incluso, aprovecharon por un tiempo las *zemliankas* ya evacuadas por quienes las habitaran hasta mudarse a su propia casa. En Boyedárovka se construyó en seguida una sinagoga, y a poco surgió un almacén.

A falta de otras diversiones, los colonos desarrollaron desde entonces un afán de sociabilidad que ya no se borró más en la vida del pueblo. El entretenimiento clásico eran las visitas de colonia a colonia. Se hacían generalmente en la noche del viernes, a pie, porque ya había comenzado el *shabbath* y porque el paseo, reclutando compañeros y compañeras por el camino, formaba parte de la diversión, completada mucho más tarde, a altas horas de la noche, cuando entre todos acompañaban a las chicas a sus respectivas casas.

La colonia N° 2 era el núcleo de la alegría, y lo peculiar era que llegaran desde las otras hasta allí. Se bailaba, se cantaba, se armaban discusiones literarias y se hacían lecturas colectivas que luego daban pie para otras discusiones. Después agregaron representaciones teatrales de aficionados, que inician lo que fue una de las tradiciones más arraigadas de Rivera. Cuando, años más tarde, surge el *Club de la Juventud Israelita*, no hacía sino dar forma concreta a algo que ya existía por acción espontánea de los pobladores. De aquella época data lo que ya hemos mencionado a guisa de símbolo: la representa-

ción en ruso de *El oso*, de Antón Chejov, decorosamente puesto en escena por León Esevich y representado por él, la señora Brodsky y Saúl Stronguin en un escenario de cajones Con telones y cortinados de arpillera. Después vino el teatro en idisch, entre cuyos propulsores se destacan dos jóvenes, ambos llegados de Estados Unidos a donde habían emigrado desde Rusia: un hijo de los Kniasitzky, que vino de Filadelfia a reunirse con sus padres y fue quien introdujo en la colonia las obras de Gordin, renovador del teatro judío de aquel entonces; Israel Schpoliansky, pintor de brocha gorda pero fino espíritu, que montó muchas de las obras de Gordin cuyas escenas se cuentan entre los primeros recuerdos teatrales de los rivereños; M. Beiser y su hermana, y otros.

Pero la presencia de Schpoliansky, trabajador urbano, nos traslada a una época posterior, en que el pueblo ya existía. Si hemos de mantener este capítulo en su auténtica condición de prehistoria de Rivera, es obvio que nos estamos adelantando. Las modestas representaciones de aficionados de las colonias nacientes que alternadas con los bailes y las discusiones literarias reflejan la modalidad de esos rudos chacareros, afanosos de buscar una evasión espiritual a la fatiga física de su pesada faena, son la faz sonriente de esa heroica prehistoria; el reverso de las privaciones, de los trabajos, de la penuria sin atenuantes que durante esos dos años sufrieron mientras ponían en marcha su nueva vida.

Lo que iba a introducir un cambio esencial en esa vida era el ferrocarril, y ya comenzó por influirla en su etapa previa, la de la construcción. No es que mejorara la situación de la colonia de la noche a la mañana. Pero la llegada de los trabajadores y los técnicos que construían el ramal, con su aporte y sus necesidades, contribuyó a la evolución de la colonia y al nacimiento del pueblo.

El almacén cooperativo que mencionan los primeros informes surgió tanto para vender a los colonos como a los obreros del ferrocarril. Un horno de ladrillos, cuya instalación en sus terrenos contrata la ICA con un tal José Bottini para proveer al ferrocarril,

establece como condición venderles 200.000 ladrillos a los colonos, a tres pesos menos el millar de lo que le cobrará a la empresa.

Por aquellos días, ya casi terminado el ramal, una resolución del Ministerio de Obras Públicas de la Nación oficializó, con un homenaje colectivo a los congresales de Tucumán, los nombres de las distintas estaciones (*).

Y un buen día la línea estuvo terminada. Lo que iba a ser la estación Rivera era apenas un par de casillas y otro de carpas. No había andén ni estación verdadera, pero el tren iba a llegar hasta allí y se detendría; iba a conectar por fin a la colonia Barón Hirsch con los centros poblados de quienes dependía su subsistencia.

Sobre el primer tren que llegó a Rivera difieren, naturalmente, las versiones y los testimonios. El ramal fue formalmente inaugurado el 19 de enero de 1907. Quizá cada uno de los que oyeron bufar una locomotora creyó, aunque fuera en ocasiones distintas, que esa era la inauguración. La apertura de la línea no significó todavía un servicio regular, que comenzó a correr recién más tarde. Pero ese acontecimiento capital, ocurrido en los albores de 1907, iba a transformar a Barón Hirsch, de una colonia perdida en el confín pampeano, en un pueblo al que la cinta de acero trenzada con quebracho unía por fin con otros pueblos de la vasta planicie.

(*) La resolución del Ministerio, fechada el 6 de Octubre de 1906, que hace mérito de lo informado por la Dirección General de Ferrocarriles sobre los nombres a dar a las estaciones del ramal de Nueva Roma a Catrilo, bautiza las estaciones que se enumeran, con mención de su kilómetro respectivo, en este orden : Chasicó, Pelicurá, López Lecube, M. Boedo, A. Sáenz, Bordenave, J. Darragueira, Canónigo Gorriti, A. Gazcón, D. Huergo, Rivera, Malabia, Thames, Maza, L. Garro, Ivanowsky, Catrilo, Pacifico. A Rivera le corresponde en esa enumeración el kilómetro 173. En cuanto a la estación contigua, que en la resolución se designa Malabia, prevaleció para ella el nombre de Arano.

CRECE UN PUEBLO

Henos aquí, pues, en el pueblo de Rivera, ya bautizado con este nombre que la mayoría de los colonos ignoraba a quien perteneciera.

Es típico de la colonización judía en la Argentina que el nombre de la colonia y el del pueblo a que pertenece no sean el mismo. Colonia Clara es Dominguez, Lucienville es Basavilbaso, Narcisse Leven es Bernasconi, Barón Hirsch es Rivera. Los nombres que pusieron por su cuenta los colonos, esos sí, se sobrepusieron a todo: Moisesville es Moisesville y Colonia Lapin es el nombre que arraigó en lo que la ICA llama oficialmente, aun hasta el día de hoy, Philipson N° 3.

Pero nuestro pueblo es Rivera, y aunque la devoción por el recuerdo del Barón Hirsch está presente en nombres de instituciones y en otros testimonios, no existe la más ligera duda sobre el patronímico del pueblo. Rivera es Rivera, y los hijos del pueblo se llaman rivereños.

Corresponde, pues, comenzar por rendir al patrono del pueblo el mínimo homenaje de divulgar su actuación en episodios destacados de la historia patria, dos de ellos tan trascendentes como la Asamblea del Año XIII y el Congreso de Tucumán.

Pedro Ignacio de Rivera, cuyo nombre lleva la localidad, nació en la ciudad de Mizque, Alto Perú, en 1753. Se graduó de doctor en leyes en la Universidad de Charcas, ejerciendo su profesión en su ciudad natal, donde fue asimismo coronel de milicias. Tuvo activa participación en la Revolución de Chuquisaca en 1809 y en 1813 fue diputado por Mizque a la Asamblea General Constituyente, de la que más tarde fue vicepresidente y en cuyos memorables trabajos tuvo

una participación de primer plano. Nuevamente fue electo diputado por su ciudad al Congreso de Tucumán en 1816 y en tal carácter aparece suscribiendo el Acta de Declaración de la Independencia Argentina. Elegido por unanimidad vicepresidente del Congreso, le tocó presidirlo en ocasión del primer aniversario del 9 de Julio, y en esa oportunidad contestó las palabras del Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón con un discurso que ha quedado como testimonio de su inspiración y patriotismo. Participó en los debates en que fue sancionada la Constitución de 1819, formó parte del Congreso hasta su disolución, y apartado de los cargos públicos siguió residiendo en Buenos Aires, donde falleció el 17 de febrero de 1833, 20 años después que el ilustre cuerpo que integró proclamara que la Nación Argentina no reconoce diferencias de sangre o de nacimiento, piedra liminar que permitió construir este país con el aporte de inmigrantes de todas las razas y todos los pueblos de la tierra.

* * *

Rivera es una muestra de lo que daba y recibía el país de estos inmigrantes, ofreciéndoles un clima de libertad como no habían conocido hasta entonces y una tierra virgen y desierta para que la poblaran y la hicieran producir.

Hay una definición que en el juicio de un extranjero que ya amaba a esta tierra, convierte a Rivera en símbolo de la nación entera. Don Carlos T. Davis, el ingeniero inglés a cargo del ramal ferroviario, le decía a alguien que iba a ser una de las figuras más conspicuas del pueblo, su cuñado Ernesto Bolton:

—Mirá mi hijito, si querés saber los que es tu país, andate para allá.

La casa del ingeniero construida para Davis fue uno de los primeros edificios que pueden considerarse un aporte a la estética edilicia de Rivera. Las que surgieron antes en el pueblo no eran tan lindas ni tan cómodas. Fueron levantadas bajo el apremio de la necesidad, porque aquellos servicios inherentes a una vida urbana y

la presencia de los hombres llamados a desempeñarlos requerían al menos cuatro paredes y un techo para cumplir la función y para vivir.

Así surgieron, el correo, la escuelita, el local de la ICA, la casa de Neistat, el primer almacén (de Schlapacoff y Besedovsky, trasladado desde Boyedárovka) la casa de Bernardo Faure, el primer hotel, el destacamento policial, el correo. Primero hubo una estafeta en lo de Faure que atendía José Yussem (figura popular del pueblo, hombre bueno y jovial, que trabajó por la cultura rivereña como secretario del Centro Juventud y más tarde murió por un trágico azar en el terremoto de San Juan) y cuando hubo una verdadera oficina de Correos edificada en el solar que se le destinó desde el primer momento, la jefa fue una viuda de Bustos, a quien años más tarde sucedió Arturo Devita.

El primer delegado municipal, representante de la autoridad radicada en Carhué, cabeza de partido, fue Moisés Dreyzin, que ejerció el cargo desde 1907 a 1908. Le sucedió en él Fernando Tusio, desempeñándolo desde 1908 hasta 1910, en que fue designado Plácido Gamas, en cuyos 4 años de gestión municipal se produce la evolución de lo que comenzó siendo un puñado de casas, a un pueblito con fisonomía definida. En 1914, triunfante la Unión Cívica Radical en la elección municipal de Carhué, asumió la delegación en Rivera Don Luis Silvera, que estuvo a su frente por largos años.

Silvera era el propietario del primer hotel que tuvo la localidad, más tarde llamado San Martín, que compró a la primitiva firma, Colombo y Blanco, así como José María Méndez compró el almacén de Etchegoyen, instalado en una de las primeras casas que tuvo el pueblo. En esta pequeña historia que no es sólo esfuerzo individual, la mención de almaceneros y comerciantes no está fuera de lugar. Queremos acentuar, lo colectivo pero no ha de omitirse la acción de los hombres que al frente de esos pequeños negocios iniciaron una tarea que tenía tanto de pionerismo como la de los mismos chacareros, habida cuenta del medio y las dificultades con que tropezaron y de los que fueron muchas veces víctimas propicias. Hombres como Primitivo García, Bernardo Faure, Elías Guberman,

José María Méndez y otros, son un buen ejemplo de esta contribución a la vida y el progreso del pueblo que se hacía con duro trabajo o con recursos pecuniarios. Cuando quien los poseía como en el caso de Don Bernardo Faure, los puso al servicio de los colonos, abriéndoles crédito y otorgándoles facilidades, estaba supliendo las instituciones de bien común que llegaron más tarde, y lo hacía a costa de su patrimonio que años malos y deudas impagas consumieron. Cuando se evoca a Don Elías Guberman yendo hasta Carhué, en el mismo carro en que había llegado desde Coronel Suarez, para aprovisionar su almacén, no puede menos que pensarse que ese viaje estaba ahorrando a los colonos decenas de aquellas travesías que debían hacer para abastecerse de lo indispensable.

Hemos nombrado a Primitivo García e intercalaremos una anécdota suya que documenta su figura, pero que tiene un valor aún mayor: es el punto de partida de lo que ya en Rivera tiene categoría de refrán, lo que nos permite hacer folklore a la manera de las pacientes y agudas inquisiciones de Augusto Raúl Cortázar.

Don Primitivo le había prestado su sulky a un colono, que por descuido o inhabilidad ató tan mal el caballo que bola vara que era todo lo éste escapó a campo traviesa remolcando más tarde apareció el animal el vehículo. Una semana en el almacén, arrastrando una que quedaba del carromato, destrozado quien sabe dónde. Y la única reacción del bueno de García fue decir: —"Suficiente para no prestarle más el sulky".

Hoy esa, frase tiene estado público en Rivera. Pero nosotros, por azar, hemos dado con su remoto origen.

De aquella temprana época —1908— es la creación de la Biblioteca, primera institución de cultura que tuvo Rivera, ejerciendo también una noble función de ayuda a los trabajadores. Su presidente era Isaac Marchevsky, que más tarde, colonizado en Guinzburg, fundó también allí una biblioteca y otras entidades, promoviendo toda la labor cultural realizada en esa colonia. Por esa misma fecha se levantaron también la casa para la farmacia de Adolfo Sas, el local

de la delegación municipal, la fonda de Felipe Sanz, la herrería de Karabelnicoff, la casa construida para el médico, la comisaría. Esta era un simple destacamento policial, atendido por un sargento, inspeccionado de tanto en tanto por el comisario Blazetti, que venía de Carhué, y a quien ayudaba como sumariante Bernardo Papiermeister.

En estas primeras construcciones, para las que proveía ladrillos el horno de Stéfano, tuvo activa participación un hombre que contándose entre los primeros colonos, fue asimismo uno de los que más hicieron por el surgimiento de la vida urbana: Hilel Simkin, improvisado constructor, que por encargo de la ICA o de terceros levantó no pocas de las casas de esa primera época.

En el mismo año —1908— el ferrocarril construyó la estación de Rivera, que en su momento pudo considerarse el mejor edificio del pueblo, y que aún hoy, casi medio siglo más tarde, conserva parte de su antigua prestancia. El primer jefe de estación fue un señor Cesaretti, que contó con la colaboración de dos jóvenes del pueblo: Lucio Cherny como telegrafista y León Dimentstein (que tuvo su chacra sólo más tarde) como boleterero.

Habíamos hablado de la casa del Ingeniero Davis. Fue construida poco más tarde, y en ella se instaló el caballero inglés, que ya no se movió del pueblo hasta 1919. Ernesto Bolton había seguido su consejo y se fue *para allá*. Llegó en 1908 como su ayudante, se quedó, se casó allí, allí vio nacer a sus hijos. Amó al pueblo, del que fue alcalde y concejal, desde ambos cargos trabajó por él y —en la medida de sus posibilidades— por el bienestar de sus habitantes, de quienes fue consejero y amigo, y a quienes supo apreciar desde el primer instante. Le impresionaba el fervor con que celebraban la fiesta patria, y encarecía ante cuantos ejercían autoridad el imperativo de hacer que en efecto se sintieran en su propio país, que pudieran amarlo como suyo.

No era el único que lo advertía. Un emotivo episodio, relatado por alguien de Rivera que, entonces adolescente, cursaba el bachillerato en Bahía Blanca, lo documenta.

El Dr. Francisco Cantón, profesor de Historia en el Colegio Nacional de esa ciudad, llega un día a dictar su cátedra y dice a sus alumnos: —Hoy no les voy a hablar del pasado sino del presente, de algo que acabo de presenciar. Les voy a contar cómo los gringos de Rivera celebran el 25 de Mayo.

Y describe la escena del salón de la Juventud Israelita —el *galpón* glorioso, donde transcurrió media historia de Rivera—, todo decorado con banderas y colgaduras celeste y blanco, con los colores nacionales en los trajes de los colegiales, en las escarapelas de los mayores y en el corazón de todos los circunstantes.

Ese fue un 25 de Mayo posterior. Pero antes hubo uno que hizo época en la colonia, como la hizo en el país entero: el de 1910. En esa celebración se juntaron dos cosas, ambas recién adquiridas por los colonos: el fervor argentino y el gusto por las cosas de esta tierra, que ya compartían con los criollos.

Hubo de todo en estos festejos del Centenario: actos patrióticos, representaciones teatrales, desfiles de jinetes, fuegos artificiales, carreras de sortija y toda la gama de juegos de destreza de la fiesta criolla.

Fue un 25 de Mayo inolvidable a cuyo aspecto escolar aún hay que agregar un matiz definitorio: la escuela no era del Gobierno, ni los actos fueron organizados en cumplimiento de instrucciones oficiales. La escuela había sido construida y organizada por la ICA con personal suministrado por la Alliance Israelite Universelle, y su participación en la conmemoración del centenario, como en todas las fiestas patrias hasta que pasó al Consejo Nacional de Educación, fue el fruto de una adhesión espontánea, inherente al espíritu mismo con que se impartía la instrucción en castellano, tendiente a darles al par a los alumnos el conocimiento del idioma y de la realidad física y espiritual de su nueva patria.

¡Y cómo se llenaban de orgullo los padres de esos alumnos cuando veían a sus hijos hablar castellano y describir la historia y la geografía de este país! Hay una escena clásica en Rivera, la de los vecinos presenciando el examen de fin de año, transmitida en anécdotas que no hace al caso repetir, pero que describen una prueba final que lo era no sólo para los alumnos y el maestro, obligados por igual a exhibir el fruto del esfuerzo de todo el año, sino para los padres mismos, que ya no querían ser menos criollos que sus hijos.

Las primeras gestiones para la instalación de una escuela datan del comienzo mismo de la colonia, en 1906, cuando aún faltaban llegar muchos de sus pobladores. Y ha de registrarse aún un significativo antecedente escolar anterior, que tiene lugar en Buenos Aires. Un grupo de jóvenes, impresionados por la llegada de esos judíos destinados a la colonia Barón Hirsch, acudían al Hotel de Inmigrantes, convenciéndolos para que concurrieran a una sociedad Talmud Torah de la calle Talcahuano, donde les impartían nociones de castellano y otras someras enseñanzas. Entre esos jóvenes, convertidos por acción espontánea en los primeros que enseñaron a los pobladores de Rivera, figuraban Alejandro Zobotinsky, Delfín Rabinovich, Alberto Gerchunoff y Nicolás Rapoport.

El primer maestro de castellano que tuvo Rivera fue Jacques Abravanel, formado en la mejor tradición de esos educadores sefardíes de quienes echó mano la Alliance para proveer maestros de castellano a las escuelas de la ICA en las colonias judías de la Argentina.

Abravanel llegó a la Argentina a comienzos de 1908 fue destacado primero en Entre Ríos, y a mediados de ese año llegó a Rivera, debiendo esperar aún, para organizar su clase, a que el modesto edificio estuviera terminado. Distribuyó a los alumnos según su edad y preparación, por que no se trataba sólo del idioma sino de conocimientos generales, y los mayorcitos los habían adquirido ya en las escuelas de Rusia. Debíó aprender idisch para entenderse con ellos, pero no lo necesitó por mucho tiempo. Todos querían aprender, y aún ello le creó un problema que hubo de

resolver con una ficción. La norma era aceptar sólo alumnos en edad escolar, de 6 a 14 años. Pero en los bancos de su clase se sentaban muchachones y señoritas de hasta 19 años, para quienes el tiempo se había detenido, a los efectos oficiales, un lustro antes. Tanto el maestro como alguno de sus antiguos alumnos recuerdan todavía las *cartillas* famosas con que se enseñó a toda una generación, que Abravanel utilizó con provecho, y en las que una serie de fotos o grabados de los presidentes argentinos se detenía por entonces en el doctor Figueroa Alcorta.

Simultáneamente asistían los alumnos a la clase de idisch y hebreo, cuyo primer maestro en Rivera fue José Ferdman que encabeza una serie de esforzados maestros judíos, a quienes los que entonces eran niños en la colonia Barón Hirsch debían los conocimientos adquiridos de la lengua de sus mayores y de los elementos de historia, tradición y religión judía contenidos en el programa clásico del *jeder*.

Ferdman, como su sucesor Marcos Dubrovsky, como Jagui, que enseñó primero en Boyedárovka, como otros heroicos maestros judíos de Rivera y sus colonias entre quienes hemos de mencionar, arriesgando omisiones, a Salomón Merlinsky, Lázaro Hirschoren, Manuel Beiser, P. Katz, Aarón Daijovsky, cumplieron bien su tarea, y el que de sus enseñanzas quedara un saldo que algunos conservan hasta ahora, o no quedara nada, no dependía ciertamente de ellos sino del alumno y del medio. La escuela judía de Rivera, con su local escolar humilde pero propio, era infinitamente mejor de lo que pudo haber sido el mísero *jeder* en alguna de las aldeas de donde procedían los alumnos. Pero en torno a aquel *jeder* había una estrecha vida judía que por años ayudaba a fijar los conocimientos hebreos adquiridos. Y en Rivera en cambio, como en otras colonias judías de la Argentina, el medio exterior tendía a captar a los colonos y no a encerrarlos en un clima propio e impermeable.

No corresponde a este libro, y menos a este capítulo retrospectivo, encarar el problema de la educación judía en la Argentina, que otros plantearon con inquietud y profundidad. Lo que

importa establecer aquí es que los colonos de Rivera quisieron dar a sus hijos, junto con la instrucción argentina, una educación hebraica que los conectara con la tradición y el espíritu del pueblo judío. Y no escatimaron esfuerzos, y aun sacrificios en alguna época, para lograrlo.

Y ahora volvamos a nuestra escuela. Hemos de hallarla en un momento particularmente importante para ella, cuando llega una pareja que tuvo actuación singular en la educación de los niños de Rivera: Don José Souessia y su esposa. Él era director de la escuela y ella maestra. Souessia dictaba clase además de ejercer la dirección, y bajo su autoridad se inauguró el edificio de la escuela nueva que funcionaba con cuatro grados, a cuyo frente estuvo hasta que la ICA la transfirió al Consejo Nacional de Educación.

Cuando llegaron los Souessia, la administración envió a Abravanel a fundar otra escuela en Bernasconí y luego a Rolón y después a Philipson. En Rolón un episodio marcó época y sentó un principio: clausurada la escuela porque había surgido otra nacional, y se sostenía que quitaba alumnos al establecimiento oficial, Abravanel dirigióse por carta al presidente del Consejo Nacional de Educación, exponiendo argumentos sobre la obra que así se truncaba. Fueron echados, y la escuela reabierta.

Por aquella época, a mitad de camino entre Huergo, en una escuelita todavía más humilde que la primitiva de Rivera, Papirmeister enseñaba en castellano y en idisch lo hacía Dubrovsky, este último más tarde trasladado Rivera a Rivera, donde actuó por largos años, querido y respetado por todos, figura popular en el pueblo donde a más de sus deberes como maestro exhibía sus habilidades musicales, tocando la flauta en un conjunto donde otros aficionados, Pogarelsky y Marcos Barcán lo hacían en el violín y un tercero en el bombo, amenizando cuanta oportunidad festiva o reunión —casamientos inclusive— rompían la monotonía de la vida diaria. Sobre todo los casamientos, que hacían época en el pueblo.

Bajo la dirección de Souessia la escuela de Rivera crecía en persona, en alumnos y en prestigio. En cierto momento fue designado inspector de las demás escuelas de la ICA en toda la zona, y aunque mantuvo su cargo en Rivera su autoridad se extendía a las cuatro que había por entonces. Quienes fueron sus alumnos aun lo recuerdan, con su figura inconfundible, sus bigotes enhiestos, su castellano de sefardí, su cultura francesa de egresado de las escuelas de la Alliance. Rivera le debe mucho a él como a su esposa, y aún se recuerda con pena lo que significó verlo reducido de la dignidad de director a la condición de maestro de grado, cuando el traspaso de la escuela de la ICA al gobierno le indujo a permanecer allí, aún bajo otra dirección, para no interrumpir la labor.

La nueva directora fue a su vez una figura que hizo historia en el pueblo. Elisa de Repossi —la señora Repossi para llamarla como la conocieron todos— fue una abnegada educadora que por largos años tuvo la responsabilidad de la enseñanza impartida a generaciones sucesivas de niños en la escuela del Estado que reemplazó, en el mismo edificio construido por la ICA, a la que Souessia inaugurara años antes.

Junto a los nombres de los esposos Souessia, la gratitud de sus antiguos alumnos recuerda a quienes enseñaron con ellos, sistemática o circunstancialmente, en la escuela no oficial. Los nombres de Salvador Danón, Gregorio Schnir, José Liberman (este llegó a ser un sabio que hace honor a la ciencia argentina, pero entonces era tan joven que dejó la escuela para cumplir sus deberes como argentino en el servicio militar) corresponden a aquella época. Junto a la señora Repossi, quienes tienen recuerdos más frescos evocan a la señora Chaves, a Herminia Farías, a la señorita Mazuca, a Cristóbal Martino, a Eutimia Quiroga.

Al viajero que recorriendo las calles del pueblo se detiene ante la escuela de hoy, ha de llamarle la atención esta placa, colocada el 6 de noviembre de 1942 por los ex alumnos:

A la escuela N° 146 en su 25 aniversario, 1942.

A la escuela, no a tal o cual figura, implícitas todas en la devoción de los que pasaron por sus aulas, jugaron en sus patios, oyeron el tañido de su campana. A la escuela, con todo lo que ella representa siempre para la emoción de un ex alumno, y en Rivera quizá todavía un poco más.

Pero nos hemos adelantado demasiado en el tiempo. Volvamos atrás en nuestra evocación, para el caso al punto de donde ella arrancó: a la escuelita del camino a Huergo, a donde concurrían los chicos de las chacras situadas hacia ese lado de la colonia.

Entre los recuerdos de Papiermeister figura uno —el ciclón de 1911— que si no fue trágico en lo que a él atañe, lo fue en cambio para toda la colonia, donde produjo muertes (se recuerdan cuatro víctimas de una misma familia, Landesman) y destrozos incontables. A Papiermeister el ciclón le llevó la escuela entera, paredes y techo incluidos. Hasta que se la reconstruyeron se trasladó a Rivera y dictó su clase allí por tres meses. Quien más quien menos, cada poblador de la colonia sufrió en carne propia los efectos del vendaval, entre los que se cuentan —aparte de carros arrastrados no, kilómetros o pesados cajones llenos de cosas proyectados a cientos de metros— galpones y casas derribados. De esas casas levantadas con tanto trabajo y tanto amor, muchas cayeron otras quedaron tan malamente dañadas que igual hubo que construirlas de nuevo.

El ciclón, que se desencadenó el 4 de febrero de 1911, sobrevino tras una cosecha perdida, y la ruina se cernía sobre la colonia tras el Año Negro, en que había soportado once meses sin lluvia.

El que era entonces director general de la ICA, Ing. Veneziani, se trasladó a Rivera y organizó la ayuda, que aún suscita elogios de quienes recuerdan el episodio. Pero esa ayuda que vino a salvar la situación fue, según la afirmación de otros colonos —o aun de los mismos que no recatan el elogio a Veneziani— el origen de la ruina de la Cooperativa Agrícola Barón Hirsch que surgió poco después, y a quien la administración cargó más tarde la deuda proveniente de

aquella ayuda, aunque había sido prestada directamente a los colonos y no por su intermedio.

Pero esto nos aparta del tema, que por ahora sigue siendo el de los primeros pasos del pueblo en su faz urbana. Siguiendo los informes del representante local de la ICA observamos el crecimiento acelerado de la población: 186 familias con 892 almas en 1908; 251 familias con 1320 almas en 1909. En 1910 el optimismo del administrador subraya que Rivera, a tres años de su fundación, ya es una verdadera localidad, con representantes de todas las casas cerealistas y negocios importantes, así como cuenta con buenos artesanos que cubren las necesidades de la población: herreros, zapateros, sastres, hojalateros, carpinteros...

Habla de "bellas construcciones de estilo moderno"; Pero esta descripción, sugerida sin duda por uno o dos edificios, no correspondía a la totalidad del cuadro. Menos agradable pero más realista es la referencia contenida en el informe oficial de la oficina de Buenos Aires enviado a París un año más tarde. "Rivera tiene feo aspecto, dice. Unas cuarenta casas, de aspecto primitivo, con calles sin árboles: el conjunto no tiene nada de alegre". Admite que tras la decisión de la ICA de vender los lotes, sólo se vendieron quince en tres años, y sugiere que mayores facilidades de pago puedan fomentar la compra, comparando con Rolón, donde los solares se venden baratos y el pueblo crece.

También crecían las colonias, y hubo un momento en que lo que había de ser por años la fisonomía de Barón Hirsch había alcanzado su madurez. Por aquella época se trasladaron a ella núcleos de colonos que habían estado originalmente en Médanos y en Villa Alba, con uno de los cuales se formó el grupo Philipson, mientras otro da origen al grupo Leven.

Hay un detalle que nos urge mencionar, quizá seducidos por su vaga analogía con un antecedente glorioso de Eretz Israel: la colonia Barón Hirsch tuvo un improvisado cuerpo de guardias, especie de *Hashomer* casero que la preservó de merodeadores y ladrones.

Los colonos cumplían turnos en ellas, y más de una vez los saqueadores de gallineros, cuatrerros menores y otros aprovechados aprendieron en carne propia que los chacareros judíos estaban dispuestos a defender lo suyo. Los rusos pegan fuerte, fue una frase que hizo su camino, y quienes lo supieron a su costa no volvieron por otra.

Esto tiene un sentido más profundo que la simple defensa de la propiedad. Los colonos de Barón Hirsch, los hombres de Rivera, disfrutaban como ninguno el clima de libertad de este país, y quizá como reacción ante el recuerdo de Rusia, estaban siempre dispuestos a preservarlo, en lo que a ellos se refería, al menor amago de avance o de provocación. Eran guapos, con esa guapeza tranquila del que no provoca pero no está dispuesto a dejarse atropellar. Fuertes como toros, eran conscientes de su fortaleza física, y además estaban dispuestos a usarla. Decenas de anécdotas de entreveros lo atestiguan, incluso el recuerdo de un chico parando a un matón de cuchillo con el revólver sacado del cajón mostrador de su padre.

* * *

No es fácil mantener la cronología y aún la ilación de un relato basado en recuerdos o testimonios dispersos, tan lejanos y tan deshilvanados.

En el forzoso encasillamiento de actividades que hemos de hacer para registrar la vida posterior de Rivera a través de sus instituciones, ella estará contenida, en lo que es actividad económica, o cultural, o mutual, o deportiva, o en lo que es expresión de la vida judía, en los capítulos respectivos.

Pero muchos aspectos de esa vida resisten el encasillamiento por temas; exceden un intento de clasificación. Es fácil ubicar como actividad cultural algo tan característico de Rivera —y tan hermoso— como los mítines públicos en homenaje a grandes figuras

literarias, o las visitas de intelectuales, que veremos a su debido tiempo. O la existencia de los sucesivos periódicos —que los tuvo Rivera— imbuidos de idéntico afán de informar y de esclarecer los problemas de la colonia.

¿Pero cómo clasificar la actividad teatral de la primera época, sea la que animaron los propios rivereños en conjuntos aficionados, sea la presencia en Rivera de conjuntos profesionales, algunos tan destacados como el del eminente Moscovich?

Cuando el Club de la Juventud Israelita poseyó su pío salón, allí fueron a representar los conjuntos, Y eso forma parte de la historia del Centro Cultural, que hemos de ver más tarde. Pero recuerdos tan gratos y tan típicos de aquella primera época como las representaciones teatrales en el galpón de Cherny, en la herrería de Karabelnicoff —20 días emplearon los obreros en limpiar y despejar el taller y en levantar el escenario y naturalmente, no trabajaron en la herrería en todos ellos— o en el galpón del ferrocarril, no pueden caber sino aquí. Corresponden al alba del pueblo y acaso por eso tienen, en la evocación, la frescura de todo comienzo. Habíamos mencionado a Gordin y a quienes introdujeron su teatro en la colonia. El llena toda esa primera época, en que obras como *Dios, el hombre y el Diablo* o *Di Sjite* (La Matanza), *Der Meturef* (El Loco), alternan con *La Bruja*, una opereta en idisch, y *La Sonata a Kreutzer*.

Nombres mágicos como los de Paulina y Albertina Sifzer, que entonces y por mucho tiempo, para los chicos de Rivera que los oían mencionar en sus hogares, eran el sinónimo mismo de teatro, o compañías como la de Ehrlichman, que representó *El Rey Lear* en una versión judaizada y en idisch de Gordin, dejaron huella en el pueblo por mucho tiempo, sin contar con que las canciones de Purim que el adaptador introdujo en la obra de Shakespeare se cantaron en Rivera durante un año entero.

La transición de la colonia de los primeros días a un momento en que la localidad ya tiene estado, se ha operado insensiblemente y

en determinado momento nos hallamos en un pueblo que atiende a sus necesidades, que ya es un pequeño emporio de actividad no sólo rural, aunque naturalmente todos los trabajos y problemas giran en torno a los que suscita, en las quintas y en las chacras que rodean a ese rústico ámbito urbano, el afán de extraerle a la tierra la espiga que más de una vez ella se negaba tercamente a dar.

VII

HISTORIA DE UN HONROSO FRACASO

Bien puede atribuirse significación de símbolo al hecho de que la primera institución cooperativa que tuvo Rivera, la que marcó época en la historia de la colonia, haya concluido en el fracaso.

La Cooperativa Agrícola Barón Hirsch Ltda. se fundió, para decirlo en la cruda expresión con que se alude a su fin, por lo mismo que hizo la desgracia de la colonia durante tantos años: una combinación de factores naturales adversos con la inexperiencia que los agravaba. Y cuando la experiencia llegó por fin, a dura costa; cuando ya los dirigentes de la Cooperativa sabían cómo hacer, no tenían con qué hacerlo.

Fracasos reiterados habían consumido los recursos, y una pesada deuda gravitaba sobre la vida de la institución trabando sus movimientos y paralizando su desempeño.

Desde el ángulo estrictamente cooperativo fracasó porque ignoró que la esencia del cooperativismo bien entendido es una sana economía societaria, basada en la defensa del interés común, aún contra el interés circunstancial de cada asociado.

Si errores individuales incidieron aún sobre este esquema, es cosa que no cambia el cuadro general: la Cooperativa Agrícola Barón Hirsch daba y no recibía, o recibía en menor proporción a sus egresos. Si años buenos pudieron haber compensada esta política de equivocada generosidad, ella no podía soportar, a la inversa, los años malos. Y como la historia de los primeros tiempos de Rivera es casi

sin excepción, historia de años malos, una sucesión de ellos terminó por hundirla.

Hemos usado ya para definirla una palabra que expresa exactamente lo que ocurrió: la Cooperativa hizo de paragolpes frente al infortunio reiterado de la colonia, y sucumbió a esa misión.

Recuérdese el antecedente mencionado de la ayuda prestada por la ICA a los damnificados del ciclón. Se cargó esa deuda a la Cooperativa, que mal pudo cobrarla cuando no lograba cobrar deudas más recientes de su propio ejercicio económico.

¿De qué vale recordar que en algún caso pudo haber lenidad en el pago, por parte de los deudores, si en general la colonia entera estaba permanentemente abocada a la ruina, sea por el fracaso total de las cosechas o por rendimientos que apenas compensaban los gastos y el sacrificio?

A la historia de la Cooperativa pertenece justamente uno de los más agudos análisis de este problema, contenido en un memorial presentado por ella a la ICA, casi en vísperas de la ruina, en un intento inútil por lograr ayuda para conjurarla.

Pero nos estamos adelantando demasiado, y aún no hemos aludido siquiera al nacimiento formal de la Cooperativa, ni a las esperanzas que suscitó, ni a ninguno de los hechos positivos que a pesar de todo jalonan su existencia y señalan lo que ella tuvo de auspicioso en el panorama de la colonización judía en la Argentina.

La Sociedad Cooperativa Agrícola Ltda. Barón Hirsch, fue fundada formalmente en agosto de 1910, aunque ese fue estrictamente el punto de partida, ya que en época tan temprana como agosto de 1907 el administrador de la ICA describió la reunión promovida para fundar una cooperativa y una posterior asamblea de fundación el 10 de noviembre del mismo año, con detalles tan precisos como la emisión de mil acciones de diez pesos cada una, de las que 600 acciones aparecían vendidas en esa reunión.

Pero estaba expresando una mera esperanza. La verdadera Cooperativa surgió recién tres años más tarde, en agosto de 1910, con un capital inicial de 6.000 pesos, de los que se habían suscripto 4.000 cuando en una asamblea posterior, el 31 de noviembre de 1910, resuelven aumentarlo a 60.000 por la creación de 600 acciones de cien pesos. Los estatutos eran los mismos del Fondo Comunal, cuyos esclarecidos dirigentes, el Dr. Noé Yarcho y el ingeniero Miguel Sajaroff, tuvieron influencia decisiva en la creación de la Cooperativa.

En una gira, organizada por Sajaroff al llegar a la presidencia de la Cooperativa de Colonia Clara, él, Yarcho y otros dirigentes, Pustilnik y Horwitz, sentaron las bases de lo que fue la Confederación Agrícola Argentino-Israelita, más tarde Fraternidad Agraria, entidad madre de las cooperativas agrícolas en todas las colonias de la ICA. Su presencia en Rivera galvanizó el propósito latente, y tras una visita a Dominguez de quienes iban a ser el primer presidente y el primer secretario de la Cooperativa Barón Hirsch, esta surgió casi simultáneamente con la Confederación. Los dos mencionados, señores Moisés Cherny y Arturo Bab, junto con Don Aarón Brodsky, participaron en representación de Rivera en la Asamblea de constitución realizada en Buenos Aires de la que surgió la primera comisión, en la que el secretario de la cooperativa de Rivera lo era también de la entidad central, y que se trazó este plan de labor tan ambicioso como definitorio de sus nobles propósitos. (*)

*) De "El Colono Cooperador" tomamos la transcripción del proyecto de constitución de la Confederación Agrícola Argentino-Israelita, aprobado en aquella reunión. Dice así:

Los doce delegados reunidos en Buenos Aires en representación de las sociedades: Fondo Comunal de Colonia Clara (M. Sajaroff, Dr. N. Yarcho, Dr. Klein, S. Pustilnik, I. Kaplan y D. Chertcoff), Sociedad Agrícola Israelita de Lucienville (B. Tolcachier, M. Kosoy y S. Horvitz) y Sociedad Cooperativa Agrícola Limitada Barón Hirsch en Rivera. (M. Cherny, A. Bab y A. Brodsky) han elaborado en sus sesiones el proyecto sobre la constitución de la Confederación Agrícola Argentino-Israelita que a continuación se detalla.

I. Su objeto es realizar la defensa de los intereses materiales, profesionales y sociales y obtener una concordancia en los actos y cohesión en la lucha entre las asociaciones confederadas. II. Relacionarse por su intermedio con las agrupaciones agrícolas del país y del extranjero y asimismo en sus instituciones. III Representación legal ante los poderes públicos. IV. Representación legal de los intereses de las asociaciones confederadas ante la ICA.

Así, Pues, Rivera no sólo crea su propia cooperativa sino que lo hace uniendo su esfuerzo al de las entidades judías hermanas de las otras colonias, y en el curso de los años que duró su existencia participó en esa labor común, aportó iniciativas, intervino en congresos, inscribió su nombre honrosamente, en fin, en la historia del cooperativismo agrario judío argentino. Hemos mencionado ya a Cherny y Bab, los que primero ocuparon la presidencia y la secretaría de la cooperativa, el último asistido por Zví Schneider y León Dimentstein, respectivamente, en los trabajos en idisch y en castellano. El primer gerente fue Moisés Minujin. El primer contador, Aaron Pirotzky, reemplazado luego por Julio Milstein y Wolf Plotkin, éstos últimos figuras vinculadas a actividades cultura-

V. Prolijo estudio y organización de informaciones sobre los mercados para colocación remuneradora de los productos agrícolas. VI. Abaratamiento de los medios de producción y artículos de consumo. VII. Resolución de los problemas de trascendencia, como a) Fundación de un Banco Agrario y organización del sistema de crédito a largos plazos. b) Organización de la producción y consumo a base cooperativa en el amplio sentido de la palabra. c) Colonización del excedente de población agrícola de las colonias respectivas y fomento del espíritu de arraigamiento al cultivo de la tierra entre los inmigrantes israelitas. d) Organización de Servicios Sanitarios de las colonias respectivas. e) Coadyuvar moral y materialmente al desenvolvimiento amplio de las escuelas de las colonias respectivas. f) Fundación de un órgano oficial para dar publicidad y someter a la discusión amplia y libre de las ideas concernientes al desarrollo de la Confederación Agrícola Argentino-Israelita y demás intereses materiales y morales de las asociaciones confederadas. g) Organización del sistema de seguros mutuos contra incendios de parvas, granizo, mortandad de animales, etc, etc. h) Fomentar el establecimiento de chacras experimentales en las colonias respectivas y difusión de las nociones agrícolas de las mismas. VIII. Establecimiento de un tribunal arbitral entre las asociaciones confederadas. IX. La Confederación Agrícola Argentino-Israelita siempre aceptará las adhesiones de otras sociedades agrícolas israelitas con el consentimiento de la de los ya confederados. X. La Confederación Agrícola Argentino-Israelita buscará de conseguir la personería jurídica nacional. XI. La Confederación Agrícola Argentino-Israelita establecerá su asiento legal en la Capital Federal de la República Argentina.

En cuanto a los recursos, dirección, administración y proyecto de estatutos se ha resuelto encargar dichos trabajos a los doce delegados arriba mencionados, quienes los presentarán en breve para someterlos a discusión pública en asamblea general en una de las colonias. Hasta la presentación de dichos proyectos han sido electos como Presidente Honorario: Dr. N. YARCHO, Vice-Presidente del Fondo Comunal de la Colonia Clara; Presidente Activo: M. SAJAROFF, Presidente del Fondo Comunal de la Colonia Clara; Vice-Presidente: S. HORVITZ (Lucienville); Secretario: ARTURO BAB, (Colonia Rivera), Secretario de la Cooperativa Barón Hirsch); y como vocales los señores : Dr. KleinPustilnik, I. Kaplan, M. Kossoy, D. Chertkoff, M. Cherny, A. Brodsky. y B.. Tolcachier.

les del pueblo, de cuya principal institución, el Centro Juventud Israelita, fueron presidente y secretario, respectivamente.

En períodos sucesivos ocuparon la presidencia los señores Yudel Abraschkin, Abraham Schlapacoff, Aarón Brodsky, Miguel Fainstein, Alejandro Javkin y Jacobo Katoshinsky, y la secretaría el mismo Bab, que la ejerció cinco años, y León Dimentstein, que con la sola excepción de Natán Jadzinsky y algún otro, la desempeñó en los años restantes. Como secretario de la Comisión de arbitrajes actuaba Osher Bessedovsky. (*)

A propósito de arbitrajes: Moisés Ratuschny (joven intelectual a quien veremos más de una vez en distintas actividades, grata promesa de un valor literario truncado por su temprana muerte) publicó (**) un risueño relato del primer arbitraje realizado por la Cooperativa, en el caso de un potrillo marcado por un colono y disputado por otro, que halló eco igualmente risueño en el pueblo entero. El relato de Ratuschny no se limitaba a recuerdos pintorescos; describía también aspectos más profundos de su acción, entre ellos una decidida intervención de la Cooperativa al convocar a una asamblea de la colonia en pleno, que logró impedir el desalojo de un colono, Schteimberg, en cuyo campo, por hallarse enfermo, el hijo había instalado a otros que atendieran la labor. Las palabras que Aarón Brodsky pronunció en esa asamblea, y el curso de los sucesos posteriores, definen con bastante claridad lo que representaba la Cooperativa para la Colonia como instrumento de defensa colectiva.

También representaba, naturalmente, un instrumento económico. Mercaderías vendidas a los colonos a precios bajos;

(*) He aquí la nómina completa de quienes integraron además el consejo en los distintos periodos: Besedovsky, Stronguin, Bronfman, Leisersohn, Vodovosoff, Kapustiansky, Shamsanovsky, Gorer, Ratuschny, Dayán, Guralnik, Merpert, Melamed, Kuschelevsky, Stezovsky, German, Gavinoser, Esevich, Reisman, Kniasitzky, Bulstein; Kantzevoy; Lifschitz, Sutz, Schufer, Jalef, Schteinberg, Neuman, Slimovich, Simkin, Reschinsky, Stracovsky, Kotler, Schampailer, Drucaroff, Slobinsky, Vischnivetsky, Dreyzin, Kremer, Kasakevich, Umansky, Schulman, Rosch, Marchevsky y otros.

(**) "El Colono Cooperador", 15/2/1931.

ventajas en su trato con los compradores de la Cosecha; los beneficios clásicos de una Cooperativa, en fin, eran brindados por la *Barón Hirsch* a sus asociados. Testimonios escritos y orales documentan que, hasta que cosechas perdidas y deudas no cobradas minaron su economía, cumplió bien su función, aún a despecho de situaciones —derivadas de la in-experiencia en el manejo administrativo— como las que indujeron alguna vez a sus dirigentes a pedir la colaboración del gerente del Fondo Comunal de Domínguez. Lo era, como en tantos años de su ejecutoria, Don Isaac Kaplan, y el informe en que Kaplan rinde cuenta a Sajaroff de la misión cumplida destaca los beneficios que la Cooperativa Barón Hirsch presta a sus asociados, tanto en la venta del trigo como en la provisión de máquinas y mercaderías de consumo a sus socios, a precios muy inferiores a los del comercio.

Hay otro testimonio enaltecedor para la Cooperativa, el de un alto funcionario del gobierno, un doctor Avellaneda que visitó la zona a fines de 1910 recogiendo datos con vistas a la ayuda oficial por el fracaso total de la cosecha (*). Señala el doctor Avellaneda el contraste entre lo que le aportaron en los demás pueblos de la zona, que fue poco y en todos igual, y su excelente impresión de Rivera "debido a que allí funciona, dice, una cooperativa agrícola con 282 socios, una de las poquísimas instituciones de su género establecidas en el país, y que quizá dará en el futuro el tipo de colonización más apropiado en la República".

Agrega que los colonos, con dignidad dentro de la grave situación afirman que esperan salvar parte de la cosecha, que no quieren limosnas, que habían sufrido pérdidas pero no como para llevarlos a la liquidación, y que confiaban en el futuro.

Y destaca el contraste entre esa actitud de los rivereños y la de otros chacareros "que esperan, aun los que poseen recursos, que el gobierno les resuelva todos los problemas".

(*) "*La Nación*", 8/12/1910.

He aquí que a un hombre del gobierno le impresionaba nuestra cooperativa al punto de ponerla de ejemplo para el resto del país.

No le faltaba razón al rendirle ese homenaje, y si él lo hacía entonces, bien podemos hacerlo nosotros, puesto que al honrar a la primera cooperativa de Rivera se honra también a sus fundadores, que eran los fundadores de la colonia.

El éxito o el fracaso no ha de ser el patrón para conceder o retacear ese homenaje: cuenta la intención y cuenta también la abnegación que tuvieron en llevarla a la práctica. La intención era nobilísima, y de la forma abnegada en que muchos de los dirigentes de la Cooperativa descuidaban la atención de sus propios intereses para atender los del común hay sobrados testimonios, aun el de Moisés Ratuschny, que tenía frente a ellos una posición de crítica.

En lo que todos coinciden es en dos cosas: en el amor que los riverenses tenían a su cooperativa (y con él los inútiles esfuerzos que hicieron para salvarla y el dolor de no haberlo logrado) y en que la causa esencial del fracaso fue la horrible situación que atravesaba la colonia tras varias cosechas perdidas; los precios no compensatorios y sobre todo la acumulación de deudas y saldos deficitarios provenientes de lo que era un problema de fondo y de todos los arios: el enfoque equivocado de toda la explotación agrícola de Rivera, basada en la monocultura, organizada sin adecuarla a las condiciones climáticas y del suelo, y privada de recursos alternativos por las condiciones especiales de organización de la colonia.

Habíamos aludido a un documento en que éste último está encarado con inteligencia y sinceridad, puesto que admite la parte de responsabilidad de los colonos, pero analiza con toda claridad los distintos aspectos del problema. No resistimos a la tentación de glosarlo extensamente, porque su argumentación, que es al par autocrítica y alegato, resume, con una visión de los problemas que afrontó la colonia, la situación que ellos le crearan.

Decíamos que la quiebra de la Cooperativa tiene valor de símbolo y ello trasciende mejor aún del memorial en que sus líderes

trataban desesperadamente de evitar la ruina de la colonia. Fue presentado a la dirección de la ICA el 15 de septiembre de 1919, para fundamentar la demanda de un crédito con que cada colono debía emprender la parte que le tocaba de un plan de completa reorganización de la labor.

Comenzaba reconociendo francamente que "todo el sistema agrícola empleado hasta entonces era deficiente, ya que el cultivo principal de las chacras había sido el trigo, que término medio había dado casi siempre resultado muy desfavorable por distintas razones: 1) suelo muy liviano que no aguanta varias araduras seguidas, ya que existe el peligro de formación de médanos, de lo que hay varios ejemplos en la colonia; 2) extensión de malezas que terminaban por cubrir el campo, como abrojos, cardos, etc., cuya limpieza, dice, requiere trabajos, gastos y conocimientos agrícolas, siquiera sean elementales, de los que carecíamos por completo, pues si es cierto que los inspectores agrícolas de la ICA señores Oettinger y Weill empezaron a guiarnos en ese sentido (y los resultados benéficos de esa enseñanza se demuestran en que la colonia se ha cubierto de plantaciones, silos, etc.) demasiado poco tiempo han permanecido entre nosotros estos agrónomos para que su trabajo diera resultados muy positivos; 3) el clima muy caprichoso, con sus heladas tardías, que de la noche a la mañana pueden reducir a nada el fruto del trabajo de todo el año, sumiendo al chacarero en la miseria; ventarrones y temporales desconocidos en otras partes, que en tiempo de cosecha impiden trabajar y mientras tanto vacían las espigas de sus mejores granos, aquellos que precisamente por ser más pesados están más expuestos a desgranarse; sequías un año y lluvias inoportunas durante la cosecha en otros, que a veces no permiten trillar el cereal va cosechado, malogrando no solo nimio obtenido sino también los gastos invertidos en cosecharlo".

Tras estos inconvenientes naturales, enumera factores económicos que agravan aún la situación, y aquí es donde el memorial alcanza vibración de alegato. "Bien conocida es por todos, dice, la especulación desenfrenada y vergonzosa que se ha

desarrollado alrededor de la agricultura en los años de la guerra y especialmente en éste último.

"Los precios de la maquinaria agrícola y de sus piezas de repuesto subían constantemente, y por fin las casas introductoras de esas máquinas han hecho una bonita operación. Todos los precios se cotizan en vez de moneda papel en oro, que en conjunto, con los aumentos anteriores representan un encarecimiento de 150 por ciento. Las bolsas y el hilo han subido en 700 por ciento. El precio de los productos de primera necesidad ha llegado a un nivel tan elevado, que muchos de esos artículos indispensables para el alimento, el vestido o el trabajo se consideran hoy día como cosas de lujo. Pero no se imaginen que en relación con ése encarecimiento general, subieron también los productos agrícolas. Todo lo contrario: precisamente los artículos de nuestra producción han sufrido una depreciación tal, como nunca hemos visto antes de la guerra. Todas las fuerzas de explotación del trabajo ajeno se han unido entre sí, y por medio de toda clase de combinaciones y maquinaciones maliciosas, obligaron al colono a venderles el fruto de su trabajo, obtenido durante un año lleno de sacrificios y de privaciones, por unos precios tan míseros, que el importe total no alcanzaba a cubrir ni los gastos más indispensables de la recolección del grano. Había casos en que los colonos aparte del cereal entregado al comprador, tenían que aportar todavía dinero en efectivo, para cubrir el importe de las bolsas empleadas para envasarlo. Había colonos que maldecían su suerte por haber obtenido un buen rendimiento de avena, pues por cada quintal obtenido perdían hasta dos pesos, solamente en gastos de recolección.

Para demostrar que estos precios bajos no coincidían con los precios del mercado mundial, es suficiente indicar que en el preciso momento en que el cereal pasaba de las manos de los agricultores a poder de los especuladores, los precios subían con rapidez asombrosa, elevándose hasta el 500 por ciento. Pues en tiempo de la cosecha el trigo se vendía a cuatro pesos el quintal, y en el mes de julio llegaba hasta veinte pesos el quintal. Los colonos, que en su

enorme mayoría carecen de fondos, no cuentan con créditos y están agobiados por las deudas acumuladas durante los años de malas cosechas, se encuentran a la merced y voluntad de la especulación y están absolutamente indefensos contra sus maniobras. Esta triste situación del agricultor, que es general en el país, proviene de que la agricultura carece todavía de la necesaria protección del Estado, y que la legislación respectiva es muy deficiente. La grave situación que todos estos múltiples factores han creado a los agricultores les obligó a analizar profundamente las causas de su ruina y buscar un método agrícola que remediara cabal y radicalmente la situación, para no depender totalmente de las cosechas, pero tampoco sin entregarse a extremos opuestos, abandonando del todo el cultivo del suelo.

"La triste práctica que hemos obtenido durante todo el período de nuestra colonización nos pone en un todo de acuerdo con las opiniones más autorizadas en la agronomía, y con la fuerte corriente que es evidente en todo el país entre los pequeños agricultores. La conclusión es que proseguir el trabajo en la forma anterior es imposible, y que para evitar la ruina completa de la agricultura, es necesario abandonar el sistema antiguo o introducir y desarrollar el método de la granja mixta, adoptada en todos los países adelantados, y que aquí mismo ha dado excelentes resultados.

"Llevando el sistema de granja mixta en la forma adecuada, asesorados por expertos agrónomos, tiene que dar buenos resultados por las siguientes razones: a) contando aparte de trigo con otro ramo importante en su granja, no tiene necesidad el colono de dedicarse exclusivamente al cultivo de cereales para asegurar su existencia. b) Dividiendo la chacra en tres partes: una para pastoreos artificiales — como avena, centeno, maíz y unas hectáreas de alfalfa— otra para trigo y la tercera en barbecho; preparándola convenientemente para la futura cosecha, es decir limpiándola de las malezas que la ensucian por medio de araduras en la primavera; sembrando maíz, que aunque en éstos parajes no da grandes rendimientos, verde puede servir perfectamente y abastecer de forraje para sus animales,

almacenándolo en silos. Deseando reorganizar nuestro sistema de trabajo, queremos encaminarlo por una senda más segura. Para ello es necesario proveerse de la mayor cantidad posible de forrajes artificiales, como previsión contra cualquier eventualidad que pueda sobrevenir, y el sistema de silos permite asegurarlo perfectamente. e) Sirviendo un potrero de pastoreo el campo recibe un abono natural magnífico, y trabajándolo con esmero, podemos abrigar la esperanza de obtener rendimientos muy superiores a los que alcanzábamos hasta ahora. d) Las industrias lecheras que toman el mayor incremento en el país, permitirán al colono tener una entrada diaria fija y suficiente para sus gastos ordinarios, sin necesidad de esperar la cosecha de un año a otro mientras se acumulan nuevas deudas. e) Las entradas auxiliares de la lechería, como la cría de aves, cerdos, etc., tampoco son desdeñables. Pero para pasar de un sistema a otro, aunque sea lentamente, es necesario contar con fondos o crédito. Nuestros colonos, que han sufrido una serie de años de cosechas fracasadas, no solamente carecen de fondos o de créditos, sino que están agobiados de deudas, desalentados y desorganizados. Es necesario animarlos, organizarlos, para que puedan seguir sus trabajos y pagar poco a poco sus deudas; crear un hogar seguro para sus familias y salir del atolladero en el que se encuentran actualmente. Para reorganizarse en la forma que indicamos es necesario disponer de un crédito de cinco mil pesos, como término medio. Ese crédito servirá para cercar siquiera el perímetro de la chacra, pues sin tener la chacra alambrada no hay que pensar en dedicarla a la ganadería; el grueso del crédito se empleará para la compra de hacienda: veinte vacas como mínimo, para poder seguir el trabajo y amortizar poco a poco sus deudas. En la situación en la que nos encontramos actualmente sería pueril buscar en alguna parte el crédito citado pues falta la capacidad económica para responder. Sin embargo es necesario salvar la situación y con urgencia, pues consideramos como nuestro deber —aunque bien amargo— advertir a la ICA que si no se toman medidas enérgicas, una gran parte de la colonia está amenazada de disolución. Nos permitimos llamar su atención sobre el hecho de que los colonos que afrontan ese peligro

son en su gran mayoría buenos trabajadores, hombres honrados cuya mala fortuna se debe a las causas arriba indicadas. Sería una verdadera desgracia que dejase de existir una colonia de agricultores israelitas, después de cerca de quince años de existencia, llenos de privaciones y sufrimientos, a despecho de los cuales no abandonaron su tarea mientras tenían la mínima esperanza de que su suerte Mejorara un poco. Y si es cierto que han fracasado en la agricultura no fue por falta de laboriosidad, ya que sería una injusticia reprochar a gente que se han dispersado en los bosques y montes, haciendo los trabajos más rudos que pueda imaginarse, para ganar nada más que un mezquino pedazo de pan, que les falta el deseo de trabajar. Es imprescindible conseguir este crédito y el único a quien podemos dirigirnos es a la ICA".

El memorial contenía, como se advierte, las dos caras del cuadro: los aspectos negativos y sus fuentes, y las perspectivas favorables que a la luz de la cruel experiencia podían promoverse cambiando totalmente el enfoque de la tarea en las chacras. Pero para ello necesitaban recursos que no poseían, y el documento terminaba concretando el pedido del crédito para cada colono, ofreciendo los debidos recaudos para garantizarlo.

La respuesta fue negativa. Los directores de la ICA hacían en ella hincapié en los errores que el propio memorial confesaba, atribuyéndoles todos los males de la colonia. Afirmaban que al conceder las reservas les había guiado el propósito de fomentar la granja mixta, pero que contrariamente a sus promesas los colonos no habían hecho otra cosa que duplicar la superficie sembrada de trigo. Y aunque postulaban "que se establezca un método de agricultura más racional, como el que ustedes nos indican", con lo que admitían que esta vez los colonos estaban en el buen camino, los créditos fueron negados.

Hemos reproducido casi en extenso el memorial, contrariando lo que ha sido norma de este libro en materia de transcripciones, porque ninguna síntesis de ese momento de la vida de la colonia pudo ser más completa ni más sincera. Volveremos en el capítulo

siguiente sobre muchos de los temas insinuados o implícitos en ese documento, que da su justa medida, como fuente de los males, a los factores naturales, pero insiste en aquellos que, siendo de fondo, no eran privativos de Rivera sino de todo el campo argentino. Por ejemplo la situación de desamparo en que se hallaban los agricultores frente a quienes controlaban el mercado y los precios, envileciéndolos a la hora de comprarle sus cereales al chacarero, y subiéndolos cuando eran ellos y no el productor (quienes iban a enriquecerse con el fruto de su trabajo).

En ese sentido, hemos de señalar la unanimidad con que todos los colonos de Rivera proclaman que esa parte del problema de la colonia terminó con la fijación de precios anticipados a la siembra, implantada por el gobierno del general Perón. Ahora, dicen, el chacarero sabe cuánto puede esperar de su trabajo de todo el año. No se da más la paradoja trágica —mencionada en el memorial— de maldecir su suerte por haber logrado una buena cosecha, ya que los gastos iban a acrecer la pérdida en la misma proporción en que el precio del grano estaba por debajo de lo que le costaba recogerlo. Lo que era típico del pasado, sembrar a ciegas y cosechar a pérdida, ha desaparecido del campo argentino.

Hoy han cambiado muchas cosas, no sólo esa. Hoy no se habría dejado morir una cooperativa por los motivos y en las circunstancias en que fue liquidada la Cooperativa Agrícola *Barón Hirsch*. Los colonos la amaban y trataron de salvarla, pero el aval que firmaron para garantizar la deuda lo único que hizo fue endeudarlos un poco más. La Cooperativa cerró sus puertas, y aunque por años ese contraste pesó sobre las iniciativas tendientes a volver a dotar a Rivera de un instrumento cooperativo de defensa económica, la nueva cooperativa pudo transitar sobre una experiencia ya adquirida; por un camino cuyos riesgos y obstáculos podían ser soslayados.

Esa experiencia fue como una batalla ganada, pero a costa de la vida del soldado que la libró. La Cooperativa Agrícola *Barón Hirsch* había caído, pero quienes venían detrás habían aprendido la lección, y sabrían capitalizar su sacrificio.

VIII

EL HOMBRE Y LA TIERRA LA ICA Y LOS COLONOS

La historia del trabajo agrícola en Rivera es la del contacto del agricultor julo con la tierra, pero es también la de sus relaciones con la institución que lo había colonizado. Es obvio que no puede encararse un enfoque de la actividad de la colonia haciendo abstracción de la ICA como institución local, estrechamente vinculada a la vida del colono.

Así como en el cuadro general de la colonización judía reputábamos indispensable comenzar por referirnos a su gran propulsor el Barón de Hirsch, comenzaremos en este capítulo por hacer mención de los hombres que, primero en su representación y luego en la de quienes lo sucedieron en la dirección de París, manejaban desde Buenos Aires las relaciones con la colonia.

Habíamos aludido ya a los tres primeros directores de la ICA en Buenos Aires, Loewenthal, Roth y Goldsmith. A partir de ellos hubo siempre más de uno en la dirección: Kogan y Borgen, Samuel Hirsch y David Cazés, Cazés con David Veneziani, Veneziani con Walter Moss.

De estos últimos el segundo se retiró en 1913 y fue reemplazado por Isaac Shtarkmet, que actuó por espacio de un cuarto de siglo, hasta 1938 en que falleció, a veces solo y otras compartiendo la dirección, primero con Veneziani, luego con Eusebio Lapin y finalmente con Simón Weill, que a la muerte de Shtarkmet quedó solo al frente de la ICA, hasta su retiro hace pocos años y su reemplazo por Jack Callius.

Estos eran los hombres con quienes debían tratar los colonos de Rivera cuando la magnitud de los problemas requería plantearlos en Buenos Aires. Como ya se ha dicho, en la mayoría de estos casos Buenos Aires no era sino una etapa intermedia, porque había que consultar a la dirección en París, que resolvía disponiendo, naturalmente, de menos elementos de juicio que los que poseían directamente quienes estaban aquí en contacto con el medio. El señor Luis Oungre, que permaneció por largos años al frente de la dirección en Europa, visitó la Argentina, recorrió las colonias y estuvo en Rivera reiteradas veces, desde la primera visita en 1911 hasta la última en 1941. Tenía de la colonia Barón Hirsch la visión recogida en esos viajes, y durante buena parte de sus cuarenta años de actuación él fue la instancia superior a quien recurrían los directores para someterle problemas y requerir decisiones que se referían al trabajo y a la vida misma que los pobladores de Rivera.

En el trato directo con los colonos, el hombre que encarnaba a la ICA era el administrador local. Hubo una larga serie de ellos, desde el nacimiento de la colonia hasta nuestros días (*) Como en todo, la ecuación personal definía el tono de su función y de sus relaciones con los colonos, que variaban según el grado de afecto o de respeto que el administrador logró suscitar entre aquellos ante quienes debía actuar, en términos que no siempre les eran gratos. No haremos nombres para no señalar diferencias que serían impropias de este libro (**), pero en el ánimo de todos los rivereños esas diferencias están bien presentes.

(*) Fueron, por orden cronológico, los siguientes señores: Mauricio Guesneroff, Vitalis Bassán, Herbert Herzfeld, Jacobo Greis, John L. Horwitz, Isidoro Eisemberg, Marcos Pereira, Samuel Kaplan y Elias Saltiel, al que sucedió el actual administrador, señor Aarón Mosnaim.

(**) Haremos una sola excepción, que quiere ser un homenaje: la de Don Samuel Kaplan, una de las más nobles figuras que pasaron por la ICA en toda su existencia. Estuvo en Rivera pocos años, que bastaron para dejar allí un recuerdo inolvidable. Pero desarrolló en la institución una obra que la INCA supo apreciar —lo que habla inequívocamente en favor de la institución— y llegó en ella a una de las más altas jerarquías, la de inspector general, cargo que desempeñaba al producirse su trágica muerte —mientras volvía de un viaje a Rivera, precisamente— en el mes de mayo de 1953.

Hubo administradores de la ICA muy queridos en Rivera, y otros que no lo fueron tanto. La actitud de los colonos hacia ellos estuvo determinada por ese factor personal, y según los casos, hay quien elogia a la ICA y censura a algún administrador, atribuyéndole el desvirtuar la finalidad de la obra del Barón de Hirsch, y hay quien, a la inversa, afirma que bien poco podían los administradores frente a lo que era una política rígidamente fijada por la ICA, que no estaba en las manos de ellos rever o modificar.

Corno siempre, los términos son relativos y no absolutos. Acudiremos a la definición de un hombre que tiene, para el caso, el mérito de enfocarla desde ambos ángulos, como que antes de ser colono fue administrador.

Don Isaac Dayán, que cuando llegó a Rivera como chacarero en los primeros años ya había estado al frente de otras colonias en Entre Ríos y Santa Fe, concreta su opinión en esta frase:

"La vida de los administradores era más dura que la de los colonos, porque estaban entre dos fuegos..."

Claro que se refiere a los de las colonias que él administró. Y Rivera tenía con ellas una diferencia, y es que los pobladores no fueron colonizados por filantropía: habían venido no sólo a su propia costa sino imbuidos del afán de mantenerse independientes, y eso determinó su postura ante la ICA y hasta el tono que adoptaban frente a sus hombres.

Pero el panorama es común en algo que Dayán destaca como uno de los peores males de la colonia: la falta de experiencia de los colonos, a su juicio no corregida ni aliviada por un adecuado asesoramiento.

Esto es ya un axioma, repetido docenas de veces. Pero las mismas afirmaciones de Dayán prueban qué difícil es establecer un término medio justo. Sostiene, por ejemplo, que Akivah Oettinger — el más querido de los agrónomos que pisaron Rivera — aplicaba su experiencia de egresado de Montpellier, esto es, de agricultura

intensiva francesa, a este medio que nada tenía que ver con ella, y pone por lo mismo en tela de juicio la calidad de sus consejos, no obstante que tanto en el memorial de la Cooperativa como en otros testimonios, se exalta el valor de las enseñanzas de Oettinger, lamentando justamente que la colonia no hubiera disfrutado más tiempo de su presencia.

Por lo pronto, la experiencia de este agrónomo no se limitaba a Francia, ya que el más honroso de sus antecedentes se remonta a un país europeo de distinta fisonomía, donde la acción que desarrollara suscitó cálidos elogios. Fue director de una escuela agrícola en Saroka, Besarabia, donde como especialista en plantaciones que era, creó viveros y emprendió trabajos que hicieron decir al entonces gobernador de la provincia, príncipe Orosov, tras una visita de incógnito, que ese era el paraíso de Rusia y que debía servir de modelo a todo el imperio.

Hemos tenido a la vista un somero manual de instrucciones del Ing. Oettinger a los colonos, fechado en 1912. Con-tiene principios tan útiles como la rotación de cultivos, la fijación de médanos con siembra de alfalfa y plantaciones de tamariscos en torno, el engorde de la tierra, la preservación de la humedad del suelo y otros más. Aún el más lego advierte que allí se encaran en forma sencilla v al alcance de los colonos, algunos de los problemas agronómicos que aún Años más tarde todavía aparecen en Rivera sin resolver.

Sólo algunos. Oettinger no había captado totalmente configuración de la Pampa, y mal pudo aconsejar en forma erróneas, que sólo muchos años más tarde comenzaron a corregirse, integral a los colonos de Rivera, cuando toda la agricultura de la zona pampeana estaba planteada sobre bases cuando ya la erosión y otros males habían causado un daño irreparable.

En un trabajo del Ing. Agrónomo Mario Estrada, que allá por el año 1920 analizaba a fondo por encargo del gobierno, tras la pérdida de la cosecha de 1918, las posibilidades de rehabilitación de la Pampa, se halla la explicación del drama agrícola de aquella época

de la Colonia Barón Hirsch. Tenía un nombre, monocultivo, pero la causa esencial era todavía más clara: todos los colonos de la Pampa —todos, una inmensa cantidad en la que los de Rivera eran apenas un puñado— habían iniciado el cultivo del territorio sobre patrones europeos, aplicando la experiencia europea y siguiendo tradiciones que nada tenían que ver con lo que requerían ese suelo y esa meteorología distintos. Venían de zonas húmedas y esa era una zona seca, y engañados por algún año que fue húmedo por excepción, en lugar de adaptarse a su suelo tratando de aprovechar la escasa humedad, vivían a la espera de años húmedos que no llegaban, desperdiciando entretanto, con métodos y épocas inadecuados para las aradas y las siembras, esa precaria humedad que bien aprovechada podía darles buenas cosechas.

El ingeniero Estrada visitó la Colonia Barón Hirsch y comprobó los dos errores clásicos de sus chacareros: el desperdicio de la humedad del suelo y la monocultura de trigo. Pero comprobó también que algunos colonos ya habían aprendido el método correcto y obtenían mejores cosechas.

Fue la experiencia de éstos la que al hacer su camino terminó por enseñar a los demás. El plan de transformación del régimen de explotación de la chacra, contenido en el memorial de la Cooperativa de 1919, no era sino la aplicación de esa experiencia, ya bastante clara aunque incompleta, que hoy es el abecé de la tarea rural: el indispensable proceso de engorde de la tierra, entre una cosecha de trigo y la siembra subsiguiente, con cultivos que tomen el nitrógeno de la atmósfera y con pastoreos artificiales que el ganado come sobre el terreno mientras lo provee de abono natural. Pero hasta entonces los colonos no lo sabían, y cuando lo aprendieron, por una parte carecían de recursos, y por otra se encontraron con un problema que fué una de las más agudas causas de conflicto con la administración, de toda una larga época de la colonia.

La clave de este conflicto era que, siendo propicia la zona de Rivera para ganadería, esta actividad requería más tierra que las 150 hectáreas de que disponía cada uno. Los colonos habían ido a

sembrar trigo, y casi nada más que trigo, a esa región donde el cultivo de trigo debía ser adicional y no exclusivo. Según una definición que a la larga se impuso, "en la zona pampeana de pastos duros, el colono debe ser un pastor que siembre forrajeras, y también un poco de trigo".

La ICA sostenía que las 150 hectáreas eran suficientes, y aunque insistía con razón en criticar el monocultivo y aconsejar a los colonos la rotación y la diversificación, negábase sistemáticamente a acceder a su requerimiento de arrendarles parcelas adicionales, tanto más necesarias en momentos en que, tras años de sembrar trigo sobre trigo, las tierras estaban cansadas, como se dice reiteradamente en los numerosos documentos que la Cooperativa *Barón Hirsch* cambiaba con la ICA en torno a esa espinosa cuestión.

En el convenio firmado en París por los delegados de tíos colonos se preveía, como hemos visto, la disposición de terrenos de reserva para colonizar a los hijos, que entretanto debían serles arrendados. Cuando el problema de sus tierras cansadas lo obligó, los colonos pidieron a la Jewish que se les cumpliera esta parte del compromiso. Tras reiteradas negativas —que Arturo Bab sostenía provinieron de que el director David Cazés pintó en sus informes una situación mejor de lo que era en realidad— un plan del entonces inspector agrónomo Akivah Oettinger resolvió parcialmente el problema, aconsejando conceder a los colonos ciento cincuenta hectáreas adicionales, de ellas veinticinco dedicadas exclusivamente a alfalfa. Tenían opción a permutarlas por el lote viejo, y algunos lo hicieron finalmente. Pero entretanto araron el nuevo y en el otro pusieron animales a pastorear. Era, pues, la tan mentada explotación mixta que la ICA venía aconsejando a los colonos. ¿Porqué entonces —se argumentaba— tras concederles las reservas a los grupos viejos, se le negaron sistemáticamente a los grupos nuevos cuando las demandaban?

Usamos la terminología contenida en otro documento de la Cooperativa, del año 1917, firmado por su entonces presidente y secretario, señores Aarón Brodsky y Natán Jadzinsky. Fue una larga

y enojosa tramitación, en el curso de la cual hallamos testimonios de actitudes como ésta: ante la notificación a la ICA de que en la imposibilidad de obtener de ella terrenos dentro de la colonia, tratarían de adquirirlos fuera, la réplica fue amenazarlos con el desalojo, despojándolos de las mejoras y viviendas incluidas.

Y el memorial documentaba aún otra actitud de la Dirección: ya en trance de concederles, no las 150 hectáreas solicitadas, pero sí 75, y dispuestos los colonos de los grupos nuevos a aceptarlas, primero se les querían dar por un año, lo que inhibía toda posibilidad de acción, hasta que se consintió en cedérselas por cinco años. Pero entonces se les quería hacer firmar una renuncia a todo derecho, aun el de alegar fuerza mayor en caso de pérdida de la cosecha, lo que hubiera equivalido a perder todo por imposibilidad de afrontar en un momento dado los compromisos firmados. En los terrenos nuevos, la Dirección exigía plantaciones y mejoras, lo que sin duda era plausible. Pero los exigía sin concederles una mínima garantía de estabilidad, de modo que, sino para ellos, los colonos supieran que las mejoras habrían de beneficiar más tarde a sus hijos.

De ahí que, como subrayaba la Cooperativa, "a pesar de su extrema necesidad de tierras aptas para la agricultura, los colonos se han visto en la dura necesidad de rechazar las reservas concedidas en esas condiciones, aunque eso equivale a un verdadero suicidio económico".

Más grave todavía, y de un sentido psicológico que acentuaba su gravedad, era la negativa de la ICA a colonizar a los hijos a una distancia menor que cinco kilómetros de la chacra del padre.

Fue la desgracia de la colonia, y no hay argumento, por válido que parezca, que justifique esa política, una de las causas más directas del éxodo de los hijos de Rivera. La ICA, reconoció muy a la larga el error, al rectificarla.

Ello sin duda la honra, pero la rectificación tardó en llegar. Muchos de los hijos que hubieran permanecido en la colonia si hubiesen podido constituir con la chacra del padre una unidad

económica, sumando los animales, aperos y maquinarias, se habían marchado.

Los hombres de la ICA que alegan, para justificar aquella política, el riesgo de latifundio que creían advertir en la puma de chacras contiguas, mencionan ejemplos que parecen terminantes: el de familias en que tres hijos y un yerno se iban a la ciudad, mientras un único miembro de la familia permanecía en el campo atendiendo solo las chacras de todos. O bien, lo que les parecía todavía más inadmisibles, colocando medianeros en las chacras que no podían abarcar con su propio trabajo, lo que a su juicio desvirtuaba el sentido de la obra de la ICA.

No se trata, naturalmente, de discutir si este era un caso aislado o si su número justificaba el rigor con que se aplicó a todos, en lugar de controlar caso por caso, la norma tendiente a contrarrestarlo. Lo cierto es que pagaron justos por pecadores, y que al separar las chacras de padres e hijos a distancias que hacían imposible la unidad económica y aún la sociabilidad que era inherente al temperamento de los colonos, el resultado fue dispersar la colonia en lugar de concentrarla. La realidad dio la razón a los colonos: progresaron los que lograron ampliar su chacra; los que no contaron con tierra adicional junto a su parcela reducida, fracasaron y se fueron. Hoy día el concepto (de la unidad económica rural, que el Banco de la Nación y el Ministerio de Agricultura, fijan en un mínimo de 300 hectáreas o más, confirma sin lugar a dudas quien estaba en lo cierto en aquella polémica.

Hemos dicho ya que nuevos tiempos, nuevos procedimientos y la evolución económica de la colonia convierten a esta polémica en cosa del pasado. Pero ya que buceamos en ese pasado, trataremos de inquirir el porqué de ese largo pleito en el que ya nadie puede dudar que los colonos tenían razón, pero en el que no es lógico atribuir a la otra parte una obstinación sin fundamento.

Intentaremos un ensayo de explicación. A nuestro juicio, acaso resida ella en dos contradicciones: una entre el carácter filantrópico

de la empresa de la ICA y el aparato comercial creado para llevarla a cabo, y otra, entre la limitación impuesta por aquel sentido filantrópico de la idea del Barón de Hirsch y el legítimo anhelo de los colonos de prosperar y aun enriquecerse con el trabajo de la tierra.

Sólo así se entiende que a un hombre honrado y competente — que dirigió largamente la ICA—, le parezca razonable que se le arrendaran para obtener renta grandes extensiones de campo al estanciero Arano, mientras la administración se negaba a arrendar a los colonos, porque temía que pusieran medianeros en los campos nuevos; y "no quería que explotaran mano de obra ajena". Como símbolo de aquella época, queda el recuerdo de un famoso cartel en el que la administración local proclamaba crudamente: "No se arrienda a colonos o hijos de colonos".

Pero entonces qué, ¿debían los colonos permanecer siempre pobres? Por duro que fuera su esfuerzo, si en algún momento el éxito podía empezar a acompañarlos, ¿no les era lícito trasponer un límite fijo de prosperidad? Hay una anécdota que proyecta luz sobre esta manera de pensar que parecía hallar contradicción entre el buen pasar y la colonización.

Un alto funcionario europeo de la ICA visitaba la colonia. Lo llevaron a la que era entonces una de las mejores casas del pueblo: la de Hilel Simkin, que tenía piso y cielorraso de madera. El dueño de casa, bien trajeado con su atuendo criollo y con botas, lo acompañaba. Y cuentan que dijo el visitante:

—Esto es de un estanciero, no de un colono. Claro que quienes defienden la actitud de la ICA alegan que no se trataba de una cuestión de principio sino de algo más simple: querían que quienes aspiraban a más cuando aún no habían saldado la deuda vieja, pagaran. Y aún hay quien afirma crudamente que en muchos casos todo el conflicto se reducía a que la ICA quería cobrar y no lo conseguía.

Pero también aquí surge una contradicción: así como por razones de conveniencia se le arrendaban campos al estanciero, no hubiera sido el mejor medio de cobrar, facilitar a los colonos una evolución económica favorable, aumentando sus perspectivas con la ampliación de las chacras? No era más lógico permitir que el esfuerzo mancomunado de los hijos ayudara a los padres a mejorar su situación?

Se lo preguntamos al anciano caballero en quien encarnamos la posición de la ICA en esa cuestión. Y él nos contesta:

—No, porque ese no era el propósito ni la misión de la ICA. La idea del Barón de Hirsch había sido que iniciaran una nueva vida en el trabajo de la tierra, en países libres, los judíos amenazados o discriminados de Europa. Y este no era el caso de los hijos de colonos. Podían elegir la tierra que quisieran. En cambio la ICA necesitaba esa tierra para colonizar nuevos inmigrantes.

—Pero los hijos de colonos querían la tierra allí, junto a sus padres, y en cambio a los inmigrantes podían colonizarlos donde quisieran, y no precisamente en esas tierras.

—¡Ah, no! Precisamente allí queríamos colonizarlos, para que aprovecharan el núcleo de vida judía que era lo que necesitaban, y la experiencia de los viejos chacareros judíos, que era lo que podía hacerlos progresar.

Es un criterio, y no faltará quien lo crea defendible. Pero a los colonos les parecía más lógico —y a los que habían nacido en Rivera y la amaban, también— que la proximidad y la experiencia la aprovecharan los hijos. Y les desesperaba que la ICA no quisiera entenderlo.

Hay en la historia de la colonia el recuerdo triste de una aventura. Tiene un nombre indio, *Mari-Mamuel* y el regusto a fracaso que evoca una batalla perdida.

Marí Mamuel era un campo situado en el linde de la colonia, en territorio de la Pampa. En su compra se embarcaron en 1928 con el auspicio de la cooperativa Granjeros Unidos, cuarenta colonos de Rivera que debían adquirir 47 lotes pagando cada uno el 25 por ciento en efectivo y el resto con una hipoteca del Banco Hipotecario. La operación nació bajo el signo de la mala suerte. Un pleito de agrimensores al que los compradores eran ajenos dilató la concesión del préstamo y la operación, haciéndoles perder un tiempo precioso. No se arredraron por eso y fundaron una colonia, bautizándola con el nombre de Akivah Oettinger, el agrónomo de quien tan buen recuerdo tenían los pobladores, y que vino especialmente de Eretz Israel para asistir a la inauguración en un acto cuya fotografía, que fue celosamente guardada por uno de los flamantes colonos, se reproduce en este libro.

Nos estamos adelantando cronológicamente. En el capítulo dedicado a Granjeros Unidos volveremos sobre esta fundación que despertara tantas esperanzas incluso registradas en la memoria de la Cooperativa del año correspondiente. La mala suerte que había presidido la adquisición se cernía sobre los esperanzados compradores. Los tomó de lleno la crisis del año 1929, y lo que pudo ser una solución y un precedente terminó en el fracaso, aunque más de un tenaz comprador pagó hasta el último centavo y se quedó con el lote, incluso viviendo en él, trabajándolo —como Salomón Merlinsky— hasta su muerte, y legándolo a sus hijos.

Fue en la época en que la ICA se negaba a arrendar a los colonos. Cuando se les interroga sobre Marí-Mamuel, la respuesta es unánime: si la ICA les hubiera arrendado en la colonia, no habrían tenido necesidad de embarcarse en esa vidriosa aventura.

Pero vamos a volver a remontarnos un poco en el tiempo. Habíamos arrancado del memorial de 1919 y hacia esa época volvemos. Se habla en él de otro tema, saliéndole al paso a una insinuación que nadie se hubiera atrevido a respaldar, pero que alguien lanzó anónimamente puesto que allí se la recoge. La respuesta, de una descarnada elocuencia, reducía a sus términos tanto

la falsedad del supuesto como la intensión malévolamente con que se lo había lanzado. Era una respuesta que ya estaba dada en acciones, no en palabras. En sudor y fatiga, y no en ociosas alegaciones.

Tristes tiempos corrían para Rivera, aún peores que los que le eran habituales. Un año tras otro había fracasado la cosecha, y ahora una baja catastrófica del trigo y de la hacienda después de la guerra terminó por liquidar toda esperanza de recuperación.

Cuarenta o cincuenta hijos de colonos, y aún veteranos chacareros que ya no tenían intactas las energías de la juventud, tomaron sus carros y tropillas, inútiles en Rivera, y marcharon hacia los montes de Naicó y de Rucanelo, donde había perspectivas de ganarse unos pesos acarreado leña. Un tal Manuel Leiva que disponía de una concesión y habla traído cientos de hachadores de Santiago del Estero, estaba proveyendo leña de caldén al Ferrocarril Oeste, y necesitaba transportarla hasta los vagones desde el corazón del monte.

Allá fueron nuestros colonos o sus muchachos. No les asustaba la dureza de la vida que les esperaba en esos montes de caldén sin agua, sin viviendas, sin más perspectiva que agobiantes jornadas de trabajo.

Allí probaron su temple los rivereños de a caballo; aquellos jóvenes judíos a quienes mal podía arredrar una tarea brava pero bien remunerada, habituados como estaban a labores no menos duras pero frecuentemente inútiles en la chacra del padre. Y eso que no se trataba sólo de acarrear leña sino de hacerse valer a lo varón en ese medio brutal, entre rudos hacheros y cargadores. Lo hicieron como el mejor, imponiéndose más de una vez a fuerza de coraje, en escenas dignas de la más recia película de aventuras.

Allá fue también, tras la promesa de abundante tarea, un muchachito con una herrería, cargada máquina por máquina en vagones abiertos por rudos hombrones que iban a trabajar sin exigirle nada, para ayudarle a pagar la deuda que su padre le dejara por herencia.

La cruel ironía del tiempo se cebó en ellos, como se burló de todos los rivereños que con sus carros y tropillas marchaban hacia los montes. Cuando oteaban el cielo atisbando la anhelada lluvia, podían morir esperando y la lluvia no llegaba. Pero esa noche en que nadie la deseaba, se descargó un aguacero que no cesó en muchas horas, empapando a los hombres, las bestias y las máquinas.

El muchachito hace muchos años que dejó de serlo. No diremos su nombre pero es fácilmente identificable. A él debemos el primer relato sobre la aventura de Rucanelo, que 'otros antiguos pobladores ampliaron después de él.

—Con tanto carro como andaba por allí, trabajo no iba a faltarle a nuestra herrería. Descargamos las máquinas, montamos nuestro taller bajo los árboles, y encendimos para la fragua un fuego que ya no se apagó en catorce meses. Leña no faltaba, y con la cara achicharrada y las espaldas heladas trabajamos sin tregua durante ese año largo.

Cada testimonio aporta otro detalle:

—Yo no me lavé la cara en un año entero.

—Vivíamos en una especie de cabaña de troncos, pared ti techo a la vez, colocados contra un gigantesco caldén que hacía de soporte. Hubo quien se tomó el trabajo de rellenar con barro las juntas — cuando la lluvia prestó el agua, porque allí no había— y aquello podía pasar por una vivienda. Pero otras no eran tan lujosas y el reparo que ofrecían apenas era un poco mejor que la misma intemperie.

—Aquello era como una mezcla de campamento y pueblo dentro del monte. Cada báscula era un foco de actividad, y había 44 en todo el lugar. Se carneaba allí mismo para proveer de carne a los hachadores, cargadores, pesadores y carreros. Pero un día vi cómo carneaban una vaquillona y ese espectáculo me bastó: viví nueve meses a té y galleta, con sólo el alivio de algún sáballo salado que de tanto en tanto rae traían desde mi casa.

Cada uno de los que vivieron esa aventura tiene un de-talle distinto que contar. Pero en lo que todos coinciden es en la dureza salvaje de la vida que hicieron en los montes, algunos durante un año entero o más. Gracias a ello tuvieron para comer ese invierno en hogares de Rivera a los que la tierra, a despecho de todos los desvelos, les había negado el alimento que esperaban de ella.

Esos eran los hombres sobre quienes algún desaprensivo se había permitido insinuar que les iba mal porque no les gustaba trabajar. Este era el ejemplo que mencionaba el memorial de la Cooperativa al hablar de aquellos que "se dispersaron en los monten para ganar un pedazo de pan" con retórica acaso altisonante pero no por ello menos cierta.

Esta era la pasta de los hombres que labraban las chacras de Rivera; que habían desmenuzado por primera vez su tierra virgen. Pero ella no les fue' propicia hasta mucho Inál tarde, hasta que a costa de la amarga experiencia aprendieron a tratarla.

SEGUNDA PARTE

RIVERA A TRAVES DE
SUS INSTITUCIONES

LA VIDA JUDIA

Honar a Sholem Aleijem en la plaza pública: he aquí el retrato de una localidad y de una época. Si hubiéramos de elegir un símbolo de lo que en Rivera fu al mismo tiempo expresión de la vida judía y afán de elevación espiritual, ninguno nos parecería mejor.

No lo hemos elegido al azar, porque un pueblo que sabe rendir tributo multitudinario a sus artistas y a sus voceros se honra y al par se define a sí mismo.

Tampoco es al azar que iniciamos la revista de las instituciones rivereñas con el capítulo dedicado a la vida judía. La clasificación es forzosamente arbitraria, y obliga por ejemplo a separar este capítulo de aquel que se dedicará al Centro Cultural Israelita, núcleo de la vida espiritual de Rivera. Porque, ¿qué otra cosa que una manifestación de la vida judía, y en su más alta calidad, era la actividad cultural —que en los primeros años se expresaba principalmente en idisch— del Centro Juventud Israelita y de la Unión Obrera Israelita, antecesores del Centro Cultural?

Pero no hay otro recurso, si hemos de dividir la actividad por instituciones. Aun cronológicamente, por lo demás, las que fueron específicamente judías eran anteriores. En una época en que todavía no había pueblo siquiera, la dignidad religiosa que investía el *Shojet* Spigelman; las humildes sinagogas levantadas en *Boyedárovka* y en la Colonia N° 3; la *Mikveh* construida por exigencia de los más ortodoxos, configuraban una incipiente pero definida organización religiosa, remoto antecedente de la Asociación Israelita de Religión, Cultura y Beneficencia *Barón Hirsch* que hoy tiene a su cargo la gran sinagoga de Rivera, en cuyo edificio se concentran todas las actividades judías del pueblo.

La solidaridad con el enfermo y el desamparado, tan peculiares a la vida judía, hallaron temprana expresión en la *Bikur Joliin*, antecedente de lo que fue más tarde la Sociedad de Damas de Beneficencia *Baronesa Clara de Hirsch*. El fervor sionista que fue, con mayor o menor intensidad, común a casi todos los pobladores, halló un medio de galvanizarse, aún en los primeros años, allá por 1910, en torno a la visita de un escritor judío, el Dr. Jazanovich, delegado del Poale Sion de Rusia, y a su prédica del ideal renacentista hebreo, que él compartía con aspiraciones de mejoramiento social.

Y aún antes que todo ello, el primario reclamo judío del ser enterrado en sagrado promovió la creación del cementerio, que a su vez supone la presencia de la clásica *Chevra Keduscha*, cuyo lejano antecedente se remonta a los primeros meses de existencia de la colonia, como que fue fundado en 1906. Más tarde vinieron la escuela hebrea, el Centro Sionista, el Club de la Juventud Israelita. Y ya en nuestros días, las organizaciones que canalizan la solidaridad con Israel. A todos pasaremos revista.

LA CHEVRA KEDUSCHA

Poco tardó una familia de la Colonia Barón Hirsch en tener con la tierra el vínculo sagrado de haber enterrado en ella, a sus muertos. Cuando la esposa de Moisés Cherny perdió a su padre, don Arie Reshtilovsky, que aunque muy anciano había querido acompañarla, el cementerio de la futura Rivera abrió su primera tumba. La segunda fue para un hombre que no era de esa colonia, Moisés Rosenstein, y este hecho tiene también su significación, porque traducía la voluntad de ese poblador judío que en trance de muerte había pedido ser enterrado en el único cementerio israelita existente en infinitas leguas a la redonda.

El chiquito de Leib Ratuschny que fue, como habíamos visto, la única víctima de la epidemia del galpón, murió en Carhué, a donde lo llevaron enfermo. Más tarde lo trajeron y descansó también en el cementerio de Rivera, que al año siguiente acogió a la primera mujer fallecida en el pueblo, la señora Zipe Dreyzin.

La incipiente institución que regía el cementerio estaba presidida por Isaias Stezovsky e integrada por Baruj Heiber, Naúm Guralnik y León Resnicoff. En el campo de este último estuvo por poco tiempo, erigiéndose luego el cementerio definitivo en una fracción de cinco hectáreas donada por la ICA, que le fijó un precio simbólico de un peso con cincuenta centavos. Primero se lo cercó con un alambrado y más tarde se edificó un muro alrededor, dotándolo en sucesivas etapas de los elementos que requerían su función y la dignidad de su aspecto, realizado por los árboles, los senderos y los monumentos recordatorios.

En 1915 tuvo formalmente fisonomía de institución bajo el nombre de *Asociación Cementerio Israelita Barón Hirsch*, cumpliendo por largos años su benemérita función bajo sucesivas comisiones. En 1939, cuando obtuvo la personería jurídica, era presidente Don Abraham Kasakevich y secretario Don Jacobo Katochínsky —este último fue en otra época presidente seis años consecutivos— y ello coincidió con dos acontecimientos: la adquisición de los títulos de propiedad del cementerio, y el cambio de nombre por el que lleva en la actualidad, esto es, *Asociación Israelita Chevra Keduscha de Rivera y Colonia Barón Hirsch*. De aquel entonces datan la construcción del moderno edificio y la plantación de 1.200 árboles que transformaron la fisonomía del cementerio de Rivera, completada más tarde por el monumento recordatorio de los seis millones de víctimas de la barbarie nazi, cuya inauguración dio lugar, el 21 de mayo de 1950 (*) a un acontecimiento de profunda significación, y que vincula el lugar del definitivo descanso de los pobladores de Rivera con la memoria de los hermanos sacrificados en la hecatombe que arrasó las antiguas comunidades de donde ellos habían partido.

Como *Kehila* de Rivera, la entidad intervino en la fundación del *Vaad Hakeilot* o Consejo de Comunidades Israelitas de la Argentina, integrándolo y participando en él por inter-medio de su presidente, Don Naón Shamsanovsky.

LA SINAGOGA DE RIVERA

Proclaman los dirigentes de la Asociación Israelita de Religión, Cultura y Beneficencia Barón Hirsch, con no disimulado orgullo, que la sinagoga de Rivera es una de las más importantes de todo el interior de la República. Está a tono con esa afirmación el aspecto del imponente edificio del templo, que excede, según dijimos ya, la mera función religiosa, por-que en sus vastas instalaciones, además de los oficios piadosos —que tienen naturalmente prioridad— se dictan cursos de he-breo; se realizan las reuniones relacionadas con la actividad del Keren Kayemeth, de la Campaña Unida pro Israel, de la WIZO; se pronuncian conferencias; se manifiestan, en fin, los múltiples aspectos de la vida de la grey judía como tal.

La existencia de la Asociación se inició en 1922. Ello no significó por cierto que hasta entonces carecieran los rivereños de sinagoga o desatendieran las actividades religiosas, todo lo contrario. Una de sus primeras preocupaciones, según vimos, había sido erigir —así fuera con chapas— una sinagoga y después otra, todavía en las primeras colonias.

Pero el propósito de dotar a Rivera de una sinagoga como los dirigentes entendían debía poseer el pueblo los indujo a constituir la Asociación *Barón Hirsch* y a iniciar las gestiones para lograrlo. Obtuvieron la personería el 26 de junio de 1928, y en ese mismo año vieron compensados sus esfuerzos con la inauguración del edificio.

(*) Hicieron uso de la palabra en ese acto el presidente de la Asociación, Sr. Naón Shamsanovsky, el de Granjeros Unidos Sr. Jacobo Schutter, al maestro Sr. David Wraslavsky y el Sr. Manuel Beller. El oficio religioso estuvo a cargo del Rabino Sr. Jacobo Jasis.

Estaba al frente de la entidad el mismo que la había iniciado, Don Jacobo Herzberg, acompañado en la mesa directiva por Don Isaac Berjman como secretario y Don Benjamín Rivkin como tesorero.

Los presidentes de la sinagoga duran mucho en sus cargos, como que no hubo más que tres desde el nacimiento de la Asociación. El señor Herzberg permaneció al frente hasta 1936. Fue reemplazado por Don Noé Guiler, que ejerció la presidencia hasta 1942, y a partir de ese año preside la institución, sucesivamente reelegido, el señor Moisés Kushelevsky.

El mismo espíritu de continuidad rige para el usufructo de los sitios del templo, que se otorgan a perpetuidad, mediante escritura pública y con una serie de solemnes recaudos inscriptos en un reglamento que regula toda la existencia de la institución y su actividad religiosa. Quienes en Rivera mantienen su apego a la antigua piedad heredada, encuentran en su sinagoga ámbito adecuado y clima propicio para ejercerla. Y en las grandes solemnidades anuales los acompaña la unción del pueblo entero, que en *Rosch Haschaná* y en el Día del Perdón renueva las viejas preces que los padres y abuelos, y unos pocos entre ellos mismos, elevaron al Señor en un tosco galpón de chapas cincuenta años atrás.

LA ACTIVIDAD FEMENINA Y LA BENEFICENCIA

Por muchos conceptos tiene Rivera una deuda de gratitud con sus mujeres. Hemos visto a las esposas de los colonos trabajar a la par de ellos en, las más duras tareas iniciales, agregando las suyas propias para organizar la vida del hogar, y aún otras más para adecentarlo y hacerlo habitable. Todo ello en condiciones difíciles, bajo la permanente tensión de los problemas que complicaban la vida del pueblo y de sus habitantes. Y sin embargo les alcanzó tiempo y

ánimo para ocuparse de otros, y la beneficencia practicada por manos femeninas es una de las páginas más bellas del historial riverense.

La primera expresión formal de esa actividad fue la sociedad llamada *Bikur Jolim*, cuyo nombre hebreo, clásico en la tradición filantrópica judía, significa literalmente *visita a los enfermos*, y traduce siempre, no la dadivosidad de los ricos, sino el esfuerzo y la auténtica generosidad implícita en la acción de dar lo que no sobra.

A varias de las fundadoras debemos el relato de la iniciación, que completó los datos contenidos en viejos informes del administrador de la ICA. El primer paso que dieron, movidas por el sombrío drama de un obrero agrícola a cuya mujer enajenada ayudaron a internar en la ciudad, les dio a un tiempo la noción de sus posibilidades y de la necesidad de su acción.

Volveremos en el capítulo que reseñará la asistencia médica de la población, sobre la colaboración que prestaron a la *Bikur Jolim* el Dr. López Cabezas y el farmacéutico don Adolfo Sas. Esto era ya en la época de la Cooperativa, que aseguraba al médico un sueldo establecido.

Pero aún antes de esto las esforzadas damas debieron agenciarse recursos para atender los casos que les llovieron después de su primera intervención. Y acudieron al expediente que se hizo clásico en Rivera: organizar una gran fiesta, cuyo éxito las sacó de apuros por bastante tiempo, porque los cuatro mil pesos que produjo, todo un capital para aquella época, les proporcionaron una base a la que el peso por cabeza que pagaba cada socio (se registraban 110 socios en 1910) agregábase mes tras mes a su caja social, permitiéndole ampliar cada vez más su noble tarea, que aún llegó a exceder el ámbito del pueblo, ya que hallamos testimonios de una donación fechada en 1917 —que no habrá sido la única— a la Asistencia Pública de Bahía Blanca.

Este volumen de actividades dio una creciente importancia a la entidad en la vida del pueblo, pero aumentaba también la necesidad de fondos, y mis de una vez encontramos en los libros del Centro

Juventud Israelita referencias a pedidos del salón para fiestas benéficas, que naturalmente le era concedido, en colaboración con el generoso propósito que lo alentaba.

También hallaba otro género de colaboración en la actuación desinteresada de conjuntos filodramáticos, que respondiendo a la pasión que la población rivereña tenía por el teatro, atraían al público y aseguraban el éxito de estas fiestas de tan grata inspiración.

Y el pueblo respondía. También respondió la ICA, que colaboró reiteradamente en esa obra.

A partir de cierto momento adoptó la entidad un nombre nuevo: Sociedad de Damas de Beneficencia Baronesa *Clara de Hirsch*, que honraba a la esposa del Barón y ponía a la entidad, al convertirla en su patrona, bajo la advocación de quien había hecho de la ayuda al desamparado el norte de su vida.

No podemos, obviamente, rendir una por una a todas las damas que actuaron en la institución, el homenaje que se merecen. Pero recordaremos, entre las fundadoras y dirigentes de la primera época, algunas de ellas: las señoras de Schlapacoff, de Guberman, de Brodsky, de Pagues, de Slobinsky, de Aguf, de Resnik, de Liss, de Wischnivetzky.

* * *

Faltaba mencionar la permanente colaboración que prestó la Sociedad de Damas de Beneficencia al hospital Dr. Noé Yarcho. Pero también estuvo vinculada en primer plano a una Acción en la que participó el pueblo, entero, y que excedía un simple carácter benéfico para alcanzar trascendencia de movimiento de solidaridad judía: la creación del Subcomité pro Víctimas Israelitas de la Guerra, que realizó en los años de la primera guerra mundial una acción sostenida y efectiva, reuniendo sumas considerables y movilizand

adhesión de la población a la obra en favor de los hermanos amenazados de Europa.

De la trascendencia que en Rivera se atribuía a esa acción tenemos, mejor que testimonios escritos, un recuerdo personal. Hubo en abril de 1916 un famoso Día de la Flor, que movilizó a la población en pleno para una colecta cuyo producido se destinaba a aquella campaña de ayuda. Los resultados fueron impresionantes, y la suma recolectada excedió todas las esperanzas. Durante semanas no se habló en Rivera de otra cosa, y quien escribe estas líneas reconstruye el eco que en su hogar hallaba antes y después, por días y días, esa acción en que su madre participó, perpetuada en una foto que se cuenta entre sus más queridos recuerdos de Rivera.

Organizada por el Comité Israelita de Ayuda se realizó más tarde, en 1924, la visita del escritor Latzki Bertoldí, un luchador judío cuya presencia en Rivera, donde gozaba de extenso prestigio, dio gran impulso a aquella campaña.

Durante mucho tiempo, esa acción por las víctimas de la guerra llenó buena parte de la vida institucional del pueblo, y al manejo de los actos que específicamente le estaban dedicados, todas las entidades le asignaron una parte de sus recursos o de sus esfuerzos.

Otras instituciones desarrollaron en Rivera una labor de asistencia digna de recordarse. Extensos y reiterados testimonios hallamos de la actividad de la Sociedad de Damas de Beneficencia EZRAH, con actos en el Salón para allegar fondos, y tareas de ayuda a la que estos recursos eran dedicados. El Subcomité de Protección a los Inmigrantes Israelitas destacó su acción en esa esfera, y en 1928, en momentos en que lo presidía Don Jacobo Herzberg y era su secretario Don Isaac Berjman, envió a Don Alirón Brodsky como delegado a un congreso realizado en Buenos Aires, en el que el representante de Rivera puso bien alto el prestigio del pueblo y la eficacia de su acción asistencial. Y asimismo la Unión Obrera Israelita, a la que veremos desarrollar una acción que le dio títulos para la fusión que condujo a la creación del Centro Cultural, realizó

en la esfera mutual una tarea de asistencia digna de encomio, a tono con la inspiración de solidaridad y de asistencia que animó a las instituciones cuya actividad registra este capítulo.

ACTIVIDAD SIONISTA Y SOLIDARIDAD CON ISRAEL

Hoy que el Estado de Israel provee el poderoso estímulo de su presencia en el mundo para toda acción sionista, no es fácil concebir el fervor con que en época tan lejana como la primera década de este siglo alentaba un puñado de rivereños por el ideal herzliano del renacimiento de Sión.

Y sin embargo ese puñado de sionistas logró contagiar el fervor a gran número de sus correligionarios, y todas las actividades que en Rivera suscitaban sucesos importantes o visitantes destacados, hallaron cálido eco que las convertían en acontecimientos para todo el pueblo.

Citamos ya la visita del Dr. León Jazanovich, de donde puede decirse que arranca esa corriente, aunque el combativo líder no se ocupó tan sólo de sionismo, ya que sus incursiones en ternas inmediatas del pueblo, al predisponer a los colonos a la lucha por su propia situación, lo hicieron poco grato a los ojos de quienes él señalaba en sus inflamadas arengas con dedo acusador.

De esa acción data la presencia del primer grupo, todavía no organizado, en torno al ideal sionista. Estaban en contacto con Don Jacobo Joselevich, que editaba en Buenos Aires *La Esperanza Judía* y les enviaba ejemplares del periódico, que ellos distribuían en Rivera, basando su prédica en los artículos de Max Nordau, de Taim Veizmann o de otros líderes sionistas, en la discusión de lo resuelto en los Congresos de Basilea y en sus propias convicciones, templadas en lecturas y en la polémica con quienes no las compartían, pero no se negaban a depositar su óbolo en las clásicas

alcancías azules del *Keren Kayemeth*, que ya por entonces eran infaltables en todas las fiestas de Rivera.

El Centro Sionista se fundó en 1914 y se le conocía por su nombre hebreo, *Agudat Shirei Zion*. Su primer presidente fue don Mauricio Guesneroff, ya transformado de administrador de la ICA en colono, animador constante de toda la actividad sionista de Rivera. El secretario era Moisés Loz, un ferviente luchador que bien pronto halló cauce para sus anhelos de acción: se marchó de Rivera y del país e ingresó a la Legión Judía, participando en acciones junto a Trumpeldor.

Lo reemplazó en la secretaría don Manuel Beiser, uno de los hombres que más dilatada actuación tuvieron en el sionismo riverense.

Como chacareros sionistas, implantaron una costumbre peculiar: sembraban para producir una cosechita con destino al *Keren Kayemeth*. Sin que ello signifique omisión de otros muchos, hay nombres definidos en quienes puede centrarse la principal actividad de la *Agudá Sionista* de aquella época: Gregorio Chernicoff, que más tarde fue su presidente, Meir Shalman, Gregorio Schnir, Saúl Pirotzkv, Leisersohn, Suffer. Hubo un maestro Joselevich, cuya actuación culminó con la meta de sus sueños: la *aliáh* a Israel.

Promovieron la visita a Rivera de sionistas ilustres: Steinberg, Wilensky, Zerubavel, Monsensohn, Jaffe, para no citar sino a unos pocos, ya que era infaltable que todos los emisarios sionistas llegaran hasta Rivera.

Paralelamente al Centro Sionista surgió más tarde una entidad juvenil, cuyo nombre hebreo definía ese carácter: *Zeire Zion*. Agrupaba a los más combativos, y su secretario era Bernardo Hirchoren, contando entre sus animadores a Moisés Ratuschny y al mismo Moisés Loz, ya mencionado.

El día de júbilo del sionismo riverense fue, como para el de todo el país y el mundo entero, el de la Declaración Balfour.

Estaba previamente programada allí la conferencia de un visitante llegado de Estados Unidos, el Dr. B. Epstein, que acababa de recibir por telegrama la noticia. Y en el momento de la conferencia el Dr. Epstein se dirigió a los circunstantes y les dijo: — ¡judíos, albricias: tenemos un Hogar Nacional!

El entusiasmo fue indescriptible, y digna de él la celebración, que se tradujo en agasajos, conferencias, toda clase de actos. La fecha se incorporó a los fastos del pueblo, donde el acto de conmemoración se hizo tradicional, con gran despliegue de banderitas y presencia infantil, que le ponía su sello ruidoso e inconfundible.

En 1918 se fundó el Centro del *Poale Zion*, en torno al cual se agrupó otro núcleo, con una vocación de lucha más definida: Salomón Merlinsky, Simón Pogost, Marcos Breitman, León Karabelnicoff, José Kors, Moisés Ratuschny, Bernardo Hirchoren, Fabio Dick, Elías Schneider, Mauricio Rasnick, Isaac Marchevsky, José Ratuschny, Israel Pecker.

Crearon una *Folk-Schule*, escuela popular hebrea, y la mantuvieron cuatro años a puros esfuerzos heroicos, agenciando recursos a fuerza de fiestas y veladas. Centraban en la educación judía la clave del ideal renacentista, buscando inculcarlo con ella y con el conocimiento de las realizaciones de los pioneros de la *Segunda Aliah* en Eretz Israel, en los que su movimiento se inspiraba.

Contingencias ajenas a esa tarea y a su propio fervor, la diluyeron y terminaron por interrumpirla. También dejó de existir el Centro Sionista, pero nunca se borró de Rivera el sentimiento que los había inspirado. Y cuando, muchos años más tarde, sobrevino la creación del Estado de Israel, ese fervor latente irrumpió de nuevo, traducido en un entusiasmo y un afán de hacer algo que fueron en verdad emocionantes. Sin organización, casi por acción espontánea,

se organizó después de la resolución de la UN del 29 de noviembre de 1947 un acto de celebración al que acudió el pueblo en masa. Y luego hubo otros más, entre ellos uno en que se celebró el reconocimiento de Israel por el gobierno argentino, que asimismo tuvieron unánime adhesión popular.

Aún sin organización formal, siempre se habían realizado campañas del *Keren Kayesod* y del *Keren Kayemeth*. Pero en 1948, el año de la proclamación del Estado y de la guerra de la Independencia, la Campaña de Emergencia arrojó resultados impresionantes, que traducían bien el encendido entusiasmo de los rivereños y su afán de canalizarlo hacia una efectiva solidaridad con Israel. Al año se constituyó, ya con toda formalidad y con la visita de Guedalía Zakiff, el Comité de la Campaña Unida pro Israel (*).

Bajo el impacto emocional del resurgimiento de Israel creció la actividad sionista y sobre todo la tarea de esclarecimiento y difusión de la realidad de Israel, sus logros y perspectivas. Tomaron impulso los movimientos sionistas juveniles, que exhiben, como una expresión de su entusiasmo, un número no desdeñable para el pueblo de jóvenes que emprendieron la *Aliáh*.

Rivera, fiel a su raíz judía, sintió muy hondamente el renacimiento de Israel. Lo sintió como cosa propia, y sin que ello interfiera en su fervor argentino, antes acendrándolo, la solidaridad con Israel expresa mejor que nada el íntimo anhelo de sus pobladores judíos de mantener y acrecentar su acervo judío, templándolo con el nexo espiritual que sienten hacía la nación reconstruida en el solar de sus mayores.

LA ORGANIZACION SIONISTA FEMENINA

En Rivera, como en todo el país, la mujer judía canaliza la emoción y el afán de solidaridad promovidos por la creación del

Estado de Israel, hacia una efectiva obra de ayuda, organizada y orientada por la *Organización Sionista Femenina Argentina*, popularmente conocida, de su sigla en inglés, por la denominación de WIZO. El primer paso en la creación de la WIZO riverseña data de 1933, en que la señora Sofía Toff de Kaplan, esposa del entonces administrador local de la ICA organizó, por encargo de la WIZO central de Buenos Aires, un centro regional. Lo hizo con la colaboración de la señora R. H. de Melamed y de un grupo de damas entre las que figuraban las señoras de Dayán, Projoye, Sager, Sarachansky, Sas, Sigal, Sujonitzky y Zmud.

El centro realizó entonces una buena tarea, pero con los años decayó y hacia 1940 hubo que planear un nuevo punto de partida. Reactivados así el entusiasmo y la labor, el centro inició su nueva vida el 29 de abril de 1940, con la presencia de la señora Gerchunoff, y más tarde lo puso bajo la advocación de Henrietta Szold, la noble figura que es a un tiempo símbolo de la WIZO y de su obra de redención de los niños de Israel, cuyo nombre lleva el centro de Rivera. En los años de la segunda guerra mundial orientó sus esfuerzos hacia la ayuda para las víctimas de la guerra y la reconstrucción de Eretz Israel. Hasta que en 1948, con la creación del Estado, experimentó el mismo impulso galvanizante que el resto de la actividad sionista. De entonces acá, orientada por delegadas que viajaron desde Buenos Aires y por su propia comisión, que actualmente encabezan la Sra. de Rosenfeld como presidenta y la Sra. de Mosnaim como secretaria, realizó una doble tarea, de difusión entre las mujeres riverseñas y de ayuda para la obra de la WIZO en Israel, que colocan el esfuerzo sionista femenino entre los más dignos de mención de cuantos se realizan en Rivera.

(*) Su primer presidente fue el Dr. Gregorio Abraschkin, que a poco dejó el pueblo (donde tuvo actuación destacada, promoviendo una estimable labor cultural) y fue reemplazado por Don Moisés Melman, y está integrado así: Vice, José Dujovne ; secretario Aarón Resnicoff; secretario en idisch Manuel Beiser; tesorero, León Karabelnicoff, vocales, Moisés Kushelevsky, Saúl Pirotzky, Abraham Ratuschny, Mauricio Kaplún, Luis Goldln, Marcos Saslavsky, Miguel Melamed.

X

EL INSTRUMENTO DE LA CULTURA RIVEREÑA

Sugería todo un ambicioso programa el nombre adoptado por la institución en que el Centro Cultural Israelita reconoce su origen: *Club de la Juventud Israelita para Recreo y Desarrollo Intelectual*.

El que se usó en verdad fue *Club Juventud Israelita*, transformado más tarde al reemplazarse la palabra Club por la de *Centro*, pero la aspiración contenida en aquella larga y candorosa denominación siguió siendo válida por todos los años de su existencia, como era válida la alegación de juventud expresa en el nombre, que dio lugar a más de un debate, resuelto salomónicamente con la afirmación de que estaba abierto a los jóvenes, y lo que contaba era la juventud espiritual de sus integrantes y de sus propósitos.

Discusiones ilustrativas como esa hubo muchas en la historia del Centro, comenzando por la de la propia asamblea fundadora, realizada en el local de la Cooperativa Agrícola Barón Hirsch el 5 de julio de 1912 y siguiendo por la de las reuniones iniciales de la comisión directiva surgida de ella (*). No es que sus integrantes no fueran jóvenes: lo eran en su mayoría, y otros entraban recién en la madurez, incluido su presidente, don Abraham Schlapacoff, de quien alguien que

(*) Estaba integrada así: Presidente, Abraham Schlapacoff; vire, Jacobo Schpoliansky; secretario, Manuel Beiser; pro-secretario, F. Muchnik; tesorero Adolfo Sas; vocales, Moisés Knizsitsky, P. Katz, Salomón Merlinsky. Saúl Stronguin, Najman Schpoliansky, Elías Schneider; síndicos, Vitalis Bassan y José Yussem.

entonces era más joven que él relata cómo lo llamaban una y otra vez cuando se veían en apuros, y él encarrilaba las cosas y les decía a los jóvenes: —Bueno, ahora sigan ustedes.

No se conformaron los fundadores con darse un nombre y mandar a confeccionar un sello; querían obra efectiva, decisión de construir un local y la de procurarse libros y además, realizarla enseguida. De la primera reunión son la propia, por modesta que fuera, y biblioteca, a la que atribuían un valor de definición de la obra que pensaban emprender.

La proporción establecida para la compra de libros es todo un documento, lleno de sugerencias sobre lo que era al par en ellos una realidad y una aspiración: mandaban confeccionar una lista que debía comprender un cuarenta por ciento de libros en castellano; un treinta por ciento en idisch; un veinte por ciento en ruso y un diez por ciento en hebreo. Adviértase cuantas cosas hay implícitas en esta proporción: la mayor cantidad en el idioma del país, que todavía no dominaban pero deseaban aprender, identificándose con él y con la cultura de que era portador; una cifra menor en idisch, principal medio de expresión de buena parte de los pobladores, vehículo de su cultura y de su comunicación con los correligionarios; una cantidad aún menor pero no desdeñable de libros en ruso, a tono con la cultura y el idioma con que muchos de ellos estaban más conectados; y un modesto diez por ciento en la antigua lengua de la Biblia y del Talmud. Diez por ciento que era poco, pero con todo algo más que nada, y representaba el refugio de quienes, en ese medio nuevo, aspiraban a mantener, junto con su tradición judía' el apego por el lenguaje que ya por entonces era el instrumento idiomático del renacimiento nacional en Eretz Israel.

Por esta única limitación, ya que no por razones de costo, puesto que lograron reunir para libros la considerable cantidad de mil pesos, estaba condicionada la tarea que encargaron a quienes debían preparar la lista. Recogemos sus nombres, a título de homenaje a quienes sus convecinos reputaban dignos de convertirse en mentores literarios de la institución. Debía elegir los libros en castellano un

grupo que integraban el director de la escuela Don José Souessia, el administrador de la ICA, Sr. Vitalis Bassán y Don León Dimentstein y el resto uno más numeroso compuesto de los señores Zvi Schneider, Aarón Brodsky, Manuel Beiser, Wolf Plotkin, Jacobo Schpoliansky y Salomón Merlinsky.

Y aún hallamos en los testimonios de esa primera reunión un detalle no menos significativo: se menciona una carta de Bernasconi (de la colonia Narcisse Leven, la misma de donde el Ing. Lapín los sacó porque pasaban hambre!) pidiendo una lista de libros. ¿Qué tiene de extraño entonces que lo primero que crearan los colonos de Philipson N° 3 fuera una biblioteca?

Una figura respetada de la colonización judía, el Dr. Hirsch Ashkenazi, que fué rabino de Moisesville y luego director de las Escuelas de la ICA, vinculó una iniciativa a la existencia de juventud Israelita. Al mismo tiempo que se resolvía edificar, decidíase también, teniendo en mucho la opinión y el consejo del Dr. Ashkenazi, comunicarle la fundación del Club, así como encargarle la compra de los libros en Buenos Aires. Y poco más tarde vemos al pedagogo judío asistiendo a una de sus sesiones y aconsejando la organización de una sección infantil hebraica, que en efecto se creó y fue el lejano antecedente de todo cuanto más tarde se hizo para los niños en el Centro Cultural.

El momento decisivo en aquella etapa inicial fue la construcción del local, que los miembros de la institución llamaban crudamente el galpón, designación con que asimismo figura en las actas. Galpón o lo que fuera, no hay muchos galpones en la historia de las localidades de la campaña argentina a los que el pueblo deba tanto, que hayan, tenido tan auténtica significación de foco de ilustración y de irradiación de inquietudes espirituales, como ese basto local de chapa canaleta y tirantes de madera, que fue el corazón de la cultura riverense. Ni que decir que el pueblo entero participó con su aporte y su adhesión en la construcción del salón del Club. La ICA cedió el terreno, hubo donaciones de materiales, alguien regaló puertas y ventanas, se contó con la valiosa ayuda de quien en

tiempos sucesivos fu el amable banquero del centro, don Yudel Abraschkin, y en poco tiempo el local estuvo terminado. Se impone rendir homenaje al hombre que lo construyó: el carpintero J. Nudelman, cuya sólida tirantería resistió el embate del tiempo y subsiste aún aunque no a la vista del público, como en sus comienzos, a través de las sucesivas refacciones y embellecimientos que en más de cuarenta años modificaron su fisonomía.

Rivera tenía ya su salón de actos, y a partir de entonces buena, parte de su vida institucional se desarrolló allí. Asambleas y festivales, bailes y conferencias, homenajes y funciones teatrales. Sobre todo funciones teatrales. Volvemos una y otra vez sobre ese aspecto de la vida del pueblo, y en cada época que registra este libro debe anotarse su respectivo episodio teatral, subrayado por elencos profesionales o bien por conjuntos filodramáticos locales que ponían en el ambiente riverense de aquel entonces uno de sus elementos característicos. Realzado en los testimonios del Club por detalles risueños como los que trascienden de las actas, en que se registran sesudas discusiones sobre si debe permitirse o no el acceso de chicos, o si, debe cobrarse o no la entrada a los familiares de los improvisados actores. En el escenario del salón de la *Juventud Israelita* resonaron, desde las melodramáticas peripecias de *El Idiota* de Gordin, —la primera obra que se representó en él, animada por un buen cuadro de aficionados que dirigía Israel Schpoliansky— hasta la patética vibración que el arte incomparable de Maurice Moscovich daba a *El Padre de Strindberg*. Dirigiendo a uno de esos conjuntos de aficionados puso en escena sus propias obras en Rivera el escritor y dramaturgo Mark Orenstein, uno de los muchos valores judíos del extranjero, que de visita en la Argentina, también llegaron hasta allí. Pero esto ocurrió en época posterior, y faltaba mencionar la más eminente de estas visitas: la de Péretz Hirschbein, que fue en Rivera un acontecimiento pregustado desde mucho tiempo antes y comentado aún bastante después que el gran escritor judío hubo pasado por el pueblo. Se organizó un comité de recepción, se le brindaron agasajos, se exaltó en toda forma el acontecimiento que su presencia significaba para Rivera. Péretz Hirschbein pronunció su

anunciada conferencia el 24 de agosto de 1914, y el eco que obtuvo fue adecuado a la expectativa que suscitara. Pero el escritor no se conformaba con dar: también tomaba del medio riverense lo que él esperaba encontrar allí: el cuadro de una vida judía inconfundible, que formó parte del bagaje de observaciones con que se fue de la Argentina, reflejado más tarde en su hermoso libro *De tierras lejanas*, editado a su regreso a Nueva York.

Una carta enviada por Péretz Hirschbein documentaba luego la impresión que le habían causado Rivera y sus pobladores, el reconocimiento a las atenciones recibidas, la sensación de sentirse comprendido por esos chacareros judíos que conservaban viva la devoción por los valores de su pueblo.

Años más tarde visitó nuevamente Rivera. Volveremos sobre esa presencia, registrada cuando ya era el Centro Cultural quien la promovió. Mientras tanto hemos de prestar atención a otros visitantes que asimismo encontraron en Rivera una acogida atenta y cordial, como la que siempre se dispensaba a quienes representaban algo en el pensamiento judío: Nomberg, Onoiji, Latzki Bertoldi, aparte de los líderes sionistas entre quienes ya mencionamos algunos, y cuyas disertaciones encontraban asimismo cálido eco en la sala repleta de la Juventud Israelita.

No eran sólo los visitantes quienes lograban promover ese eco en el público.

Había un motivo que siempre hallaba plena adhesión del pueblo: los homenajes a grandes figuras judías. Comenzó por la más querida de toda la colonización judía: el Dr. Yarcho. Al cumplirse el primer aniversario de su muerte se realizó un gran acto para honrar su memoria. Sobre la huella de ese homenaje se realizaron otros. Hubo uno que ya hemos mencionado, y que por la misma magnitud que prometía se pro-gramó de entrada fuera del salón.

Era el mes de marzo de 1916. Acababa de morir en Nueva York Sholem Aleijem, y el profundo dolor que causó en el pueblo la pérdida del gran escritor que amaban, que había pintado como nadie

las alegrías y las penas y las costumbres de la vida judía, buscaba expresarse de alguna manera. Y se concretó en un funeral cívico en memoria de Sholem Aleijem que debía realizarse en la plaza— lo que había de ser plaza, que entonces era apenas el solar de una manzana que le estaba destinado— y al que asistió en masa la población. Fue un acto trilingüe, con cuatro oradores que exaltaron la figura del escritor en idiomas distintos pero con una misma e intensa emoción. Hablaron León Dimentstein y Gregorio Schnir en castellano, Manuel Beiser en idisch y Moisés Verbitsky en ruso.

Un acto similar aunque se llevó a cabo en un local cerrado, para honrar a otra figura de quilates parecidos en la literatura judía, Israel León Péretz, tuvo una peculiaridad singular: fue un homenaje colectivo. Además de los oradores oficiales se admitió que podían hablar todos cuantos tuvieran algo que decir, y en una especie de debate libre se honró a Péretz discutiendo su obra, en una exégesis popular, improvisada pero no por ello menos sincera.

Este convocar al pueblo para honrar a escritores y artistas se hizo clásico en Rivera, y en otras ocasiones le tocó al poeta Samuel Frug, que murió aquel mismo año, a Méndele Mojer Sforim y a algún otro. Pero no era sólo a escritores. Un homenaje a Teodoro Herzl, organizado conjuntamente

por la juventud Israelita y el Centro Sionista, alcanzó proporciones excepcionales, y la conmemoración del fundador del sionismo político se hizo tradicional en Rivera, donde más tarde rivalizaba con ella la celebración del aniversario de la Declaración Balfour.

De la época de la Juventud Israelita databa también una práctica que luego fuera de las más típicas del Centro Cultural: llevar la tarea de difusión a las colonias. Lanzó la iniciativa Moisés Verbitsky, que presidía la subcomisión de conferencias y la de teatro, y consistía en organizarlas no sólo en el salón del centro, donde ya eran habituales, sino en los grupos alejados de la colonia, donde se hacían en un cobertizo cualquiera o en casa de un colono. Eso cuando no se

limitaban simplemente a algún acto literario, en que se hacían lecturas o discusiones, o bien ambas cosas a la vez. Recogemos un grato recuerdo de alguien que evoca a León Esevich reuniendo a un grupo de jóvenes para leerles *La sonata a Kreutzer*, con énfasis de actor de la vieja escuela y una emoción que no desmentía su vocación de tolstoiano.

Alguna vez la Juventud Israelita rindió homenaje a uno de los suyos, aunque en este caso distaba mucho de ser joven. Zví Schneider era escritor, y tenía una larga labor detrás suyo cuando el pueblo entero respondió a un llamado del Centro para agasajarlo con motivo de la publicación de sus obras. Fue una figura respetada en Rivera, donde hallaban eco propicio sus escritos, la mayoría de ellos referidos a la colonización, judía, a sus problemas y amarguras, a sus errores y desencuentros. Enviaba colaboraciones a los periódicos judíos, y un crítico tan severo y sagaz como Jacobo S. Liachovitzky le publicó en su revista *Libritos para Todos* un relato, *Der Roiter Badjen* (El Juglar Rojo), donde con un estilo en que se mezclaban la ironía y la ternura describía un episodio de la colonización organizada por el Barón de Hirsch, desde un particular enfoque crítico.

A través de la actuación de Schneider nos conectamos — y la incluiremos aquí— con una actividad que, aunque esporádica, tuvo significación en Rivera, y no puede pasarse por alto en este capítulo dedicado a la cultura del pueblo, y menos aún quien esto escribe, así sea por solidaridad profesional. El periodismo riverense tuvo en el curso del tiempo cuatro o cinco expresiones estimables, sino todas por los lo-gros alcanzados, al menos por el propósito.

La primera de ellas fue el periódico *Riverer Vogenblatt*, que dirigía precisamente Zví Schneider, con quien colaboraba otro periodista del pueblo, Moisés Ratuschny, al que ya hemos recordado al mencionar su prematura muerte, acaecida cuando había abrazado formalmente su noble y dura profesión.

Riverer Vogenblatt apareció en 1916, en medio de penurias y traspies, porque Schneider y Ratuschny enviaban los originales a Buenos Aires y recibían el tiraje hecho, con todas las complicaciones que ello importaba.

El segundo periódico, *Di Pampa*, tenía los mismos animadores, pero se había dado ya un paso esencial: existía en Rivera una imprenta con tipografía en idisch, y pudieron editarlo en el mismo pueblo. Ellos ayudaron al dueño, J. Aptekman, a montarla, y el hombre se avino a hacer el esfuerzo porque el periódico representaba una base, sobre la que podía contar con abundante trabajo de impresiones en idisch, hasta entonces imposibles en el lugar.

La comisión redactora de *Di Pampa* estaba integrada por Zví Schneider, Abraham Berensohn, Moisés Ratuschny y Bernardo Hirchoren. Apareció el 8 de noviembre de 1918, y duró alrededor de un año, en el curso del cual se publicaron más de cincuenta números.

Hemos tenido a la vista los primeros de ellos, y su contenido es un buen reflejo de las preocupaciones del pueblo, desde luego no sólo materiales. Los problemas del agro; la acción de las entidades colectivas; el candente problema de la educación judía, planteado al pasar al Estado las escuelas de la ICA; el aniversario de la Declaración Balfour, encuentran eco en sus editoriales. El más grande acontecimiento de esa época, el Armisticio de 1918, ocurrió por aquellos días y halló en los comentarios de *Di Pampa*, además de un juicio a tono con su inmensa trascendencia, alusión a una derivación significativa: recordar a quienes habían llegado en los últimos años a raíz de la guerra, y entonces pensaban en volverse, porqué se habían ido de Europa los fundadores de la colonia, sustrayéndose a la discriminación y las persecuciones.

Ya que introdujimos este paréntesis periodístico, hemos de adelantarnos diez años y encontrarnos con otro periódico, que alcanzó gravitación en Rivera y realizó la hazaña de durar tres años: *Unzer Vort* (Nuestra Palabra), que dirigía el Dr. Sansón Drucaroff, y en el que tuvo decidida gravitación el Dr. Mauricio Lapacó, que sin

escribir en idisch —el idioma en que estaba editado— inspiraba buena parte de sus esfuerzos y orientaciones. *Unzer Vort* contaba con la colaboración de Aarón Daijovsky y de Isaac Mizraj, pero acogía también en sus columnas envíos de todos los pueblos y colonias donde había vida judía, llegando a ser un verdadero órgano regional, al que se enviaban crónicas y del que se esperaba el reflejo de la vida judía de toda la zona.

Los dos periódicos riverieños que completan la lista aparecieron ya en castellano. Fueron *Rivera*, que editó León Brodsky desde el 1° de junio hasta octubre de 1937, y *La Voz Local*, publicado a partir del 10 de septiembre de 1942 bajo la dirección de la Imprenta Silberman, según consta en su primera página, y del que han llegado ejemplares a nuestras manos, celosamente guardados por quienes recogieron aquellos en que se publicó una breve relación histórica de la colonia, escrita por Don Arturo Bab bajo el título de *Sobre el Origen del Pueblo de Rivera*.

Y ahora volvamos a nuestra *Juventud Israelita*, con la que pasaremos rápida revista a la época anterior a la fusión, que fue un anticipado prolegómeno del Centro Cultural.

Sus testimonios escritos registran un permanente y estrecho contacto con otras instituciones judías, incluso un Congreso del que surgió la iniciativa de crear una Federación de Centros de Cultura Israelita de toda la República; su participación destacada en la campaña pro ayuda a las víctimas de la guerra; sus intervenciones en favor de judíos amenazados, como cuando nombra delegados para una acción de protesta "contra la barbarie del Imperio Otomano en el tratamiento a los hebreos de Palestina". Todo un historial de actuación judía, que anticipaba el doble enunciado del nombre futuro: *cultural, e israelita*.

Habíamos dejado de lado una actividad importante, cuyo valor de esparcimiento y de ilustración es ocioso destacar: el cine. Desde los primeros tiempos el galpón ejerció también funciones de sala cinematográfica, con sus buenos dolores de cabeza para los

dirigentes, derivados de la explotación comercial y de los tropiezos inevitables, como aquel en que por ser enviada la película en una combinación de trenes distinta llegaba el lunes en lugar del sábado, burlando a los defraudados espectadores, que volvían a sus chacras sin haber visto otro espectáculo que el de la desesperación de los organizadores.

Otra entidad riverense también ofrecía cine a sus asociados, como asimismo tenía biblioteca, y cuadro filodramático, y preocupación por la cultura y el progreso del pueblo: la *Unión Obrera Israelita*. Durante mucho tiempo fue una aspiración unánime la suma de sus esfuerzos similares, y en cierto momento ese anhelo se concretó.

Hemos de verlo, pero antes pasaremos así sea una somera revista a esta institución.

La *Unión Obrera Israelita* surgió de la presencia en Rivera de un núcleo cada vez mayor de trabajadores urbanos ocupados en herrerías, carpinterías, tareas de construcción, trabajos de acarreo y de estiba, comercios con empleados y obreros asalariados. Comenzó siendo sindicato, pero bien pronto las tareas que enunciaba el subtítulo ("... de Socorros Mutuos y Enseñanza") prevalecieron, reservándose las actividades sindicales a otra entidad, la Unión Obrera Profesional. El animador de la primera, clon León Sutzky, actuó alternativamente en ambas, pero finalmente dedicó su principal esfuerzo a la Unión Obrera Israelita, que con el tiempo cambió su nombre por el de Centro Obrero. Hay testimonios de la obra mutual que llevó a cabo, prestando asistencia a la parte más necesitada de la población, así como de la labor desarrollada por su escuela nocturna de adultos, a la que concurrían obreros, aprendiendo en castellano con Don Abraham Berensohn y en idisch con Don Marcos Dubrovsky.

Tenía su secretaría en una parte del local de Don Bernardo Faure, donde instalaron su biblioteca y construyeron —realizando la tarea sus propios asociados, con la valiosa ayuda en materiales que

les cedía el ingeniero Carlos T. Davis— un escenario, que convertía el espacioso local en un buen salón de teatro y cine.

Crearon, como el Centro Juventud, un mecanismo de contratación y exhibición de películas, y tuvieron también su elenco de aficionados, que dirigía León Slutzky, cuyas representaciones benéficas se hicieron famosas en el pueblo. Programas de aquella época documentan esa actuación desinteresada, que subsistió por largos años, aun después de la fusión con el Centro Juventud, por ejemplo una función a beneficio de la Sociedad de Damas Baronesa Clara de Hirsch, en la que el *Cuadro Filodramático Ucraniano* — que así se llamaba— puso en escena una famosa opereta, *Natalca Poltavka*, de cuyo éxito todavía se hacen eco quienes la recuerdan.

La unión del Centro Juventud Israelita y el Centro Obrero no fue cosa de un día, pero llegó por fin, tras árdas y pacientes gestiones. Difieren las circunstancias de esa unión y aún las fechas según los testimonios, por lo que hemos de atenernos a lo que no admite lugar a dudas: un sello que dice "*Centro Juventud Israelita y Obrero unidos el 8 de noviembre de 1919*". La discutible gramática del nombre así combinado muestra, con la suma de ambas instituciones, el propósito de salvaguardar la fisonomía de cada una. Lo mismo ocurrió con las bibliotecas, reunidas en una sola cuyo membrete proclamaba, en 1921, *Biblioteca Unida-Unión Obrera y Centro juventud Israelita*.

Tampoco fue fácil la convivencia. Y tras años de unión más o menos precaria, en la que cada entidad mantuvo su individualidad, aunque compartiendo el salón y las bibliotecas, las desavenencias hicieron crisis, y en una sesión del 3 de agosto de 1924 de lo que seguía siendo el Centro Juventud, se resuelve la separación con el Centro Obrero.

Pero casi un año más tarde, el 17 de mayo de 1925, en una asamblea que comienza presidida por el titular señor Jacobo Merpert pero designa presidente a don Abraham Schlapacoff, éste da cuenta de nuevas gestiones de fusión; se las aprueba, y la asamblea se cierra

sancionando un estatuto común y un nombre nuevo, que será *Centro Cultural Israelita*. Aquí termina la trayectoria del viejo Centro Juventud Israelita, bajo la presidencia del mismo que había encabezado su nacimiento (*).

* * *

"Fomentar y desarrollar la cultura argentina, judía y general" y mantener y engrandecer en todo tiempo su biblioteca *José Ingenieros*", son, no sólo los postulados iniciales del estatuto del *Centro Cultural Israelita*, sino su profesión de fe, la misión que se impuso a través de los años, y en los que están presentes todos los demás de su carta magna y de su larga ejecutoria. Son, con leves modificaciones de la reforma de 1952, los mismos del viejo estatuto que junto con la personería jurídica fueron aprobados el 22 de febrero de 1928, casi tres años después que una asamblea consagrara, con la fusión del *Centro Juventud Israelita*, y el *Centro Obrero*, la nueva existencia de la entidad, el 31 de mayo de 1925 (*).

La biblioteca fue sobre todo el gran objeto de inquietud de las comisiones que se sucedieron en la dirección del Centro, e inmediatamente de asumir sus funciones la primera, se la ve hacer pedidos de libros y adoptar diversas providencias para asegurar la eficacia de su función.

El nombre adoptado era todo un símbolo y la discusión en que se aprobó, de lo más ilustrativa sobre el criterio de los integrantes del centro. No fué enseguida de la fundación si no unos años más tarde. Presentada en una asamblea por Mauricío Lapacó, la moción de honrar a José Ingenieros prevaleció, sobre todo por el argumento de su autor de que debía elegirse una gran figura argentina, pese a que se sugirieron nombres de tan profunda resonancia para los judíos

(*) De 1912 a 1925 fueron presidentes y secretarios del Centro Juventud Israelita los señores: Abraham Schlapacoff y Manuel Beiser; el mismo presidente con Julio Milstein; Bernardo Abrashkin y Wolf Plotkin; Schlapacoff y José Yussem; Julio Milstein y León Dimentstein; Gregorio Cherny y Jacobo Michelson; Schlapacoff y Gregorio Schnir, Mauricio Guesneroff y León Kofman; Gregorio Cherny y León Karabelnicoff; y Jacobo Merpert y León Karabelnicoff.

como Enrique Heine, Baruj Spinoza y Alberto Einstein. Y una conferencia sobre José Ingenieros completó el homenaje, (que Lapacó deseaba fuese sobre todo de divulgación de su obra), al insigne autor de *Evolución de las Ideas Argentinas*.

La otra obsesión del Centro Cultural fue la escuela judía. Se intentó crearla casi de inmediato, y no se escatimaron esfuerzos hasta haberlo logrado, con un grave quebranto parra las finanzas del Centro, porque coincidió con el comienzo de una de las peores crisis de la colonia, y los padres de los alumnos, pese a la satisfacción con que veían a sus hijos recibir una educación hebraica que deseaban para ellos, se atrasaban en el pago, acumulándose un déficit con el que la comisión luchó años seguidos. Contó con la colaboración decidida del maestro, don Aarán Daijovsky, que si desarrolló una acción pedagógica de la que una y otra vez se hacían eco elogiosamente los dirigentes del centro, todavía se significó también por algo más: verdadero espíritu de sacrificio, que le inducía a proponer espontáneamente rebajas de su propio sueldo, cuando el problema de sostener la escuela se hacía cada vez más difícil para quienes debían obtener los recursos con qué costearla.

Hasta que dieron con uno que estaba entre las mejores tradiciones del pueblo: el cuadro filodramático del Centro Cultural, que a partir de 1930 en que fue creado ayudó a costear la escuela, con una función tras otra que, si por una parte contribuía a agenciar recursos, por otra prestaba a la vida del Centro uno de sus más legítimos motivos de atracción. Sus entusiastas integrantes desarrollaron una labor empeñosa, que sí tuvo para la entidad la importancia derivada de lo que acabamos de mencionar, también la alcanzó por su valor artístico, a tono con las mejores tradiciones teatrales de Rivera. No hacemos nombres para no incurrir en

(*) La primera comisión, surgida de esa asamblea, estaba integrada así: Presidente: Sansón Drucaroff; vice, David Zmud; secretario, Israel Halperin; prosecretario, Angel Schwarz; tesorero, Naúm Traiber; vocales, León Karabelnicoff, Salomón Drucaroff, Jacobo Merpert, Elías Schneider, Israel Resnik, León A. Sigal; suplente Aarón Leschinsky y J. Berjman; subcomisión de Biblioteca, Samuel Vainfeld y Salomón Kantorovich; administrador del salón, Samuel Kovalevsky; Síndico, Abraham Schlapacoff y Rubén Kaufman.

omisiones, pero hemos hallado una forma de soslayar este problema: la fotografía del cuadro en pleno, que aparece en la tercera parte de este libro.

Pero éstas eran actividades subsidiarias, y además de ellas dio impulso a las que eran consideradas básicas en la vida del Centro: la Biblioteca, que con él adquirió verdadera vida después de vegetar por años, y la labor de difusión cultural, cuyas características personalísimas llegaron a ser inconfundibles en la vida del pueblo.

El primer presidente del Centro Cultural, Dr. Sansón Drucaroff, define la obra realizada entonces como el fruto de Una acción colectiva. El mérito era de todos, dice, y si hay (que destacar algún nombre es el del Dr. Mauricio Lapacó, que cera en verdad el alma de aquella empresa; el hombre que había logrado infundirle al Centro Cultural Israelita su verdadero espíritu. Él fue quien logró catalizar el afán de todo el pueblo de que el Centro llegara a ser, como logró ser en verdad, un verdadero foco de esclarecimiento, arrancando a los jóvenes de la confitería poniéndolos frente a un libro; a un tablero de ajedrez o una discusión literaria, donde ponían pasión o curiosidad, pero siempre tenían algo que aprender.

De esa época del Centro Cultural es una costumbre peculiar, que llegó a ser insustituible, y atraía semana a semana nutridas concurrencias al salón del Centro. Era lo que llamaban, por su nombre en idisch, *Kestl-Ovnt*. Cada uno escribía en un papel una pregunta cualquiera sobre un tema que podía ser literario, político, artístico o simplemente de actualidad. Se colocaban los papelitos en una caja, luego se sacaban de ella las preguntas, y quienes ejercían la presidencia —o cualquiera del público llegado el caso— las contestaba.

A veces el interrogador se daba por satisfecho con la res-puesta, y se acudía a otra pregunta, pero a veces la réplica no lo convencía, y se entablaban vivas polémicas que daban al ambiente una animación extraordinaria, convertidas en un debate libre que, convenientemente

encarrilado, resultaba notablemente ilustrativo y cumplía el propósito primordial de esas reuniones, que luego hallaban eco en las discusiones que seguían por toda la semana, hasta en los almacenes del pueblo.

También salían, siguiendo las mejores tradiciones del Centro Juventud, hacia las colonias, llevándoles el clima de discusión y esclarecimiento que eran habituales en el salón de Rivera. De estas reuniones recogemos el recuerdo de una, que basta por todas. Era en Tres Lagunas, donde se realizaba un acto polémico organizado por el Centro. En un galpón de chapas, con una temperatura de 14 grados bajo cero, ros oradores envueltos en ponchos, bufandas y aún frazadas, el acto se prolongaba hasta las tres de la mañana sin que decayera la animación de las discusiones. Y completando el espectáculo, alineadas en los bordes del galpón, las cunas de los chiquitos, que sus madres habían traído porque nadie quería quedarse en casa a cuidarlos cuando un acontecimiento como ese tenía lugar en la colonia. El epílogo también era obligado: acudir a la casa de alguno de los chacareros a calentarse con un vaso de té y, o bien seguir la discusión, o mejor aún improvisar un baile que se prolongaba hasta que habían llegado del todo las luces del día.

De la Juventud Israelita, el Centro Cultural había heredado la tradición de los homenajes a escritores, de las visitas de judíos ilustres y de conferencias animadas de un de-seo de elevación cultural. Invitado por el Centro volvió a visitar Rivera Péretz Hirschbein, que permaneció en el pueblo unos ocho días. Fueron de fiesta permanente, pero también de permanente discusión. El gran escritor pronunció tres conferencias pero asimismo participó en uno de los famosos actos del salón, con polémica y todo. Y no hay testimonio de que no le haya gustado.

Un visitante que dejó grata y larga impresión en Rivera, a donde volvió para una segunda conferencia, fue el profesor Rodolfo Senet, que habló sobre los temas de psicología y educación que le eran propios. En testimonios posteriores documentaba el profesor Senet su complacencia por la calidad y comprensión del auditorio,

así como su reconocimiento por el respeto y la atención con que se le había escuchado.

No hemos de seguir en detalle la marcha del Centro en todo el curso de su historia. Infinitas sugerencias trascienden de ese largo historial, y son una permanente tentación para incluirlas, aún a riesgo de abrumar al lector con pormenores menudos.

Hay uno, sí, que vale la pena recoger, porque fue una de las primeras y más entusiastas iniciativas del Dr. Mauricio Lapacó en cuanto llegó a la presidencia del Centro: el gran edificio propio, que con un poco más de suerte Rivera hubiera poseído, porque él, con su entusiasmo, era el más indicado para llevarlo a cabo. Pero el proyecto tropezó con una de las peores crisis de toda la historia de Rivera, pródiga en ellas. Iniciado con excelentes auspicios, lanzada la suscripción, deseosos todos de llevar a cabo el proyecto que iba a dotar al Centro Cultural Israelita de su Salón-Teatro, ni biblioteca, y dependencias dignas de sus aspiraciones, terminó por quedar en la nada, salvo la melancólica inclusión del croquis en el folleto con que se celebró en el Año del Libertador el 25 aniversario de la Institución (*).

Los fondos recolectados se aplicaron entonces a mejorar el aspecto del salón y a hacerlo utilizable en una época en que ya casi no lo estaba. Pero la estructura del salón siguió siendo la misma, como lo es hasta el día de hoy, en que se logró por fin realizar una bella construcción, que aportó un frente y dependencias adecuadas a la dignidad del Centro y resultó una contribución edilicia a la fisonomía de Rivera.

Del historial del Centro recogemos todavía un par de detalles que no deseamos pasar por alto; la Biblioteca Infantil Sarmiento, colocada bajo su patrocinio; los cursos para adultos, especialmente para inmigrantes, que dictaban desinteresadamente las maestras de la escuela provincial señoritas Fanny y Josefa Plotkin; el homenaje al gran escritor judío Opatoshú que se le rindió en sus bodas de plata literarias; la colaboración que el Centro prestó a entidades similares

de todos los pueblos a la redonda; y una hermosa carta de la revista *Nosotros*, en la que campeaba el fino espíritu de Roberto F. Giustí al explicar el motivo de rebajarle el 30 por ciento en el valor de la suscripción, que el Centro Cultural había pedido, concierto de la función que la vieja revista representa en la cultura argentina.

Y también los conciertos —de los hermanos Zubritzky, de Alejandro Barletta, y muchos otros—. Y la sección Ajedrez, que tiene fisonomía propia y un cuadro representativo que le dio grandes satisfacciones al pueblo. Volveremos en el capítulo deportivo sobre su actuación en certámenes, donde hizo un papel airoso, que dejó bien al prestigio riverense. (*)

Es justo destacar, sin que ello importe ignorar los méritos de otros presidentes reiteradamente reelectos, la actuación de un hombre que durante más de 15 años fue abnegado luchador por la institución: Don José López Orte, a quien el Centro expresó su gratitud, en ocasión de su partida del pueblo, designándolo socio honorario y brindándole un gran acto de despedida.

Hasta que llegamos a las vísperas del cincuentenario, con un largo recorrido a recapitular al mirar hacia atrás (**). 1955 es también el año del 309 aniversario del Centro Cultural Israelita, a quien esos seis lustros, unidos a los años de su antecesor, acercan rápidamente al medio siglo. Y si en sus primeros cincuenta años el

(*) De ese folleto reproducimos la nómina de los presidentes y secretarios que se sucedieron en ese cuarto de siglo, más los pocos que actuaron posteriormente. Son los que siguen: Presidentes: Sansón Drucaroff, León A. Sigal, Mauricio Lapacó, David Zmud, Mauricio Lapacó, Sansón Drucaroff, Arón Sas, dos períodos seguidos, Bernardo Hirschoren, Arón Sas, Isaac Perman, P. Saslavsky, los períodos seguidos, Manuel Saslavsky, Jaime Schargrodsky, Antonio Lapacó, dos períodos seguidos, José López Orte, dos períodos seguidos, Bernardo Simkin, dos períodos seguidos, Mauricio Kapitin, Arón Grimberg, Bernardo Simkin, Alfredo Lewkowitz, dos períodos seguidos, José López Orte, tres períodos, Aarón Grimberg y Alfredo Lewkowitz. Secretarios: I. Alperin, Pablo Dick, S. Drucaroff, Mauricio Lapacó, S. Drucaroff, Idel Rusansky, P. Saslavsky, R. Stanislavsky, Isaac Perman, Id., Moisés Vesfrit, Simón Resnik, Moisés Gelman, Arón Resnicoff, M. Saslavsky, Arón Resnicoff, tres períodos, M. Saslavsky, Salomón Marión, José López Orte, Naón Guitelman, José López Orte, Gregorio Barindorff, Salomón Schamsanovsky, Gregorio Barindorff.

pueblo puede proclamar que luchó sin desmayos por su progreso espiritual y material, el Centro Cultural Israelita tiene derecho a reivindicar para sí el haber sido instrumento principalísimo del primero de esos empeños.

(*) Ver página 210.

(**) Lo hacía el Centro Cultural Israelita en septiembre de 1953, al lanzar el primer llamado para la celebración del Cincuentenario de Rivera en un bello manifiesto del que extraemos este párrafo:

"El viejo Centro Juventud Israelita; el viejo Centro Obrero y sus magníficos creadores le otorgan este glorioso mandato. Los nombres de todos aquellos hombres —merecedores a que se escriban con letras de oro— también nos observan confiados en que hemos de hacer honor a su fuerza creadora, que no otra cosa puede decirse de quienes, al cruzar el mar para venir a un mundo desconocido, supieron elevar, con su tesón en el trabajo la riqueza de los campos vírgenes; fundar un pueblo y con la fuerza de su espíritu, encumbrar su propia cultura y la de aquellos hijos que habían de nacer al calor que alumbrara el sol de su nueva patria".

XI

GRANJEROS UNIDOS, DEFINIICION Y EJEMPLO

Granjeros Unidos era un nombre, pero era también una definición. Cuando surgió en 1922, dos años después que la Cooperativa Agrícola *Barón Hirsch* cerrara sus puertas, la preocupación primera de sus propulsores fue eludir los errores que sumados a las adversidades naturales habían conducido a la ruina a su antecesora. Y esa inquietud apuntaba desde la denominación misma, que al llamar granjeros a los colonos asociados proclamaba su decisión de llegar, por la explotación mixta de la tierra, a la antítesis de la trágica coyuntura en que sucumbió la primera cooperativa con que había contado la colonia.

Los dos años transcurridos habían contemplado una situación extraña. Los colonos sentían que les faltaba ese instrumento de defensa económica, pero el fracaso de la *Barón Hirsch*, pesaba en los ánimos, creando una inhibición que ninguno se atrevía a romper lanzando la iniciativa.

Lo hizo el mismo que sugirió el nombre; el mismo que al presidir un comité organizador logró galvanizar la idea que todos acariciaban: Don Aarón Brodsky, que en unión de otros esforzados rivereños —Saúl Pirotzky, Isaac Marchevsky, Simón Vodovosoff y Lázaro Melamed— se pusieron a la tarea de dotar de nuevo a Rivera de una cooperativa. —La segunda cooperativa surgió, dice regocijadamente Don Saúl Pirotzky, con la risueña frescura de sus ochenta y tantos años bien llegados, porque después de haber tenido una, ¿cómo pueden vivir judíos sin cooperativa?

Así era. Y *Granjeros Unidos* nació a la vida para iniciar un destino que por un par de años fue todavía bastante incierto pero que terminó por afirmarse hasta convertirla en lo que es hoy, una institución sólida y acreditada, cuya solvencia económica corre parejas con un prestigio que trasciende el ámbito de Rivera.

Hemos de ver, en el curso de este capítulo, cómo la integración de las cooperativas en un solo organismo central agrega el valor de una unidad de acción, en todas las colonias judías, a lo que por definición tiene ya unidad de espíritu y de propósitos. A la misión clásica del cooperativismo, que ejerce una función económica y subsidiariamente gremial, nuestras cooperativas le agregaron una función cultural y social que ya hemos visto al observar la primera que tuvo Rivera, y que *Granjeros Unidos* consagró, porque logró triunfar donde la otra había fracasado, y porque probó que ellas no sólo no conspiraban contra una sana evolución económica, sino que a su manera la aseguraban mejor. Al convencer al colono de que la solidaridad social que le era inherente podía y debía ser correlativa de su mera función eco-nómica, *Granjeros Unidos* daba al cooperativismo su verdadero sentido de suma de esfuerzos individuales al servicio de la colectividad.

La asamblea de constitución se realizó en el salón del entonces Centro Juventud Israelita y Obrero, el 30 de marzo de 1922, y de ella surgió un consejo de administración una actividad formal que cronológicamente deben registrarse, aunque *Granjeros Unidos* computa oficialmente su existencia desde 1924. Su mesa directiva, elegida en la reunión del 9 de abril inmediato, quedó integrada así: presidente, Lázaro Melamed; vice, Saúl Pirotzky, secretario, Rafael Schulkin; tesorero, Natán Jadzinsky (*).

Hubo un detalle en ese proceso que contrista el ánimo, pero permitió muy luego apreciar la envergadura moral de un hombre. Don Aarón Brodsky, que había sido el iniciador del movimiento que condujo a la fundación de *Granjeros Unidos*, que era el inspirador del nombre; que había presidido su comité organizador, no fue electo titular y renunció. Pero poco después se le ve concurrir a título de

simple socio a las reuniones del consejo de administración y aceptar sin título algunas tareas cada vez más responsables, hasta que fue designado secretario de la Comisión de Agricultura, que integraba también el administrador de la ICA y tenía a su cargo las relaciones con ella, y aún la edición de un periódico "que debía llamarse Granjeros Unidos. Como dirigente o como soldado de filas Aarón Brodsky, el Sajaroff rivereño, sentía que su puesto estaba allí, porque creía en la cooperación y tenía confianza en que Rivera iba a encontrar en ella la clave de su defensa y su prosperidad.

Más tarde, cuando el 25 de julio de 1933 dejó de existir, el homenaje que *Granjeros Unidos* le tributó, y que consta, en las actas, no hacía sino cumplir el deber que el cooperativismo de Rivera tenía con su máximo propulsor.

Hemos dicho que aquella época inicial fue difícil y en la segunda memoria se destaca "que deben combatir la desmoralización y aflojamiento del espíritu cooperativista provocados por el derrumbe de la Barón Hirsch".

Recién dos años más tarde se habla en los testimonios escritos de *Granjeros Unidos* con perspectiva optimista: aumentan la confianza y el crédito; la cooperativa goza de creciente simpatía y en ese sólo año han ingresado 81 socios nuevos.

Por aquel entonces se produce un hecho decisivo: la adhesión a Granjeros Unidos de la llamada Unión Agrícola-Israelita, que en ausencia de una cooperativa se había constituido para suplir el instrumento colectivo que les faltaba a los colonos. En la memoria en

(*) La lista de los asociados que fueron electos para integrar la comisión fue, en orden de votos obtenidos, la siguiente: Jaime Kapustiansky, Isaac Marchevsky, Saúl Pirotzky, Natán Jadzinsky, Osías Rosemberg, Rafael Shulkin y Lázaro Melamed, y como suplentes Naón Shamsanovsky, Aarón Brodsky y José Shulman. Síndicos, M. Breitman, Simón Vodovosoff y J. Champanier. Síndicos suplentes, S. Slobinsky y J. Greis. Brodsky y Shamsanovsky renunciaron, y fueron reemplazados por J. Svetliza y J. Goischen. En la reunión de ese consejo del 23 de junio de 1924, su presidente Don Lázaro Melamed anunció la aprobación de los estatutos por el gobierno de la Provincia y la personería jurídica. Pero en los anales de Granjeros no se registran, ni ese primer ejercicio ni esa oficialización, ya que en las memorias se menciona 1924 como año de fundación, y la fecha del 14 de marzo de 1928 como la de aprobación de la personería jurídica.

que se hace referencias al pro-ceso de fusión con la Unión Agrícola, afirmase que sus socios comprendieron que es preciso aunar la acción gremial con la acción económica. Y en la distribución de funciones que fue el primer paso hacia la incorporación lisa y llana, esta función económica quedó reservada al aparato de *Granjeros Unidos* ya existente en lo que se refería a los intereses económicos de sus socios, mientras a la Unión se le atribuía todo lo atingente a defensa gremial.

De los actos de la época inicial de la Cooperativa tomamos también un detalle que ha de permitirnos la referencia a una institución, que tuvo verdadera significación en Rivera. Registra la presencia en una sesión de don Blas Arano, a quien se designa con el título de presidente de la *Liga Agrícola Ganadera*, entidad que logró la adhesión del pueblo y que más tarde se transformó en el Banco Agrícola Ganadero.

En un informe de la ICA se describe a la Liga como una entidad creada "bajo los auspicios de personalidades no judías", lo que no obstó, naturalmente, para que contara también con el apoyo de caracterizadas figuras de la colonia. De los 287 miembros que contaba entonces, 114 eran colonos. Su presidente, el señor Arano tuvo dilatada vinculación con la vida de Rivera, y fue bajo su misma presidencia que la Liga se transformó en Banco Agrícola Ganadero, cuyos estatutos fueron aprobados por el gobierno de la Provincia el 28 de junio de 1924. De una fecha levemente posterior a esta es, justamente, la decisión adoptada por Granjeros Unidos de abrir una cuenta en el Banco Agrícola Ganadero y de operar con él.

Era una época en que ya los pasos más difíciles habían sido dados. Desde la pobre habitación en la casa de Salomón Drucaroff que fue el primer local de Granjeros Unidos, el traslado a la casa propia, en la que se invirtió la respetable suma de 13.000 pesos, señaló una etapa importante en la evolución de la Cooperativa.

El consejo de administración (*) se veía ayudado por circunstancias favorables y ello a su vez incidía en su acción, que daba prestigio a la entidad y facilitaba la atracción de nuevos socios.

Cuando hacía unos meses que este consejo estaba en funciones, una invitación de la Cooperativa Fondo Comunal de Domínguez para un Congreso de Colonos judíos que debía realizarse en 1925 en esa localidad nos pone ante un testimonio de lo que Granjeros Unidos entendía por entonces que era la misión de las cooperativas. Por boca de su presidente Pirotzky se expone un proyecto de temario que es todo un programa: fundar una federación de todas las cooperativas judías; crear un Banco Agrario; organizar cooperativas en las colonias donde aún no existen; sostener agrónomos para con-seguir el mejoramiento del cultivo y la granja; sostener un abogado para que asesore a la cooperativa en la defensa de los derecho de los asociados; crear un órgano de los colonos y oficina de informaciones; publicar estadísticas nacionales y extranjeras que sirvan de guía y orientación a las colonias; que los síndicos sean contadores o escribanos, para asegurar la eficacia de su función fiscalizadora, y que el directorio de la Federación esté compuesto por los presidentes de las Cooperativas. En este Congreso se sentaron las bases de la Federación Agraria Israelita, más tarde Fraternidad

(*) Este consejo, que inició lo que Granjeros Unidos recuerda como su primer Ejercicio oficial en el año 1924/25, estaba integrado así: Presidente, Saúl Pirotzky; vicepresidente, Jaime Kapustiansky; secretario, primero Rubén Kaufman y luego Bernardo Schmukler; tesorera, Salomón Drucaroff; síndico, Lázaro Melamed ; vocales: S. Stronguin, M . Kasakevich y A. Bernstein. Gerente, I. Halperin. En todos los ejercicios subsiguientes hasta 1929 fueron presidente y secretario, respectivamente, Naón Schamsanovsky y Alejandro Javkin, y luego los presidentes y secretarios se sucedieron así: Naón Schamsanovsky y Marcos Traiber en dos ejercicios; luego Marcos Traiber y Moisés Kuschelevsky; enseguida Naón Schamsanovsky y Abraham Resnicoff; siguieron Marcos Traiber y Moisés Kuschelevsky; Salomón Jersonsky y Jacobo Shufer; Salomón Jersonsky y Miguel Fainstein en dos períodos, y en un tercero alternando los cargos Mauricio Kasakevich y Miguel Potap; Miguel Fainstein Y Bernardo Schmukler en dos períodos; Antonio Lapacó y Miguel Potap; (el Sr. Lapacó renunció en un gesto cuya significación ética tuvo adecuada resonancia, por considerar incompatible el cargo con actividades comerciales privadas, y fue reemplazado por el Sr. Moisés Melman que completó el Período); Moisés Melman e Israel Gavinoser; Salomón Schneider y Moisés Melman, que alternaron los cargos al año siguiente; Salomón Schneider e Isaac Greis; Jacobo Schufer y Siske Mosnaim; el mismo presidente con Francisco Loewy, que alternaron cargos los al año siguiente; Jacobo Gelman y Gregorio Goisen y Francisco Loewy y Moisés Sitz.

Agraria, y en él Rivera estuvo representada, y bien representada, aunque en las actas de aquel entonces figuren discusiones sobre si *Granjeros Unidos* participaba o no en el Congreso.

Integraban la delegación riverense los señores Naón Schamsanovsky, Alejandro Javkin, Jacobo Katochinsky y M. Kaplún.

A los dos primeros les tocó hablar en nombre del cooperativismo riverense, y pusieron bien alta la representación de los colonos. Hablaron claro, con el aplauso del congreso entero. Y no fué al azar que justamente en la primera renovación del consejo de administración fueran elegidos presidente y secretario de Granjeros Unidos, ejerciendo Don Naón Schamsanovsky la presidencia durante seis períodos consecutivos, y Don Alejandro Javkin la secretaría durante cuatro.

En 1927 Granjeros Unidos aparece plenamente vinculada a la central de las Cooperativas judías, al punto que la entonces Federación Agraria Israelita realizó en Rivera su congreso, el tercero de su existencia. La memoria de Granjeros encarece la importancia de ese acontecimiento y el valor de sus conclusiones, y al recordar las obligaciones contraídas hacia la Federación, lo hace con palabras que son toda una lección de cooperativismo: "Ninguno de nosotros debe olvidar que los socios consientes somos el sostén de la organización, y como tales debemos siempre responder cuando la organización lo requiere de nosotros".

Respondieron bien, en verdad, y recíprocamente la organización central les respondió a su vez. Y así podían al año siguiente recalcar la valiosa función que cumplía esa *cooperativa de cooperativas*, que tras el 5° congreso realizado en Basavilbaso llevaba ya su nombre de Fraternidad Agraria, con que figura desde entonces en el historial del cooperativismo judío argentino y en el recuerdo agradecido y cariñoso de los colonos que ven en ella a la madre de las cooperativas.

Ese fue también —1928— el año en que se inauguró la sección de productos de granja, que fue posible precisamente porque la Fraternidad, con la que se había realizado un convenio para colocar la producción, se preocupaba por encontrar nuevos mercados y facilitar con esa base la obra de Comento y la diversificación. Del mismo ejercicio data también la primera iniciativa de una fábrica quesera, idea que, fue el germen del que surgió más tarde la Cooperativa de Tamberos y cuya evolución y realización veremos en el capítulo respectivo.

La inquietud esencial está dictada siempre por el mismo propósito: la explotación mixta, la introducción de rubros nuevos que permitan, al abarcar más, una mejor defensa contra las inevitables contingencias del trabajo de la tierra. Por eso se pone el énfasis sobre el fomento de la industria lechera, sobre la huerta, sobre la plantación de árboles frutales y forestales, en un doble propósito de aprovechamiento económico y protección del suelo. Y en todo ello se cuenta permanentemente con la colaboración y el auspicio de la Fraternidad, como una y otra vez lo destacan los documentos de Granjeros Unidos, rindiendo homenaje a la institución y al hombre que al par representaba su espíritu y su eficiencia: Don Isaac Kaplan, que fue por muchos años el alma de la institución, así como antes lo había sido, junto a Sajaroff, de la Cooperativa *Fondo Comunal* de Domínguez.

Aquí corresponde destacar, porque lo reiteran los colonos, porque figura en los documentos de la Cooperativa y porque trasciende de la realidad de su acción, el papel esencial que jugó la Fraternidad Agraria en el desenvolvimiento del cooperativismo en las colonias judías.

Si cada cooperativa representa en la colonia respectiva una suma de esfuerzos y recursos individuales, la Fraternidad Agraria representó el conjunto de estos esfuerzos acrecentados y afianzados por la acción colectiva.

Fue en verdad la suma de ellos, y como tal define el aporte, canalizado a través de una institución, del cooperativismo judío al progreso del agro argentino. Integrada aún, en su carácter de cooperativa de segundo grado, en el conjunto del cooperativismo nacional, representa la contribución de las colonias israelitas a una corriente que después de bregar por largo tiempo librada casi a su propio esfuerzo, encuentra ahora cauce propicio en el decidido apoyo que le presta el gobierno, bajo la inspiración del presidente Perón, que ha sabido fiar al cooperativismo la importancia que tiene en la evolución económica argentina.

La parte de Rivera en esta contribución descansó por mucho tiempo, hasta que surgió su hermana la Cooperativa de Tamberos, en las solas espaldas de Granjeros Unidos. Con relación a la Fraternidad esta acción fue recíproca, y los hombres de Rivera tuvieron en ella un papel destacado, incluso presidiéndola en repetidas ocasiones.

El primer rivereño que presidió la Fraternidad Agraria fue un hombre a quien ya hemos visto presidir la primera, cooperativa y una de las instituciones madre de Rivera, el Club de la Juventud Israelita, y a quien volveremos a encontrar al frente de otra, el Hospital Yarcho: don Abraham Schlapacoff, figura consular del pueblo, que en el período 1935-36 y luego en 1940-41, acompañado por don Salomón Jersonsky como secretario, fue la máxima autoridad de la cooperativa de Cooperativas judías.

En las memorias de Granjeros Unidos consta el reconocimiento a Schlapacoff por su actuación en arbitrajes, una de las más características intervenciones a que estaban llamados en Rivera (todavía desde la época de la primera Cooperativa, que había incorporado el arbitraje a sus funciones) los hombres de pro como él, expresión de una autoridad moral que ambas partes acataban y que ahorró al pueblo y a sus vecinos muchos conflictos, resueltos así por la vía de la conciliación. Y consta también el último homenaje, que en sobrias palabras destacaba su contribución a la vida del pueblo, después que el 10 de julio de 1944 don Abraham Schlapacoff había dejado de existir.

Más tarde, en 1948, correspondió nuevamente la O.c-si-ciencia de la Fraternidad a un hombre de Rivera, don Moisés Melman, y en momentos en que se publica este libro, otra vez dos hombres de Granjeros Unidos, don Francisco Loewy y don Israel Gavinoser, desempeñan la presidencia y la secretaría de Fraternidad Agraria.

No ha de omitirse en esta referencia a la misión de la Cooperativa madre la mención de su órgano *El Colono Cooperador*, que pronto cumplirá 35 años de existencia, cuyos jalones fueron reiteradamente subrayados por las memorias de Granjeros Unidos, destacando su valor de instrumento de información del cooperativismo judío y la actuación que en él correspondía primero a Don Isaac Kaplan y más tarde a Don Abraham Gabis.

Pero nos hemos adelantado demasiado en el tiempo, y los temas nos han ido sacando de un estricto orden cronológico, con lo que dejábamos detrás otros que marcaron etapas en la vida de la Cooperativa.

De la época inicial es la intervención de *Granjeros Unidos* en la rehabilitación y manejo del Hospital Yarcho, que veremos con más amplitud en el capítulo respectivo, y de ella también una gestión por la construcción del ramal ferroviario directo a Carhué que fue el primer paso en el reclamo impuesto por una sentida necesidad del pueblo, escuchado unos años más tarde. Gestiones de bien público como esas se cuentan muchas en el historial de Granjeros Unidos. Pero había otras que estaban dictadas por una preocupación constante y nunca resuelta: la de contar con un fondo de colonización que permitiera resolver uno de los más agudos problemas de la colonia.

Llevada por el afán de contar con medios de colonizar, *Granjeros Unidos* estuvo vinculada a aquella esperanza frustrada que fue la fundación de la colonia *Akivah Oettinger*, que ya hemos visto en un capítulo anterior. Conocemos la triste suerte que corrió esa aventura señalada por la adversidad, pero vale la pena recoger aquí la consideración que hacía al respecto la Cooperativa cuando las

esperanzas puestas en ella todavía eran válidas, y se inauguraba la colonia con asistencia de su patrono, el Ing. Akivah Oettinger. Señalaba entonces que se había comprado el campo de *Mari-Mamuel* con el propósito de colonizar a hijos y yernos de colonos, pero que debió darse participación a chacareros antiguos, porque muchos de los jóvenes no tenían fondos, y no se disponía de ellos para ayudarlos. Se hacían consideraciones sobre lo útil que hubiera sido poseer un fondo de colonización porque en ese caso, entre la Cooperativa y su Federación "habrían ayudado a aquellos hijos de colonos que por falta de dinero no pudieron comprar su lotecito de campo". Y terminaba con un homenaje al hombre cuyo nombre se había puesto a la colonia, señalando "la valiosa labor que el Ingeniero Oettinger había desarrollado en beneficio de esta colonia, así como de toda la colonización judía en la Argentina".

Tomamos de un relato de Moisés Ratuschny otro recuerdo, que corresponde a la historia de la primera Cooperativa, como que en ella se desarrolló el episodio, aunque la presencia del protagonista, que fue un acontecimiento para todo el pueblo, excedía el marco de una sola institución.

Era durante el primer viaje a Rivera de Péretz Hirschbein. Estaba programada una visita del escritor a la *Barón Hirsch*, y a la hora prevista el pampero levantaba una polvareda que envolvía al pueblo entero. Pero él no se arredró, y saliendo de su hotel cruzó a ciegas hasta la Cooperativa, adonde llegó antes de lo previsto y sólo encontró a un colono, Merpert, que todo turbado al reconocerlo se levantó apresuradamente para ir a su encuentro.

Pero el autor de *Campos Verdes* se encaró con él, lo instó a permanecer sentado y le dijo:

—Usted, un viejo agricultor judío de un país libre, no debe ponerse de pie ante un escritor judío; es el escritor el que debe pararse ante el chacarero.

Y el relato de Ratuschny registraba aun otra frase de Péretz Hirschbein, pronunciada en medio de la grata tertulia que a pesar del pampero se improvisó a poco en la Cooperativa:

—Todos los vientos dispersan y todos los vientos reúnen de nuevo a nuestros hermanos.

Aunque demorado en unos meses, *Granjeros Unidos* rindió condigno homenaje al padre de las colonias judías, el Barón de Hirsch, en el centenario de su nacimiento. Con fecha 8 de noviembre de 1931, en vísperas de aquella en que se cumplía la efeméride, mandó confeccionar una placa que debía honrar al fundador de la ICA en nombre de todo el pueblo con esta inscripción:

"Al Barón Mauricio Hirsch, de la colectividad de esta zona, en el centenario de su nacimiento. Rivera, 19-12-1931".

El acto de colocación no pudo realizarse en la fecha misma del centenario, y se postergó para celebrarlo conjuntamente con el Día de la Cooperación, llevándose a cabo el 3 de julio de 1932. Fue una ceremonia inolvidable, que contó con la adhesión del pueblo entero, y su significación fue destacada en discursos que exaltaron la obra y la figura del patrono de la colonia (*).

La placa lució diez años en el frente del antiguo edificio de *Granjeros Unidos* y en 1942, inaugurado el nuevo, fue trasladada allí, y en el frontispicio de la Cooperativa proclama en letras de bronce la gratitud de Rivera al padre de la colonización judía en la Argentina.

* * *

Uno de los movimientos más honrosos de cuantos realizaron los agricultores de la provincia de Buenos Aires y la Pampa en defensa de sus derechos tuvo origen en Rivera, y se lanzó por iniciativa de *Granjeros Unidos*, que en una asamblea previa realizada en el pueblo

bajo la presidencia de Israel Gavinoser recogió el clamor de los chacareros por el precio mínimo.

Había un antecedente: la visita que en 1929 hicieron al presidente Yrigoyen en nombre de la cooperativa, los señores Naón Schamsanovskv y Marcos Traiber, para pedir solución a la situación creada a los colonos por la sequía, pero en verdad para plantear todo el problema, que de año en año se hacía insoportable.

La sequía había sido la peor que se hubiera conocido en un cuarto de siglo, y las pérdidas fueron totales. La gestión de la Cooperativa encaraba integralmente soluciones con ayuda del gobierno para hacer frente a la catástrofe. Pero lejos de mejorar la situación se fue agravando, y el testimonio de Granjeros de 1932 es al respecto de una descarnada elocuencia. La enumeración escueta y sin literatura de la memoria resulta una cruda síntesis de todo aquello que acechaba a los colonos castigados una y otra vez por la adversidad. Después de dos cosechas perdidas, agravada h situación por la crisis mundial y la caída de los precios, esperaban levantar la cabeza, y las buenas lluvias de julio y la siembra propicia alentaban perspectivas halagüeñas. Pero en octubre cayó una granizada, y casi todo quedó destruido. La nueva desgracia los dejó maltrechos, porque ya no tenían recursos ni para proseguir la tarea rural ni para subsistir, y la memoria habla simplemente de indiferencia. Para lo poco que quedaba por recoger se hicieron preparativos y gastos, y el 8 de noviembre una terrible helada acabó con todo lo que quedaba sobre los campos.

Y la misma memoria que describe el reiterado infortunio proveniente de los "caprichos de la despiadada naturaleza", registra no obstante fa decisión de los colonos de seguir luchando sin desanimarse y sin ceder.

(*) Hablaron en tal ocasión el escribano Samuel Arculis; el presidente de la Cooperativa, señor Marcos Traiber; los señores Aarón Brodsky, Arturo Bab y Miguel Fainstein y finalmente el administrador local de la ICA, señor Samuel Kaplan. Tanto el señor Kaplan como los otros oradores exaltaron, así como la figura del Barón de Hirsch, el sentido de su obra colonizadora en este país libre, al amparo de cuyos derechos y garantías los colonos contribuían a su progreso.

Y la misma memoria que describe el reiterado infortunio proveniente de los "caprichos de la despiadada naturaleza", registra no obstante la decisión de los colonos de seguir luchando sin desanimarse y sin ceder.

Para 1933 hacía cuatro años que el Banco de la Nación les prestaba para levantar la cosecha con pérdida. Habían tenido éxito en las gestiones, consiguieron crédito para semilla, sembraron bien, pero ahora ya no estaban dispuestos más a recoger con pérdida.

La asamblea de Rivera tuvo eco favorable, y de ella arrancó el llamado *Movimiento Agrario* que primero en Bordenave y luego en una gran asamblea de Guatraché del 26 de octubre de 1933, concretó en nombre de 3.000 chacareros el clamor por lograr un precio que compensara sus gastos y su esfuerzo. Israel Gavinoser, el hombre que había presidido la primera asamblea, llevó la voz de Rivera a Guatraché. Otras voces se levantaron en otras asambleas, y a propósito de la intervención en una de Carhué de Jacobo Katochinsky, quien relata el episodio lo acota con estas palabras:

—Era la auténtica voz de la tierra, reclamando por los derechos de quien la trabajaba.

De la asamblea de Guatraché surgió una delegación que fue a entrevistarse con el presidente del Banco de la Nación. Y una vez en su presencia le dijeron:

—Hemos cumplido patrióticamente. Año tras año aramos y sembramos, y año tras año hemos recogido con pérdida. El Banco de la Nación nos presta, pero lo único que logramos con ello es endeudarnos más y más. No queremos volver a cosechar perdiendo; queremos que se fije un precio que compense nuestro esfuerzo.

Triunfaron a medias. Obtuvieron menos de lo que pedían, pero de todos modos, más de lo que hubieran alcanzado sin esa acción colectiva. El eco del clamor que ellos habían llevado a Buenos Aires no se apagó más, y aunque el principio de fijar a priori los precios como estímulo de la producción sólo se impuso muchos años más

tarde, bajo el actual gobierno, aquel movimiento tuvo el valor histórico de consagrar otro principio: que el precio de los granos no puede bajar jamás de una cifra que compense el esfuerzo del agricultor.

Esa época señaló el período más duro de la vida de Granjeros Unidos. Lo singular es que se inició —hacia 1930— con un movimiento que en circunstancias normales hubiera sido síntoma auspicioso de progreso: una ola de ingreso de socios.

Era ya en plena crisis, y la realidad mostraba cómo en tales circunstancias los colonos hasta entonces remisos corrían a ponerse bajo la protección de la Cooperativa.

La recuperación se inicia hacia 1935, con el ingreso a la institución de uno de los hombres que más hicieron por ella y por la prosperidad de sus asociados: Don Abraham Pavé, que fue gerente de Granjeros Unidos desde ese año hasta su muerte, acaecida en 1942. La acción de Pavé acrecentó la actividad y el prestigio de la Cooperativa a un punto tal que apenas transcurrido un año el Banco Popular Israelita la designó su Corresponsal en Rivera, prueba de confianza que años más tarde tuvo una ratificación parecida pero de mucho mayor envergadura, al recibir idéntico cargo del Banco de la Nación Argentina.

Pavé ponía el énfasis en algo a que atribuía valor decisivo en la vida del colono: lo que llamaba la *cosecha diaria*, esto es la producción de la granja y de la huerta, que le permitían independizarse del resultado de la cosecha de cereales para la subsistencia. Y en tal sentido encarecía el papel de la mujer, asignándole un valor esencial en esta parte de la tarea.

A él se debe la introducción de la avicultura en la colonia, y el volumen que alcanzó la producción de aves y huevos, que llegó a ser un rubro importante en la actividad de *Granjeros Unidos*.

De esta época de prosperidad datan los sucesivos pasos dados para dotar a la Cooperativa de un local adecuado a sus crecientes

actividades: refacciones, ampliación del capital social, préstamos internos para financiar la compra de la esquina y un solar contiguo, hasta que finalmente se inicia la construcción del nuevo edificio.

Pero Don Abraham Pavé no alcanzó a verlo. Estuvo terminado hacia fines de 1942, y él dejó de existir el 30 de mayo de ese año. Su muerte fue un golpe para la Cooperativa y para el pueblo, y ambos lo honraron como se merecía.

El nuevo local se inauguró el 29 de noviembre de 1942, en un acto que fue un acontecimiento para Rivera. Fue presidido, por el entonces senador provincial Don Diego M. Argüello, representante oficial del gobierno de la Provincia, quien habló en nombre del gobernador Dr. Rodolfo Moreno, y asistieron delegaciones y autoridades de instituciones nacionales, provinciales y del Partido Adolfo Alsina (*). Ese acto y el edificio que consagraba señalaron una etapa esencial en la vida de *Granjeros Unidos*.

Hubo otras también, cuya importancia señalan las memorias respectivas aludiendo a tareas propias o a instituciones afines en la acción y en el propósito. Una de ellas es la creación de *Fomento Agrario Israelita Argentino*, de quien la Cooperativa señalaba en 1940 la significación de sus planes de colonización, que venían a dar forma a un viejo anhelo largamente acariciado por los colonos y sus hijos. Dábase cuenta entonces de una visita a Rivera del presidente y secretario de *Fomento Agrario*, señores Julio Levín y Salomón Slemenson, así como del auspicio que ella había hallado en la Cooperativa y en Rivera, y de la buena disposición existente para colaborar en su obra. Dos años más tarde se registraba los logros alcanzados, mencionándose la *Colonia Suburbana* adquirida en Gowland, entre Luján y Mercedes, y su división en pequeñas parcelas para granjeros seleccionados, así como otros aspectos de la

(*) En ese acto hicieron uso de la palabra además el Intendente de Carhué, Don Héctor de la Fuente; el director de la ICA, Ing. Simón Weill, el presidente de Granjeros Sr. Mauricio Kasakevich y el Sr. Victor Lapacó que en su condición de hijo de Rivera llevó además la representación de Fomento Agrario.

obra en curso, especialmente el otorgamiento de crédito para la instalación en las chacras de hijos de chacareros colonizados por la ICA.

Y año tras año subrayábase la simpatía y la colaboración que se prodigaban a *Fomento Agrario*.

Don Julio Levín no había sido el primer presidente de la entidad, pero sí el que más hizo por darle vida. Cuando en 1943 dejó de existir, el darle su, nombre a la colonia de Gowland fue un homenaje merecido y justiciero, que se renueva cada vez que hoy se escucha la denominación de colonia Julio Levín, vinculada por tantos motivos a la vida judía de Buenos Aires.

Hablábamos de iniciativas o jalones en la vida de *Granjeros Unidos*. Entre las primeras, hubo algunas que eran como un estribillo de su prédica; la necesidad de mantener el Fondo de Semilla, que había sido una de sus preocupaciones aún desde la época inicial y la de crear parvas de reserva, destacando de ambas, en 1943, que ellas habían contribuido a aliviar la situación tras la terrible sequía de 1942. Y en materia de jalones ninguno más importante en los últimos años que la creación del remate-feria de hacienda, instrumento económico que los socios aprecian, según proclama la memoria respectiva, en su verdadero valor. Ni más significativo que la creación de la sucursal en Colonia Lapín, que responde al es forzado empeño de los asociados lapinenses, sobre el que volveremos en el capítulo respectivo.

Hasta llegar al momento actual, señalado por el afán de responder a lo que es hoy una consiga del campo argentino: producir, producir cada vez más. En cumplimiento del llamado del Presidente Perón para producir más, precisamente, en 1953 se registraba que el área sembrada en la colonia era la mayor de toda su historia.

Lo cual era una buena manera de prepararse para la celebración de su primer medio siglo de vida.

XII

LA COOPERATIVA DE TAMBEROS, FOMENTO Y EMULACION

Fue un largo camino aquel que condujo a la creación de la Cooperativa de Tamberos *Barón Hirsch* y con ella a la erección de la primera quesería de Rivera: tenía un cuarto de siglo andado cuando la idea se concretó por fin. La colonia en pleno tardó en aprender que en la industria lechera iba a encontrar una buena alternativa para el cultivo de trigo, pero una vez que lo hubo aprendido no fue fácil ponerse a la tarea, porque ella implicaba una serie de supuestos, que no era posible resolver de la noche a la mañana.

Sabían ya que la ganadería debía ser uno de los rubros obligados en esa zona propicia para ella. Pero saberlo no bastaba, porque con las pequeñas chacras de que disponían no se podía hablar de ganadería extensiva sino de tambo, y para una razonable explotación tambera había que asegurar previamente la colocación de la producción. Descartado que el simple consumo de leche lo permitiera, la única alternativa era la elaboración de productos lácteos.

Lo paradójico fue que esto no se hiciera hasta veinticinco años más tarde, cuando había quien lo supo desde el comienzo mismo de la colonia. Suele achacarse a Don Arturo Bab una cierta falta de espíritu práctico. Pero era justamente Don Arturo Bab quien todavía en los días iniciales, criticaba el presupuesto asignado para la instalación de cada colono porque omitía la inclusión de una desnatadora, atribuyendo desde entonces a la incipiente industria

lechera la importancia que podía alcanzar para la diversificación de la tarea rural.

Sea como fuere, algo se hacía en Rivera en ese sentido. En los informes anuales de la ICA se registra que hacia 1922 la industria lechera, aunque aún en sus comienzos, ya arrojaba cifras no desdeñables. Señalaba la existencia de una cremería, perteneciente a un hijo de colono, además de 46 desnatadoras a mano en otras tantas chacras, que transformaban en crema más de un 60 por ciento de la producción de leche de toda la colonia.

Del capítulo de *Granjeros Unidos* hemos reservado expresamente para éste un grato antecedente, revelador de que, todavía en la etapa de sus primeros pasos, la cooperativa agrícola se preocupaba ya de preparar a los hijos de colonos para un aspecto tan importante de la economía de la chacra.

Tratábase de un curso de quesería, a dictarse en la sección respectiva de la estancia de Arano. La parte técnica estaba a cargo del Ing. Agrónomo John L. Horwitz, a la sazón administrador local de la ICA, que así mostraba también su inquietud por el mismo problema, y las demostraciones prácticas corrían por cuenta del quesero de la estancia.

Decir hoy *la quesería de Arano* no tiene eco sino para los más antiguos vecinos. Pero por aquella época los quesos de la estancia riverense tenían una fama que trascendía largamente la zona, y en días en que ello no le era fácil en general a la producción argentina, los quesos de Arano competían en los grandes negocios de Buenos Aires con los más afamados de los que entonces se importaban de Holanda o de Francia.

Rivera tenía, pues, un prestigio y una tradición queseros que iban a adquirir su valor cuando, concretada la idea de la quesería, se planteara el problema de colocar la producción y asegurar su calidad.

Las primeras tratativas para la creación de la quesería forman parte del historial de *Granjeros Unidos*, y asimismo las hemos

reservado para este capítulo porque son, cronológicamente, los pasos iniciales que más tarde conducen a la iniciativa de crearla bajo una organización distinta y autónoma. Tres veces aparece el terna de la fábrica de queso en las actas de Granjeros del año 1938, a veces en forma tan precisa como una resolución formal de construirla y otra, a comienzos de 1929, aprobando la compra de un terreno para ese objeto. Pero la discusión no fue simple, y estaba influida por la intención, que surge de ella, de crearla al margen de la Cooperativa agrícola. La última vez que aparece el tema de la quesería en sus actas es en 1931, ya en la víspera misma de la creación de la Cooperativa de Tamberos *Barón Hirsch*. Los caminos se separan, pero ese antecedente le permite a *Granjeros Unidos* proclamar con razón que la iniciativa original le pertenecía.

Fuera de quien fuera, lo cierto es que ya se había hecho carne en la colonia la necesidad de orientarse hacia el tambo, pero siempre que se asegurara la elaboración y colocación de los productos.

La reunión que constituye el primer antecedente directo de la Cooperativa de Tamberos se realizó, precisamente en el local de Granjeros Unidos, el 25 de junio de 1931 (*). En tal ocasión, los señores Marcos Traiber y Naón Schamsanovsky informaron sobre los propósitos existentes, analizando el problema de la producción lechera y su industrialización. La conclusión era que sólo podía encararse en forma conjunta, ya que ninguno estaba en condiciones de afrontar por sí solo la inversión necesaria para montar la fábrica requerida. En una palabra, proponían la creación de una cooperativa de tamberos.

Un la discusión consiguiente se trazaron las líneas de la labor futura, se eligió a quienes debían planearla y se resolvió dirigirse a la

(*) Estaban presentes los señores Isaac Dayán, Jaime Kapustiansky, John L. Horwitz, Saúl Pirotzky, Samuel Resnik, Naón Schamsanovsky, Abraham Schlapacoff, Bernardo Schumkler, Herman Strocovsky y Marcos Traiber. La comisión Iniciadora quedó constituida con los señores Jaime KapustianakY como presidente e Isaac Dayán como secretario. Este último, en unión de los señores Schlapacoff, Horwitz y Brodsky fueron designados para preparar un proyecto de estatutos.

Jewish Colonization Association para solicitar su apoyo moral y su ayuda material. El proceso de constitución de la entidad quedó completado el 23 de septiembre de 1931, integrándose el Consejo Directivo y dándosele el nombre del patrono de la Colonia, el mismo que había tenido la primera Cooperativa con que contó Rivera (*).

La ICA prestó la colaboración que se esperaba de ella, y ese fue en verdad un factor importante en el éxito de la iniciativa.

No era fácil conseguir el dinero necesario para llevarla a cabo. Había que construir el edificio, comprar las maquinarias y hacer otros gastos indispensables. La situación era muy difícil y había que empezar además por adquirir las vacas lecheras que habrían de proveer la materia prima, ya que la colonia estaba prácticamente sin hacienda, y los colonos no poseían fondos ni para una cosa ni para otra. Se gestionaron créditos ante el Banco de la Nación, pero los trámites no dieron resultado. Fue entonces que se acudió en procura de un crédito a la ICA, y ésta respondió. De los 50.000 pesos que se le pedían otorgó un crédito inicial de 30.000 con garantía prendaria, entregando la Cooperativa pagarés que sus socios firmaron por saldo de acciones suscriptas.

La ICA se hacía cargo de la dirección técnica y administrativa hasta tanto la Cooperativa cancelara su deuda con ella. Un año y medio transcurrió en gestiones y tratativas, pero finalmente el préstamo fue otorgado y el convenio suscripto, y un mes después, el 1° de abril de 1933, se firmó el contrato para la construcción del edificio, que estuvo termi-

(*) Integraron el primer Consejo Directivo de la Cooperativa de Tamberos Barón Hirsch Ltda. los señores Naón Schamsanovsky como Presidente, Jaime Kapustiansky como Vice, Abraham Schlapacoff como Secretario, Benjamin Rivkin como Tesorero. En calidad de concejales titulares Bernardo Schmukler, Rafael Ablin, Isaac Dayán. Como suplentes los Sres.: Samuel Resnik, Herman Strocovsky y Moisés Melman. Síndico titular Marcos Pereyra y suplente, Lázaro Melamed.

El 6 de junio de 1933, en efecto, el consejo directivo sesionaba en él por primera vez, como lo registra el acta en escuetas palabras no carentes de emoción, al hablar de esa primera reunión en el hogar propio.

La ICA tuvo una participación activa en la evolución de la quesería. Contrató un técnico que se había especializado en Europa, el señor Ricardo Forell, y durante años intervino en la dirección de la Cooperativa, primero a través de la presencia de su administrador local en el consejo y luego, cuando ejercía el cargo el Sr. Elías Saltiel, a través de la actuación de este como gerente ad-honorem y más tarde como auditor consejero, hasta fines del año 1950. Señálase unánimemente la estimable acción del Sr. Saltiel, y el valor que ella tuvo en la evolución de la quesería.

Las ventajas traídas por la Cooperativa de Tamberos y su quesería eran demasiado evidentes para que por mucho tiempo quedaran limitadas al establecimiento de Rivera.

Ello beneficiaba tan sólo a aquellos colonos que por su proximidad podían enviarle en el día su producción de leche, pero los más alejados debían entregarla a fábricas de los alrededores, donde se elaboraba el queso en forma rudimentaria, conspirando por una parte contra el precio, que casi nunca cobraban a su justo valor, y por otra contra el prestigio de los productos de la colonia, ya que los improvisados queseros le hacían así la competencia a la cooperativa con productos de calidad inferior.

Así fue cómo surgió la idea de crear una red de queserías en los distintos grupos de la colonia. Ella se concretó en ocasión del último viaje a Rivera del director general de la ICA en Europa, señor Luis Oungre, que en una visita especial a la Cooperativa, en el curso de la cual fue designado su presidente honorario, auspició la idea de iniciar la construcción de las fábricas subsidiarias, para la cual asimismo adelantó la ICA los créditos necesarios.

La primera se erigió en Delfín Huergo, siendo bautizada con el nombre de *Akivah Oettinger* e inaugurada el 23 de diciembre de

1942. La segunda correspondió a Colonia Lapin, y al procederse a su habilitación, el 10 de junio de 1944, fue designada *La Bertha* en memoria de la extinta esposa del Ing. Agr. Elías Saltiel. La tercera sucursal, *Barón Gninzburg*, en el grupo del mismo nombre, fue inaugurada el 2 de marzo de 1946, y finalmente la cuarta y última, *Tres Lagunas*, en el grupo Montefiore, se inauguró el 1° de mayo de 1949.

El proceso industrial en cada una de estas fábricas termina cuando el queso completa la etapa inicial e inicia el ciclo de maduración, esto es, cuando la leche, producto perecedero por definición, está a cubierto del riesgo de deterioro por la demora o la distancia.

La Cooperativa de Tamberos ha hecho cuestión de prestigio de la calidad de sus quesos, logrando acreditar sus marcas y conquistando significativos premios en exposiciones, entre los que exhibe con legítimo orgullo la medalla de oro que le fuera concedida en la que realizó la ICA con motivo de las fiestas del cincuentenario de la colonización judía.

* * *

Una de las más significativas tareas de la Cooperativa de Tamberos Barón Hirsch es la que ha emprendido para el mejoramiento de los planteles de vacas lecheras, con vistas a una mayor y mejor producción. Cuando iniciaron la Cooperativa sus propulsores debieron convencer a cada chacarero de la conveniencia de esa actividad, que era dura y poco rendidora. Las vacas con que contaban daban poca leche, y el precio era muy bajo. Por eso entendieron que su misión era ante todo de emulación, y una de sus preocupaciones fué comprar reproductores y vaquillonas puras por cruza, manejándose con el Shortorn lechero para alentar a los colonos con la doble perspectiva de carne y leche a un tiempo,

vendiendo toritos a precio de fomento, instalando una estación de monta y trabajando en toda forma por el refinamiento de las haciendas de la colonia. Más adelante reemplazaron el Shorthorn por Holando-Argentina, orientándose decididamente hacia el tambo integral, con esa raza que probó ser la mejor a ese propósito, para servir el cual ha creado asimismo un tambo modelo con ordeño mecánico y las más modernas instalaciones.

Para completar esta tarea se había gestionado reiteradamente ante el gobierno de la Provincia la instalación de una estación zootécnica de inseminación artificial. Estas gestiones han sido "coronadas por el más franco éxito", según se registra en la memoria de 1954, donde se destacan las ventajas de esa instalación, que complementada con un moderno laboratorio ha de proporcionar a los asociados considerables beneficios, permitiendo la formación de grandes familias de animales superiores o mejorados, facilitando un mejor control de las pariciones y eliminando el riesgo de enfermedades que conspiran contra la reproducción.

La Cooperativa de Tamberos atravesó una situación difícil después de la terrible sequía de 1952, que tan graves daños ocasionó a toda la colonia, incluso por la pérdida de clientes derivada de la interrupción de la continuidad de sus envíos, que facilitó la competencia ya promovida por otros factores. Pero se ha repuesto y prosigue su actividad ascendente, y ello mismo define la importancia del beneficio que representa para sus asociados, ya que la situación hubiera sido mucho más grave aún de no contar con la cooperativa como instrumento de defensa.

A ese respecto, todo lo que se dijo sobre la Fraternidad Agraria en el capítulo de Granjeros Unidos es válido y aplicable en el caso de la Cooperativa de Tamberos *Barón Hirsch Ltda.* Ella mantiene con la Fraternidad excelentes relaciones, destacando reiteradamente en sus memorias el valor de la colaboración que le presta.

LA COOPERATIVA AGROPECUARIA: UNA RESERVA PARA TIEMPOS DE EMERGENCIA

Hay en Rivera otra cooperativa, de trascendente significación, a la que incluimos en este capítulo, conjuntamente con la de Tamberos, porque tiene con ella una relación estrecha y porque de ella surgió en verdad, ya que parte de su origen fue la Sección Potreros de la *Barón Hirsch*, más tarde fusionada con la nueva entidad, aunque la iniciativa partió de *Granjeros Unidos*.

Su nombre es *Cooperativa Agropecuaria de Rivera Limitada*, y su finalidad la creación de reservas de pastoreo para épocas de emergencia, ya que la dura experiencia del pasado probó a los productores rivereños que la falta de estas reservas era fatal para la preservación de los planteles en épocas de sequía.

Fue fundada en 1946, bajo la presidencia del señor Salomón Schneider y presta a la colonia valiosos servicios, aunque por largo tiempo la falta de personería jurídica conspiró contra su desenvolvimiento, ya que interfería en las posibilidades de obtención de crédito, que debían ser suplidas por la gestión personal de sus dirigentes.

Además de su función de reserva de emergencia para épocas difíciles, que cumple no sólo con pastoreos naturales sino con siembra de forrajes, la Cooperativa Agropecuaria ejerce aún otra supletoria, ya que cierto número de sus socios, por carecer de superficie suficiente, compensan esa falta echando animales en los potreros de la Cooperativa cuando la situación los obliga a acogerse a esa posibilidad, que les permite ampliar la explotación de sus reducidas chacras al dedicarlas íntegramente a cultivo.

La Cooperativa Agropecuaria posee actualmente cerca de tres mil hectáreas, algunas adquiridas a la ICA y otras cedidas por la Cooperativa de Tamberos. Ha realizado grandes inversiones para poner los campos en condiciones de aprovechamiento, así como en equipos mecanizados para realizar una explotación racional de las partes cultivadas con forrajes. Hay consenso unánime en Rivera sobre la importancia de su misión y el papel que está llamada a desempeñar como reserva de emergencia para atenuar los daños de contingencias climáticas, tanto menos graves cuando más prevenido está el colono para afrontarlas.

XIII

LA ASISTENCIA MEDICA Y EL HOSPITAL DR. NOE YARCHO

Cuarenta años hacía que el Dr. Abel A. Sonnenberg llegara a Rivera, cuando el 28 de mayo de 1953 los vecinos del pueblo se sentaron a una vasta mesa en torno de él, para celebrar con un gran banquete su dilatada presencia en la colonia; su dedicación de cuatro décadas a la asistencia médica de los pobladores. Fue el último año de su actuación y de su vida. No muchos meses más tarde, dejando trunca la asistencia de un caso de apendicitis que atendió hasta horas antes de su propia muerte, el Dr. Sonnenberg dejaba de existir. Había llegado en 1913, joven médico egresado el año anterior, contratado por la Cooperativa Agrícola *Barón Hirsch* para asegurar la atención facultativa de los colonos, que estaba en trance de cesar porque el Dr. López Cabezas, a la sazón médico del pueblo, se marchaba de allí.

En la cronología de los médicos rivereños, hemos aludido ya al primero de todos, Don Israel Neistat, que con sus conocimientos de doctor de campo de las aldeas judías prestó a la colonia servicios inestimables. Lo hemos visto incluso afrontar una epidemia con felices resultados, y extender su acción bienhechora no sólo a los colonos judíos sino a todos los pobladores de la vasta y aislada zona en que era el único médico a su alcance.

El primer médico egresado de una universidad con que contó Rivera fue el Dr. Miguel Nurenberg, médico recibido en Rusia que actuó por breve tiempo en Rivera con autoriza-

don oficial, mientras su esposa Eudosia Rajat de Nuremberg ejercía su profesión de obstétrica. Hijos de ese matrimonio fueron dos hombres que en distintas esferas tuvieron actuación destacada en nuestro país: Rafael y Zacarías Nuremberg, brillante pianista el primero; ingeniero y hombre de empresa el segundo, fallecidos en 1954 en circunstancias cuya simultaneidad dio un carácter particularmente doloroso a esa doble pérdida.

El doctor Antonio López Cabezas, que reemplazó al doctor Nuremberg, fue el primer egresado de la Universidad argentina que llegó a Rivera. Colaboró con desinterés en una institución que en los albores mismos del pueblo, allá por 1910, aseguraba asistencia médica a los enfermos, conocida entonces por su nombre hebreo de *Bikur Jolim* (literalmente visita a los enfermos) clásico en el historial de la beneficencia judía, que ya mencionamos al aludir a las primeras instituciones del pueblo.

En un informe de aquel año, al registrarse la actividad de la *Bikur Jolim*, se revela que ella "es secundada por el médico local, Dr. López Cabezas, y por el farmacéutico Dr. Adolfo Sas, que le prestan su concurso por una suma casi insignificante".

El médico podía hacerlo, aunque ello no disminuye lo simpático de su actitud, porque tenía asegurado su sueldo, en verdad respetable para aquella época, de 465 pesos por mes que le pagaba la Cooperativa, sueldo que al llegar el Dr. Sonnemberg fue aumentado a 500 pesos.

Quienes recuerdan al Dr. López Cabezas de aquella lejana época expresan una opinión muy elogiosa sobre él, como médico y como persona. Pero el idioma era una dificultad entonces insalvable, ya que muchos colonos no hablaban todavía una palabra de castellano y no se entendían con el médico, lo que indujo a contratar a un profesional judío, que pudiera hablar en idisch con quienes requerían sus servicios.

Así vino a Rivera el doctor Sonnemberg, y nunca más se fué de allí. Rivera lo recuerda como un buen médico. Fué compañe-ro de

promoción de Enrique Finocchietto, que en el curso de una visita contó a algún rivereño que Sonnenberg había sido mejor alumno que él.

Cumplió conscientemente su misión de médico de campaña, preocupado de mantenerse al día en materia de conocimientos y progresos terapéuticos y aún tratando de aportar el fruto de su propia experiencia. En un artículo enviado por él a una revista médica (*) apenas dos años después de su llegada a Rivera, ya resumía la práctica acumulada en gran número de partos, anotando conclusiones que daban a ese trabajo el, carácter de un pequeño manual de medicina rural. Lo que para el caso interesa más de ese artículo es la observación que hace Sonnenberg del temperamento de los colonos judíos frente a las contingencias que requerían la intervención del médico: su inquietud por el cuidado de la salud, convertida en verdadera obsesión cuando de los hijos se trataba; y sobre todo su preocupación por la higiene, que hacían esfuerzos heroicos por preservar, en las condiciones más precarias y difíciles.

En los anales del Centro Cultural encontramos testimonios de conferencias de divulgación pronunciadas por el Dr. Sonnenberg sobre primeros auxilios, conceptos higiénicos y otras materias. Pero no se limitó a su profesión, y fue activa su participación en otros aspectos de la vida del pueblo. Actuó en política, se vinculó a iniciativas relacionadas con el progreso de Rivera, y en una tan significativa como la creación del ramal ferroviario directo a Carhué, que recién en 1929 conectó a Rivera con la cabeza del partido, él fue el presidente del Comité y aparece en primer plano en la foto que este libro recoge como documento gráfico de aquel acontecimiento.

El Dr. Sonnenberg no murió pobre. En un medio donde los que llegaron ricos se empobrecieron; donde otros médicos se iban con las manos vacías tras años y años de duro trabajo, él supo hacer rendir al suyo un fruto sin duda merecido pero en contraste con la precariedad de recursos que lo rodeaba.

(*) La Semana Médica, 30/9/1915.

Fue un buen médico, dedicado y consciente. Salvó muchas vidas, y el pueblo le honró con razón. Pero su temperamento y el estricto concepto que tenía de la retribución de sus servicios, representaron para muchos de los hogares atendidos por él un recuerdo bien distinto del que suscita la estampa clásica del médico rural, abnegado y pobre, ducho en prestar al enfermo la confortación espiritual que le es tan necesaria como la propia asistencia profesional.

A otro médico que dejó huella en Rivera ya le hemos rendido el homenaje que merecía, al registrar su presencia en una de las instituciones madres del pueblo: el Dr. Mauricio Lapacó.

Había llegado a Rivera siendo un niño, estudió en la escuela de la ICA, cursó su bachillerato en Bahía Blanca, y egresado en 1923 de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, dos años más tarde se instaló en su pueblo, en el que estuvo poco más de seis, pero donde fueron tantas las iniciativas que aportó, tan intensa su actividad profesional e intelectual, y tan grande su afán de elevar el nivel de la vida espiritual riverense, que aún se le recuerda, a casi un cuarto de siglo de su partida y a 16 años de su muerte, acaecida en un trágico accidente el 23 de febrero de 1939.

A Mauricio Lapacó se debía también la presencia en Rivera de otro médico que fue su compañero de curso y el pueblo recuerdo con afecto: el Dr. Benjamín Rivas Díez, cuya actuación profesional en la colonia Barón Hirsch fue el punto de partida de una destacada carrera universitaria, y de amistades cimentadas para toda la vida.

Es de estricta justicia mencionar en este capítulo a un hombre que por otros conceptos estuvo vinculado también a la vida de Rivera: el Dr. Ramón Rasquín, que fue intendente de Carhué y mucho más tarde, siendo Director General de Escuelas del gobernador Vergara, desarrolló una iniciativa a la que se debe, como hemos visto en el capítulo del Centro Cultural, la creación de la Escuela Provincial.

El Dr. Rasquin era médico, y más de un poblador recuerda las circunstancias en que tuvo que trasladarse a Carhué para requerir sus servicios. En plena madrugada el Dr. Rasquín montaba en sulky y hacía el penoso viaje de cinco horas para llegar hasta la cabecera de un enfermo. Debemos el relato de una de las intervenciones del Dr. Rasquin al hijo agradecido de un hombre a quien él salvó de la muerte, con una peritonitis avanzada. No fue el único caso, y tampoco fue el único en que el noble médico se negó a cobrar un centavo. Los rivereños de aquella época reverencian su recuerdo, y este trabajo cumple un deber elemental al prestar eco a ese homenaje.

No hemos de pretender agotar la nómina de los médicos que pasaron por Rivera, pero en lo posible evitaremos omisiones, y si ellas se cometen a pesar de todo no serán, naturalmente, deliberadas.

En el curso de los años actuaron o actúan aún en forma distinguida, en la asistencia médica de la población, además de los nombrados y de la doctora Krasting de Michel, que permaneció unos años en Rivera en la segunda década de la vida del pueblo, los doctores Oscar R. Trebino, Aarón Sas, Bernardo Simkín, Mauricio Glick, Fernando Weinstein, Schvarzberg, Igolnikoff, Salomón Kohan, Marcos y Marta P. del Veitz, Ernesto Waldman. Es de justicia destacar la actuación del Dr. Glick, que en casi veinte años como médico de Rivera desarrolló una intensa y meritoria labor facultativa, pareja a su aporte en iniciativas e instituciones de bien público.

Había una omisión, esa sí, que estábamos dispuestos a cometer deliberadamente, y una insistente presión amistosa nos ha disuadido de ello: la de doña Eva Metz de Verbítsky, que por varios años fue obstétrica de Rivera. Quizá quien más hizo por esta inclusión, sin proponérselo, fue el viejo vecino que le contó al autor de este trabajo cómo su madre al atender a una señora que dio a luz en un hogar pobrísimo, acudía día a día, llevándole las pocas ropas que podía apartar de su propia casa, donde ellas no sobaban; compotas que ella misma preparaba, y remedios que compraba en la farmacia de su propio bolsillo. Y que, naturalmente, no le cobró un centavo por su

asistencia profesional. Todos los médicos prestaron simultáneamente sus servicios en el Hospital Dr. Noé Yarcho, uno de los legítimos motivos de orgullo de Rivera, expresión típica de una obra de solidaridad social que se anticipó en muchos años a los tiempos que corren, y que simboliza bien el espíritu con que los pobladores de la colonia encaraban la vida colectiva. Pero esto es otra historia, y debemos remontarnos en el tiempo.

* * *

No es al azar que la base económica de la existencia del Hospital Yarcho estuviera cimentada en ambas etapas, primero en la Cooperativa Agrícola Barón Hirsch y luego en la de *Granjeros Unidos*. Ambas surgieron no como un mero instrumento económico sino de solidaridad social, como dijimos, y por eso no resulta extraño que tornaran entre sus funciones la de asegurar asistencia médica a la población. En los documentos de la Sociedad Sanitaria Dr. Noé Yarcho figura como fecha de fundación el año 1914. En realidad la iniciativa databa de antes, y había sido lanzada por el entonces presidente de la Cooperativa Don Moisés Cherny, concretándose no como una entidad autónoma sino como parte de la actividad de la *Barón Hirsch*, y en tal carácter Cherny aparece firmando recibos de aquella época. Pero la constitución formal de la entidad se realizó recién a comienzos de 1915. Cuando estaba en los prolegómenos, en una de tantas reuniones en que Don Aron Brodsky hacía grandes planes para el futuro hospital, Don Abraham Schlapacoff, que siempre tenía los pies sobre la tierra, le interrumpió:

—Muchos planes, muchos planes, pero ¿de dónde vamos a sacar la plata?

A lo que replicó Cherny.

—La juntaremos entre todos, y usted será el primero en hacerlo. Usted va a ser nuestro presidente.

Y así fue. Los ayudó una buena cosecha —la del año 1914, primera buena cosecha de la colonia— en poco tiempo juntaron lo que entonces era una cifra cuantiosa: 18.000 pesos, y en seis meses estaba construido el hospital, en un terreno que era parte de las dos hectáreas donadas al efecto por la ICA.

La primera comisión estaba integrada por los señores Abraham Schlapacoff como presidente, Jacobo Katoshinsky como vice, Bernardo Faure como secretario y Abraham Resnicoff como tesorero.

Se constituyó en el mes de febrero de 1915, surgida de luna asamblea que consagró también el nombre del Dr. Noé Parcho para la entidad y el hospital, en homenaje a la noble figura del hombre que había sido como un monumento vivo al médico de las colonias judías, mezcla de sabiduría y abnegación, de piedad y comprensión humana.

La inauguración del hospital fue un acontecimiento en el pueblo. Lo fue también para un niño de cinco años, que había venido de la mano de sus padres, y apreciaba la magnitud del suceso a través del número desusado de sulkys, de carros, de caballos con sus jinetes entrevistados a través de la polvareda que levantaban, dorada por el sol de la tarde, convirtiendo todo el espectáculo en algo irreal y mágico para su imaginación. En medio de la multitud, ya al cabo del acto inaugural, el chico se perdió, como se pierden los chicos en esas circunstancias en que salir de la vista de la madre equivale al más completo desamparo. Se ve a sí mismo llorando, perdidos va el encanto y la excitación de la fiesta, recogido en un sulky y transportado a su casa, distante no más de trescientos metros. Y guarda para siempre el recuerdo de esa tarde que quizá de otro modo no habría quedado en su memoria.

Para ese chico lejano, que es quien escribe estas líneas, Rivera fue siempre eso en el recuerdo: un tropel de carros y jinetes, y una

nube dorada prestando sutilmente su magia a algo tan típico de Rivera como la tierra de sus calles.

No reconoció la casa del hospital que había visto inaugurar casi cuarenta años atrás. Pero la polvareda que los charretes levantaban frente a *Granjeros Unidos*, esa sí tuvo la virtud de transportarlo a la época en que, con los cuadernos bajo el brazo, acudía a mostrarle a la señora Chaves sus primeros palotes.

Cinco años prestó el hospital durante la primera época, bajo la dirección del Dr. Sonnenberg, excelentes servicios. La población se acostumbró a disponer de él y el cierre fue un verdadero golpe para todos. Se produjo en 1920, hacia la misma época de la ruina de la Cooperativa, cuando toda la colonia se hallaba en situación desastrosa.

Durante un par de años nadie tuvo ánimo ni posibilidad para intentar revivirlo. Pero en 1924, existiendo ya *Granjeros Unidos*, una iniciativa que siendo individual convirtiéndose prontamente en empeño del pueblo entero, tendió a reabrir el hospital poniéndolo en las manos de la nueva Cooperativa.

Hemos tenido a la vista dos documentos sucesivos, dos petitorios, en el primero de los cuales se pide a *Granjeros Unidos* que asuma la dirección y la administración del hospital, y en, el segundo, con la firma de un centenar y medio de vecinos, se le confirma el encargo a título de fundadores del Hospital Doctor *Noé Yarcho*.

De acuerdo con ese mandato, la Cooperativa eligió a los señores Aarón Brodsky, Julio Goischen, Alejandro Javkin y José Steimberg para que junto con el delegado de Colonia Lapin, Sr. Osías Rosenberg, y Simje Dogatkin, como vecino del pueblo, se encargarán de la tarea directa de poner de nuevo en funcionamiento el hospital. Presidente de esa comisión fue el señor Brodsky y tesorero el señor Javkin, confirmados luego por la asamblea realizada el 24 de agosto de 1924 que fue el punto de partida de los ejercicios de la actual Sociedad Sanitaria Dr. *Noé Yarcho*. Ella proclamó una

carta orgánica que precisaba la vigencia del homenaje al Dr. Yarcho contenido en el nombre, y en la que entre otros principio se consagra uno tan significativo como el que contiene este párrafo:

"No se negará hospitalidad a un enfermo por razones de religión, filiación política, nacionalidad o raza".

Una asamblea posterior completó la comisión directiva agregando a los seis vecinos ya elegidos a los señores L. Slutzky, G. Safián, M. Juni y J. Merpert, y el hospital *Yarcho* inició su segunda época. Fue reinaugurado el 2 de noviembre de 1924, y en sucesivas etapas se independizó de *Granjeros Unidos*, cuyos dirigentes consideraron que ya podía manejarse por su cuenta; aprobó con fecha 13 de febrero de 1929 el reglamento por el que se rige, modificado en ocasiones posteriores para mejorar los servicios o adaptarlos a las circunstancias; logró el 19 de junio de 1941, la aprobación del gobierno de la Provincia así como subsidios para costear parte de su obra e inauguró un nuevo pabellón de cirugía y rayos X que vino a cumplir una función esencial en el establecimiento, lograda por una estimable acción colectiva de recaudación de fondos, presidida por un comité a cuya cabeza se hallaba el señor León Slutzky.

En 1945, tras la resolución de una asamblea extraordinaria, los servicios experimentaron una completa reorganización, entre la que se contó una interesante conquista para los beneficiarios del servicio médico: la posibilidad de disfrutarlo a elección, en el consultorio de los facultativos, sin perjuicio, naturalmente, de las guardias y los servicios públicos que se prestan en el propio hospital. Como se había hecho en épocas anteriores, la dirección del hospital era rotatoria entre los distintos médicos, y a título ad honorem. Este año cumplirá el hospital Dr. *Noé Yarcho*, 40 años de existencia, y 30 de ejercicio ininterrumpido la Sociedad Sanitaria. En el Año del Libertador, en que este ejercicio cumplía un cuarto de siglo, bien podían su presidente y secretario, pon Antonio Lapacó y Don Aarón Resnicoff, suscribir una relación orgullosa y optimista sobre el camino recorrido y las perspectivas, que en el lustro transcurrido luego se confirmaron con una efectiva labor, continuada en el

ejercicio actual bajo la presidencia de Don José Dujovne. Bien puede decirse y se dirá, en estas fechas en que han de solemnizarse los jalones en la existencia del Hospital, que su historial ha hecho honor al nombre y al recuerdo de su ilustre patrono. Lo que no es poco decir.

XIV

LAS INSTITUCIONES DEPORTIVAS

Si algún pueblo puede proclamar con orgullo sus actividades en el deporte, puesto que son correlativas de una tarea cultural casi sin paralelo en un pueblo de su volumen, este es Rivera. El precepto latino que postula un cuerpo sano para una mente sana, halla expresión en instituciones deportivas que completan el panorama de una población cultivando al par las actividades atléticas y las del espíritu.

De estas instituciones, alguna cuenta ya más de 30 años y otra apenas un lustro. Pero a todas las anima idéntico afán de realizar una obra de prestigio para Rivera, tanto en la práctica de los deportes mismos como en la simple afición deportiva, que se complace en ver triunfar —o perder en buena ley, porque el deporte es eso— a los jugadores del pueblo, en amistosas competencias con los representantes de localidades hermanas.

CLUB ATLETICO PACIFICO RIVERA

Inicialmente el Club Atlético Pacífico Rivera era exclusivo para ferroviarios, como tal se fundó, en una asamblea realizada el 19 de Noviembre de 1922 en una dependencia de la estación (*), y como tal desarrollaba sus actividades deportivas, que casi no admitían el

(*) La primera comisión surgida de esa asamblea estaba integrada así: Presidente, Justino Alvarez; Vice, Carlos R. Cané; Secretario, Enrique Cané; Pro-secretario, Gabriel Ortiz; Tesorero, Jorge Hering; Pro-tesorero, Arturo Poretti; Vocales, Juan Cancina, Ramón Stanislavsky, Colin Jobson, Alejandro Repossi, Pascual Serini; Vocales suplentes; Lázaro Dick, Fablo Dick, Gregorio M. Beloqui, José Pech y Enrique Crosetti.

plural porque en verdad no se trataba sino de una: de jugar al tenis.

Con el tiempo se abrieron las puertas a no ferroviarios y se introdujo la práctica de otros deportes, incluso fútbol, pero hacia 1930 ésta se interrumpió por razones que además de un sentido económico tenían un motivo de solidaridad, ya que entre las causales de su supresión se menciona, en documentos del Club, la presencia en el pueblo de otra institución que lo practicaba.

Pero en la época inicial el criterio era no admitir a los no ferroviarios, aunque bien pronto se suscitaron discusiones que abrieron grietas en la exclusión. No podía permanecer mucho tiempo, en el afanoso clima de sociabilidad de Rivera, un club de grato ambiente como el Pacífico, cerrado a la demanda de admisión de los que no trabajan en el ferrocarril. Poco más de dos años después de la creación, el 19 de enero de 1925, entró en vigencia la modificación de los estatutos que abría el acceso a los no ferroviarios, aunque con señaladas limitaciones: tenían el carácter de adherentes; no podían enviar a la asamblea sino una delegación de diez personas, y sólo dos podían integrar la comisión. Recién muchos años más tarde esta limitación fue levantada, y los no ferroviarios ya pudieron ser socios de pleno derecho, con voz y voto y acceso ilimitado a la comisión directiva, aunque se reservaba la presidencia y la vicepresidencia para miembros del personal del Ferrocarril, que ya no era el Pacífico sino el Oeste, hoy F.C.N.D.F. Sarmiento (*).

(*) En años sucesivos fueron presidentes: Justino Alvarez desde 1922 a 1929; Quinto Ghizzi desde 1929 a 1932; M. Hoper en ese año; Manuel Valle de 1930 a 1936; Pedro Rosal en ese mismo año; Cayetano Gianattasio en el siguiente; Fortunato Bilbao desde 1938 a 1940 y José L. Acevedo de 1940 a 1956; y secretarios: Ramón Stanislavsky en 1922-23; Pascual Serini en 1923-24; Alejandro Repposi desde 1924 a 1929; A. Dikerman desde 1929 a 1933; Julio Bergami de 1933 a 1936; Angel Borquetti en ese año; Marcelo Casquetti de 1937 a 1989; Isidoro García en ese año y parte del siguiente, en que fue reemplazado por Mariano Sanz; Julio Berthole y Francisco Ferrarla en 1941-42; E. Orsi y Francisco Forraris en 1942-43; Lindolfo Alvarez en 1943-44; Macarlo Custodio en 1944-45; Clemente Airoldi en 1945-56; Julio Lugones desde 1946 a 1949; Francisco Mompel desde 1949 a 1952 y Pedro García de 1952 a 1955.

Por mucho tiempo, el tenis fue no sólo la actividad principal del Club Pacifico sino la que le dio mayor prestigio. El equipo de tenis tuvo jugadores de calidad, entre los que se contaban figuras tan recordadas en el pueblo como Don Bernardo Parre y el Dr. Benjamín Rivas Diez, y otros como Mariano Sans y Raúl Ordoñez, que llegaron a clasificarse vice-campeones de la Provincia de Buenos Aires. Esos cuadros disputaron torneos con los de Catrilló, Saliqueló, Coronel Suarez, Puán, Santa liosa, Bahía Blanca y otros, con resultados de los que dan cuenta las vitrinas repletas de trofeos que exhibe orgullosamente la institución.

En época más reciente tomó gran auge otro deporte, el basquetbol, que se convirtió a su vez en el proveedor de trofeos para las vitrinas del club, con la actuación de su actual equipo, consagrado en corto tiempo como uno de los mejores de toda la zona.

El juego de bochas, que tiene numerosos y entusiastas cultores; el arbolado y decoración de los jardines, con juegos infantiles que lo hacen acogedor para los niños; y una gran pista de baile, que unida a las nuevas instalaciones dan al Club Pacífico motivos de atracción inconfundibles, señalan el momento actual de la institución, de prosperidad y de prestigio, a los que no es ajena, por cierto, la dilatada actuación de su presidente, Don José L. Acevedo, que en ocasión del 30° aniversario del Club recibió una medalla de oro y un pergamino, como "reconocimiento a sus veinte años de labor consecutiva".

CLUB DEPORTIVO RIVERA

Como todas las obras perdurables, el *Club Deportivo Rivera* tuvo comienzos muy modestos, y el mismo punto de partida es una reunión en una pieza situada debajo del tanque de agua en los terrenos del ferrocarril. Se trataba de fundar un Club de Fútbol, ni más ni menos. Los entusiastas jóvenes a quienes animaba ese propósito contaron con el auspicio de expectables figuras del pueblo,

que en el primer libro del Club aparecen firmando como fundadores (*)

El primer presidente del Club fue el Dr. Mauricio Lapacó, que al año siguiente ya se marchó del pueblo, y el segundo el Dr. Aarón Sas.

Solicitaron a la ICA un terreno de 33.000 metros cuadrados, que les fue cedido en arriendo simbólico, a 1 peso por año, alambrándolo y dotándolo de los elementos indispensables para convertirlo en cancha de fútbol, incluso una casilla.

Desde 1935 se sucedieron en la presidencia de la entidad hombres que, con mayor o menor impulso (**), rigieron su vida hasta el momento en que llegan a la dirección del Club el presidente Domingo Fernández, el secretario Horacio Guilleron y el tesorero Isidro Regalado, en que se inicia una época de renovada actividad, de la que fueron fruto diversas obras realizadas hasta el presente. Entre ellas se cuentan la pista de ciclismo, con su alambrada y sus inclinaciones en las cabeceras, en las que se realizan competencias con corredores de Bahía Blanca, Pico, Bolívar, Puán, Carhué; la portada de acceso, con dos boleterías, que representó un esfuerzo en el que debe rendirse homenaje a quienes realizaron el trabajo sin cobrar un centavo, sacrificando jornales y descansos; el arbolado del campo, para preservarlo de los fuertes vientos; más tarde los bancos

(*) Son los siguientes señores: Juan Cejpek; Juan Góvanini ; Emilio Alesker; M. Sas ; J. Recagno; J. Fidalgo; Simón Rasnicoff; G. Moldavsky; Mauricio Lapacó; Enrique Díaz; S. Drucaroff; S. Luchinsky; J. Spollansky; J. Sirkin; D. Visnivetzky; Raúl Esevich; Pedro M. Gill ; Abraham Fisquin.

(**) He aquí la lista de presidentes y secretarios desde 1935 a la fecha: 1935, J. Cejpek y M. Sas; 1936, M. Quevedo y J. Agoff; 1937, B. Bourghetti y J. Agoff; 1938, J. A. Moscosso y J. Lugones; 1939, J. Lugones y J. Scherdpinger; 1942, J. Lugones y J. D. Castro; 1943, F. Imperatori y M. Custodio; 1944, J. Lugones y M. Custodio; 1945, M. Custodio y B. Guilleron; 1946, M. Custodio y L. Seltrenry 1947, M. Custodio y P. Phoff ; 1948, P. Phoff y C. Villa ; 1949, D. Fernández y H. Gaito; 1950, D. Fernández y B. Guilleron que permanecen en el cargo, sucesivamente reelectos, hasta el momento de escribirse estas líneas.

de cemento, que atendieron a un elemental reclamo de comodidad del público.

Las plantaciones representaban una imperiosa exigencia de agua, lo que a su vez requería un trabajo de envergadura, que fue costeado en etapas con la contribución de la Asociación de Residentes Rivereños de Buenos Aires: el molino y su instalación, y luego un tanque de agua de cemento con capacidad para 75.000 litros.

Otra obra de aliento al parque de significación patriótica, fue la erección de un mástil para izar la bandera argentina en el campo de deportes, que alcanzó la relevancia a que sus promotores aspiraban. En su base fue colocada una placa con la efigie de la señora Eva Perón, a la que se rindió, en ocasión de inaugurarla, condigno homenaje. Cuando, tras veinticinco años de ocupar el terreno, los dirigentes del Club Deportivo Rivera lograron adquirirlo (en una decidida acción en la que movilizaron la solidaridad de todos con festivales, bonos de contribución y donaciones, y en la que colaboró asimismo la ICA cediéndolo a un precio muy por debajo de su valor) enfrentáronse con una etapa que será decisiva en la vida de la institución: la construcción de la casa propia. Todo ello sin desmedro de la actuación puramente deportiva del equipo de fútbol, que en campeonatos regionales y en competencias amistosas pone bien alto el nombre del deporte rivereño, con un historial que más de 70 trofeos documentan elocuentemente.

TIRO FEDERAL ARGENTINO DE RIVERA

La idea de crear en Rivera el polígono del Tiro Federal Argentino corresponde a uno de los hombres que más han hecho en el país por esa actividad, el general Adolfo Arana, que era a la sazón Director General de Tiro y Gimnasia del Ejército. Pero no es menos cierto que quienes la recogieron en Rivera se afanaron por llevarla a

la práctica, y confían en que dado lo avanzado de su realización, no han de tardar en exhibir ante el pueblo el fruto de esos desvelos.

Para darle forma práctica se creó el 14 de noviembre de 1940 la entidad local, que el 23 de julio de 1943 obtuvo su personería jurídica (*). Debe destacarse la decidida colaboración de la ICA, que fue quien recogió en primer término la iniciativa del general Arana, y luego cedió al Tiro Federal Argentino riverense una quinta con casa a título de donación, vendiéndole otra quinta lindera, asimismo con un edificio a un precio notoriamente inferior a su valor. El conjunto del terreno, embellecido con arboledas de pinos y eucaliptus, ofrece un grato espectáculo al visitante.

Diversos factores demoraron la iniciación de las obras, que se realizan según los planes preparados por la ex Dirección General de Tiro y Gimnasia, hoy reemplazada por el Comando General de Regiones Militares, e importarán un Costo de más de medio millón de pesos. Pero en los dos años últimos se lograron subsidios por valor de 70.000 a 90.000 pesos, y ahora la tarea se halla en camino de completarse. La galería de tiro proyectada tiene 52 metros de frente, construida en un bello estilo colonial, con todas las dependencias necesarias, depósitos, servicios sanitarios, etc.

El Tiro Federal Argentino de Rivera está puesto bajo la advocación del presidente de la República, general Juan Perón, a quien se proclamó su presidente honorario, y cuyos conceptos sobre la escuela de civismo y de conducta que son los tiros federales sirve de norte a los promotores de esta patriótica iniciativa.

(*) La primera comisión organizadora estaba integrada así: Presidente, Sargento 1º, S. R. Silvestre Farías; Vice, Delegado Municipal Juan Cejpek; Secretario, Juan Recagno; Pro-secretario, escribano Jaime Schargrodsky; Vocales, Subcomisario Tomás A. Martínez, Dr. Mauricio Glik y Pedro Ibarra.

Actualmente integran la comisión los siguientes señores: Presidente, Juan Cejpek; Vice, Mauricio Glik; Secretario, Gregorio Barindorf; Pro-secretario, Valentín Goldin; Tesorero, Ildefonso Lobato; Vocales, Antonio Lapaco, Abraham Ratuschny, Mauricio Kaplún, Jacobo Resnicoff, Alejandro Abraskin, Mariano Sanz, Carlos A. Mazza, Samuel Karabelnicoff, Isaac Bloon; Síndico, Isaac Sriro.

CIRCULO DE AJEDREZ ROBERTO GRAU

El ajedrez goza de gran predicamento en Rivera, donde un grupo de aficionados de buena fuerza cultiva el juego-ciencia, según hemos visto ya en otro capítulo, con entusiasmo y dedicación.

Dependiente del Centro Cultural Israelita, aunque con fisonomía propia, funciona un Círculo de Ajedrez que lleva el nombre de aquel gran ajedrecista argentino y noble espíritu que se llamó Roberto Grau.

En los últimos años el equipo de ajedrez de Rivera acreditó buenos valores, consagrándose en primer plano en toda la zona. Intervino en cinco torneos regionales realizados en Trenque Lauquen, además de otros disputados en la misma Rivera, en Bahía Blanca, Coronel Suárez, etc., con la participación de primeros equipos de las localidades mencionadas y de Eva Perón, Mar del Plata, Santa Rosa, 9 de Julio, Olavarría, Mercedes, General Pico, Río Negro, Azul, Necochea, Coronel Pringles, etc., y obteniendo en todos ellos colocaciones honrosísimas.

Integran el equipo Alfredo Lewkowitz, Guillermo Pirotzky, Jacobo Leimsieder, Julio Schamsanovsky, Samuel Karabelnicoff, Wolf Lewkowitz, León Povolotzky, Israel Dorenstein y Mario Pirotzky. Alfredo Lewkowitz actuó siempre como primer tablero, ganando cuatro veces, de siete torneos realizados, el campeonato individual.

Hace muchos años representó a Rivera alguien que prometía ser una figura excepcional en el ajedrez argentino: Rodolfo Dimentstein, esperanza truncada por la muerte en su primera juventud, no sólo para el ajedrez sino para la medicina, en la que iniciaba una brillante carrera.

CLUB ATLETICO INDEPENDIENTE

El Club Atlético Independiente tiene sólo cinco años de existencia pero grandes aspiraciones, y en el breve camino recorrido desde su iniciación puede exhibir ya una ejecutoria que traduce una realidad auspiciosa y promete mucho para el futuro.

La reunión inicial se llevó a cabo en el salón del Centro Cultural Israelita, el 27 de febrero de 1949, y ante una concurrencia que había acudido de Rivera y de sus alrededores se destacó el propósito de "crear una institución tendiente a fomentar el deporte y llegar a ser con el tiempo un club amplio y de gran beneficio para la juventud rivereña". Y ese enunciado teórico complementábase con la enumeración concreta de lo que se pensaba realizar: fútbol, basquetbol, tenis, ciclismo, campo de deportes para niños y un definido plan de amistosa vinculación deportiva con las localidades vecinas.

De esa asamblea surgieron la primera comisión directiva de la entidad (*), su nombre de Club Atlético Independiente y la divisa que sus equipos defienden en justas deportivas.

Contaron con el decidido auspicio de la población, y en sucesivos ejercicios se concretó el saldo de ese apoyo popular y de la eficacia con que la comisión lo canalizaba: campo de deportes, cancha de baby-fútbol, vestuarios y baños, y un caudal de socios al que en momentos de editarse este libro faltaba poco para llegar a los quinientos.

(*) Estaba integrada así: Presidente, Pedro Montaña y José Fernández; Vice, Aldo Miglioresi; Secretario, Juan Archabanco; Pro-secretario, Gregorio Delgado; Tesorero, Juan Baltiani; Protesorero, Angel Sanghi; Vocales, José Acevedo, Antonio Castiñeira, José Bantrog, Julio Lugones, Victorio Merigge, Ruperto Vivas, Gregorio Korobka, Pedro Timoschenco.

En años sucesivos ocuparon la presidencia Pedro García desde 1950 a 1954 sucediéndolo Gregorio Delgado que la desempeña en la actualidad; y la secretaría Gregorio Delgado desde 1950 a 1952; Joaquín López al año siguiente, Gregorio Delgado en 1953-54 y Juan Vita desde ese año hasta la fecha.

Y un proyecto que ha de hallar eco propicio en los sentimientos patrióticos de los asociados y de toda la población: la erección de un mástil "para hacer flamear bien alto nuestra, bandera argentina, y cobijada por ella la nuestra verde y granate", como dicen con sus propias palabras quienes nos brindaron testimonios de esta simpática empresa del deporte riverense.

XV

COLONIA LAPIN, UNA OBRA DE LA SOLIDARIDAD.

Ver Colonia Lapin es como remontarse en el tiempo y creerse transportado a lo que uno puede imaginar era Rivera casi cincuenta años atrás, cuando empezaba a surgir como pueblo. Con una diferencia esencial, fruto de los tiempos: que este escueto par de casas es el centro de una colonia próspera, y su fisonomía, que no alcanza a ser la de una agrupación urbana, responde a la realidad de Lapin, ya que lo que es indispensable a la vida de los colonos no falta allí.

Granjeros Unidos con su sucursal y la Cooperativa de Carnicería proveen a las necesidades del consumo; hay una escuela a la que concurren los niños de todo el contorno y una sala de primeros auxilios, a la que llega el médico dos veces por semana; y hay algo que es lo más característico y querido del pueblo: la *Biblioteca Juventud Popular Israelita*, que junto al *Centro Cultural*, con su salón propicio a funciones teatrales y cinematográficas, conferencias y otras expresiones espirituales, representan el afán de cultura de una población para la que ella fue siempre tan importante como la subsistencia misma.

Al viajero que ya está un poco al tanto de la historia de Lapin, cuando llega tras el indecible traqueteo por el largo y accidentado camino que conduce hasta allí desde Rivera, le impresiona un detalle que es quizá lo primero que salta a la vista: la Biblioteca —una de las cuatro o cinco casas que componen todo el conjunto— proclama en su frontis que fue fundada en 1919. Y como el viajero sabe que ese

es justamente el año de creación de la colonia, de ese simple hecho surge una comprobación impresionante: la biblioteca fue lo primero que existió en el pueblo, aún antes que el pueblo mismo. Y los pobladores no tardan en confirmarlo: todavía no había edificio alguno, pero ya funcionaba la biblioteca en una carpa y concentraba una incipiente actividad cultural, que comenzó por basarse en la lectura de los pocos libros que pudo agenciarse, pero pronto se extendió a discusiones literarias, representaciones filodramáticas y otras incursiones modestas pero entusiastas en actividades del espíritu.

Impensadamente, pues, la primera impresión de Lapin lo retrotrae a uno a aquel año 1919 en que la colonia inició su vida.

La historia es bien sabida, pero el que la recoge tiene el deber de repetirla, así sea incurriendo en redundancia. Hacía diez años que los pobladores del lote 22 de Narcisse Leven, en Bernasconi, habían llegado a esa colonia.

Hacía diez años que cultivaban la tierra, y en todos ellos no habían obtenido una sola cosecha. Aun cuidándose de expresiones melodramáticas, no hay otra palabra que hambre para pintar la extrema indigencia de aquellos colonos. Hambre y sed, porque la tragedia de la colonia era justamente la falta de agua.

Hay relatos increíbles, de pobladores o sus hijos que acudían a una legua y media a buscar agua para beber, y a quienes más de una vez se les volcaba por el camino.

Los vio pasar hambre, precisamente, el hombre a quien debieron su salvación; a quien luego honraron como patrono de su nueva colonia: Eusebio Lapin. Corresponde que lo haga también este capítulo, ya que está dedicado al grupo que lleva su nombre.

Eusebio Lapin había nacido en Rusia en 1859 (He aquí una buena oportunidad para los lapinenses: dentro de cuatro años se cumple el centenario de su nacimiento); se recibió de ingeniero agrónomo y llegó a la Argentina en 1893, contratado por el Barón de

Hirsch para inspeccionar las tierras que le ofrecían en venta, y luego, cuando las compras se suspendieron, se le dio en la ICA un trabajo administrativo. Fue administrador en Mauricio y luego en Entre Ríos. En el año 1915 ya estaba jubilado, pero volvió al servicio en funciones de inspección, y llegó a ser co-director. Su hijo murió en un accidente, y esa tragedia ensombreció su vida. Se retiró, viajó a París, volvió a la Argentina, y dejó de existir en 1933.

Había llegado a Narcisse Leven en el curso de una de sus visitas de inspección, y su informe fue lapidario: "Si con lo que llevan excavado todavía no hallaron agua, dijo, es inútil insistir y lo mejor que puede hacerse es sacarlos de aquí".

Así lo aconsejó, y a poco se inició el traslado, primero con ocho familias, luego otras hasta completar veinte, y veinte más antes de haber transcurrido el año: en 1920 el traslado estaba completo.

La ICA denominó a ese grupo Philipson N° III y así figura en sus documentos hasta el día de hoy. Pero cuando uno de los pobladores sugirió el nombre sus compañeros no dudaron un instante, y ya la colonia se llamó Lapin para siempre. Fue Shaie Slavovic, y lo lanzó en la reunión en que fundaron la Biblioteca y discutían su nombre, el 19 de octubre de 1919.

Slavovic, que ya era un hombre anciano (su hijo resultó electo tesorero en esa reunión) dijo con voz a la que el silencio de los circunstantes prestó más firmeza:

—La llamaremos Biblioteca Juventud Popular Israelita de Colonia Lapin.

La sugestión fue aceptada por aclamación, con la expresa constancia del reconocimiento a su autor, gracias al cual tenían a la vez el nombre para la biblioteca y para la colonia.

En la misma reunión fue designada la comisión directiva (*) que inició su tarea pensando de inmediato en reemplazar la carpa por

un techo más sólido, conseguir libros, impulsar en toda forma la actividad.

Esta actividad tuvo distintas formas, pero en años sucesivos la más característica fue la que desarrolló el elenco teatral de aficionados, que así como lo habían hecho los de Rivera acudieron al vasto repertorio de Gordin, el gran proveedor de obras judías al gusto de la época y de los colonos.

Israel Pecker, peluquero de Rivera, fue su maestro y director. El los asesoró, les organizó el elenco, puso la obra en escena. Era una pieza de Gordin cuya traducción aproximada sería *Dora la Vanidosa*, y con la función consiguiente pensaban costear los primeros gastos de la biblioteca.

Claro que una función teatral requería un local, y no lo tenían. Pero esa no fue una dificultad insalvable. Armaron un salón provisorio con materiales que cada uno prestó de los que estaba utilizando en construir su casa, previa precaución de marcarlos para llevárselos de vuelta. Completaron, la precaria construcción con carros gallineros y con lonas improvisaron un techo y taparon los huecos. Les llovió, naturalmente, pero no se arredraron. Saltando entre charcos el espectáculo se hizo igual, fue un éxito, y el baile que lo siguió completó la fiesta a satisfacción de todos. De esa fiesta salieron los primeros fondos para libros. Así como de muchas fiestas sucesivas —y contribuciones u otras formas de solidaridad— fueron saliendo una tras otra las demás obras de bien colectivo erigidas en colonia Lapin. No se trataba sólo de beneficencia sino de cultura, y hay citas que son bien elocuentes: en los primeros 25 años de la vida de Lapin se registró la representación de 135 piezas teatrales y no menos de 100 veladas literarias.

Hubo un momento en que las actividades culturales de la Biblioteca excedían no solo el nombre sino el volumen de la

(*) Quedó integrada así Secretario, Isaac Grossman; tesorero, Osher Slavovic; vocales Mauricio Marcovich, Abraham Goldberg, Ramón Roitberg, Elías Umansky y León Matzkin, estos dos últimos de Philipson N° 2.

institución, que a justo título aspiraba a más. Así fue cómo surgió el Centro Cultural de Lapin, que a poco tuvo su edificio propio, dotado de un salón que fue inaugurado el 23 de junio de 1946, y que hoy es el cine de la colonia, aparte de todos los otros destinos que se le adjudican.

Por años fue presidente del Centro Cultural el señor Isaac Greis, uno de los hombres más activos de la colonia, y actualmente desempeña ese cargo el señor Samuel Jinkis.

Pero esto ya es historia de hoy. Y faltaba mencionar el honroso historial de la Biblioteca Popular, que fue la que promovió la visita a Lapin de algunas de las figuras literarias más ilustres que pisaron Rivera y llegaron hasta esta colonia, entre ellos Péretz Hirschbein, Nomberg, Orenstein, Onoiji y muchos otros.

Imbuidos de aquella tradición de fiestas benéficas los lapinenses de Buenos Aires hicieron, muchos años más tarde, un gran festival cuyo producido fué a aumentar los recursos para la sala de primeros auxilios, que una benemérita Sociedad de Beneficencia mantiene en Lapin, como se dijo, para asegurar asistencia médica a la colonia.

También habíamos mencionado la sucursal de *Granjeros Unidos* y la quesería de la *Barón Hirsch*. La primera fue el fruto de una larga gestión a la que la cooperativa accedió finalmente. Hay un petitorio presentado en 1941 con la firma de todos los vecinos de Lapin, que refuerza esa gestión y hace mérito del sacrificio que representaba para ellos cubrir la larga distancia hasta Rivera. También en las actas de Granjeros figura ese argumento, que terminó por hacerse camino, construyéndose la sucursal e inaugurándose en 1946. Más tarde se agregó una conquista de gran valor: el teléfono directo de Granjeros a su sucursal, que terminó con el aislamiento impuesto por la distancia.

Igualmente válido era el argumento de la distancia para los tamberos que no podían enviar su producción a la quesería de Rivera. Hemos visto en el capítulo respectivo que ese problema fue resuelto con la construcción de la filial La Bertha, inaugurada el 10 de junio de 1944.

Pero tanto en un aspecto como en otro, lo que importa destacar es el valor que tuvo en Lapin el cooperativismo como elemento esencial de afianzamiento de la colonia y de progreso económico de sus pobladores.

Colonia Lapin ofrece el ejemplo de un interesante experimento nuevo de tipo cooperativo, cuya característica es la utilización conjunta del tractor y otras maquinarias y la consiguiente colectivización de las tareas de siembra y cosecha en las chacras así reunidas.

Dos conjuntos de estos se han integrado, con resultados que la breve experiencia recogida hasta ahora muestran ser satisfactorios. En uno de los casos lo iniciaron cinco colonos, reuniendo entre todos, de sus respectivas chacras, 700 hectáreas, y comprando conjuntamente el tractor que se aplicó a la tarea de trabajarlas. Cada uno aporta una determinada extensión de hectáreas y recibe de cosecha la cantidad que le corresponde a prorrato.

El otro conjunto se integró con siete colonos, y su particularidad fue que en este caso se avanzó un poco más. Alentados por el éxito, cinco de sus integrantes reunieron también sus planteles de hacienda, con lo que ya realizan en común no sólo las siembras y cosechas sino una explotación agropecuaria que aspira a ser integralmente colectiva.

Pero aún al margen del éxito de este aspecto novedoso, Colonia Lapin disfruta hoy de una prosperidad que ya hubiera querido para sí Rivera en las duras épocas en que sus pobladores luchaban contra toda suerte de factores adversos. Es cierto que muchos de sus hijos se fueron a la ciudad, porque la chacra no daba para que comieran

todos. Pero siempre quedaba alguno de la familia, y ese fue el que salió adelante.

El espectador que quiere fijar en símbolos un aspecto de esa prosperidad encuentra uno, circunstancial pero elocuente. Es la visión de una joven llegando, en el carrito que maneja ella misma, a hacer sus compras en la sucursal Lapin de la Cooperativa. Es bonita, pero no hay duda que realza su belleza el elegante atuendo, que no desmerecería en Mar del Plata. Pantalones negros, elegante blusita, fino chaleco de lana, pañuelo de seda cubriendo el cabello, zapatos.

El viajero recuerda, de fotos o relatos, la estampa de la mujer o la hija del chacarero de los primeros años de Rivera, y no puede menos que compararla con esta grata figura, tanto más graciosa en contraste con el tosco vehículo que maneja maniobrando hábilmente con los caballos. Admitamos que en parte se trate de una cuestión de usos o de época; pero más que eso es una verdadera definición de lo que va de ayer a hoy, desde la lucha tan ardua y tantas veces estéril del chacarero de los primeros días —valga el propio antecedente de esta colonia en su punto de partida de Narcisse Leven— y el esfuerzo inteligente y bien remunerado de los que permanecieron en la tierra hasta que ella cedió a sus requerimientos.

LAS OTRAS COLONIAS

De los distintos grupos o colonias que integran la zona de Rivera, algunos han perdido toda significación divisoria y la denominación sólo conserva un valor por así decir histórico. Tal el caso de *Boyedárovka*, a la que la ICA llamaba grupo Barón Hirsch, o el primitivo grupo *Montefiore*, que fue el primero e inicialmente abarcaba lo que fue germen de la colonia Barón Hirsch, con las famosas colonias N° 1, N° 2, N° 3, N° 4, que se fue extendiendo y diluyendo hasta abarcar *Tres Lagunas*, nombre este último que prevaleció, aunque la ICA sigue llamando a esa parte de la colonia con el nombre del gran benefactor judío británico del siglo pasado.

Hacia el otro lado del pueblo el grupo Cremieux conserva los límites de lo que primitivamente llamaban los colonos *Pietijadka*.

Más definida es la fisonomía de las otras colonias o grupos. Philipson, a la que se agregó el N° 1 para distinguirla de las que más tarde surgieron con el mismo nombre y otra correlación: Philipson N° 2 y, como hemos visto al referirnos a Colonia Lapin, Philipson N° 3, que es la denominación oficial que la ICA mantiene para ese grupo, así como Narcisse Leven N° 1 y N° 2, que nada tienen que ver con la de Bernasconi.

En la parte de La Pampa, hoy provincia de Eva Perón, había cuatro grupos de colonias, a saber: Barón Guinzburg N° 1 y N° 2 y Clara N° 1 y N° 2, inicialmente creados por la ICA con el propósito principal de colonizar allí a obreros agrícolas de Coronel Suárez, Médanos y otros puntos, aunque más tarde se instaló también allí a hijos de colonos, y otras dos muy cercanas a la Provincia de Buenos Aires: Cremieux N° 3 y Cremieux N° 4. La primera de estas era conocida también por el nombre de Port Arthur, risueña derivación de la presencia de un colono, Stoizel, que había peleado en Port Arthur durante la guerra ruso-japonesa, bajo las órdenes del defensor de la plaza, general Stoizel, que llevaba su mismo apellido.

En 1919, los vecinos de estas colonias, inducidos por el aislamiento a que los condenaba la distancia de Rivera y los malos caminos, resolvieron fundar su propio centro de cultura, que ya mencionamos al referirnos a la Biblioteca que presidió Isaac Marchevsky en Colonia Guinzburg. Era algo más que una biblioteca y se llamó Centro Cultural *Sholem Aleijem*, realizando veladas y bailes, con cuyo producido se costeaban los libros, que más tarde fueron donados al hospital Dr. Noé Yarcho. Además de Marchevsky fueron sus propulsores Israel Gavinoser, secretario, Bernardo Gamarnik, Abraham Roch y otros.

Mucho más adelante, ya en vísperas de la guerra mundial, y como un medio de colonizar a refugiados judíos de Alemania, se fundó la colonia *Veneziani*, a la que luego siguió otra que recibió el

nombre de *Schtarkmet*. La de Veneziani se organizó con refugiados de *Gross Gaclow*, un lugar de Alemania cuya tradición hortícola, que los inmigrantes conservaban, indujo a la ICA a instalarlos con vistas a la creación de huertas, aprovechando un terreno arenoso que tenía agua a poca profundidad para el cultivo de ajo, proveyéndoles molinos y otras mejoras.

Nuevamente asoma aquí el tema polémico sobre la insuficiencia de las parcelas, que eran inicialmente de 50 hectáreas y se ampliaron a 75. Hay colonos que afirman en son de crítica que, no obstante la larga y ya decisiva experiencia sobre los males derivados del terreno reducido, la ICA insistió en colonizar sobre parcelas chicas. A ello replican los hombres de la dirección que para el destino previsto los lotes eran más que suficientes, y resultaron reducidos porque los colonos, desechando las ventajas de su especialización hortícola, prefirieron dedicarse a la explotación tambera, que no había estado en los propósitos iniciales.

Como quiera que fuese, los colonos trabajaron duramente, con ese empeño que los judíos alemanes ponen en todo cuanto emprenden para hacerlo lo mejor posible. Plantaron árboles y flores; se esmeraron en el aspecto de sus viviendas; crearon, en fin, una colonia digna de mostrarse a los viajeros, cosa que pudo comprobar el director general de la ICA, Sr. Luis Oungre, en una de sus últimas visitas, de la que este libro recoge asimismo un testimonio gráfico.

La misma discusión se plantea con respecto a *Schtarkmet*, quizá más clara todavía porque aquí se trataba de sembrar trigo. Quienes pudieron hacerlo lo hicieron tan bien, que un Primer Premio en la Muestra de Granos de la Exposición Nacional de Ganadería de 1941, concedido a un colono de *Schtarkmet*, D. Herman Levy, documenta la calidad del esfuerzo personal. Pero, si habían probado ser insuficientes 150 hectáreas, dicen algunos colonos, ¿cómo podía esperarse que tuviéramos éxito nosotros con sólo cien? Ocurrió lo de siempre: prosperaron los que pudieron quedarse ampliando sus chacras, a costa de agregados de los que se consideraban fracasados y se marchaban.

De estos, hay alguno que todavía añora en su fiambrería de Buenos Aires aquella "hermosa vida del campo" que dejó para siempre, porque se ha desvanecido ya el recuerdo de su dureza, y en cambio cobra cada vez más fuerza en su espíritu la evocación de su contacto con la tierra, en medio de las flores y los árboles que él había plantado con sus propias manos.

XVI

RIVERA DE HOY Y SU FUTURO

Y así llegamos al final de esta revista, al capítulo que refleja el hoy de Rivera después de haber transitado largamente por su ayer.

Hemos reservado para él algunas de aquellas instituciones cuya acción atañe al futuro de Rivera, aunque esto es desde luego convencional, porque todas las instituciones del pueblo, y en mayor proporción las que aseguran su prosperidad por el esfuerzo colectivo, trabajan por ese mañana con que sueñan los rivereños, proyección de esta etapa del cincuentenario, propicia a observar el camino recorrido y a fijar metas para el que falta recorrer.

Es largo todavía, pero quienes lo advierten abrigan la legítima esperanza de que ahora las etapas serán más aceleradas, por lo mismo que los actuales pobladores disponen de unas bases de que sus antecesores carecieron.

Dijimos al comenzar este libro que el éxodo fue uno de los males de Rivera, como lo fue de todo el campo argentino. Y que ahora tiene el pueblo un antídoto de ese problema en los dos colegios secundarios que han surgido en los últimos años. Vamos a observar brevemente el origen y funcionamiento de estos institutos, que al permitir a los adolescentes rivereños permanecer en el pueblo hasta que, terminada la etapa de la segunda enseñanza, puedan orientarse por sí mismos, se ha convertido en uno de los principales, elementos de fijación en Rivera de las familias que en el pasado hubieran marchado tras de sus hijos cuando debían iniciar sus estudios.

En el inevitable desplazar de los ternas, habíamos dejado de lado una conquista aún más elemental, que define la situación

anterior al momento en que ella se logró: los dos últimos grados de la escuela primaria, obtenidos recién en 1928, al crearse la escuela provincial, asimismo debida al insistente esfuerzo del pueblo, referido tanto a las gestiones realizadas como a la contribución para costear el terreno en que la Dirección General de Escuelas iba a construir el edificio.

Hemos mencionado ya la parte que tuvo en ello el que era entonces titular de esa repartición, Dr. Ramón Rasquín, que muchos años antes había sido Intendente Municipal y médico de Carhué. El Centro Cultural organizó entonces la consabida fiesta con su respectiva función teatral —panacea de los problemas rivereños— y el producido, que se sumó a la contribución de la ICA, permitió poner a disposición de las autoridades provinciales el solar en que se inició la edificación.

Pero les urgía demasiado a los rivereños el quinto y sexto grado para esperar a que estuviera terminada, y a instancias del pueblo se inauguró la escuela en una casa vieja, trasladándose más tarde al nuevo edificio.

La primera directora de la escuela provincial fue la señorita Zulema Ibarrart, que contó con la colaboración de las maestras Rosa Safián, Fanny y Josefa Plotkin, Fanny Schpoliansky, los hermanos Correch y otros.

Fueron, con los abnegados maestros de la escuela de la ICA y más tarde de la N° 146 que le sucedió, así como de las escuelitas de las colonias, el esforzado grupo de aquellos a quienes varias generaciones de rivereños deben sus primeras letras.

Hoy hay en toda la colonia once escuelas del Estado, cinco de ellas nacionales y seis provinciales, con un total de 35 maestros, de ellas dos en Rivera y una en cada uno de los respectivos grupos. Hoy los que egresan de la escuela primaria hallan abiertas las puertas de la segunda enseñanza sin salir del pueblo, dando satisfacción al legítimo anhelo de los padres de instruir o dar carrera a sus hijos sin el sacrificio de apartarlos del hogar.

El Colegio *Mariano Moreno* y la Escuela Agraria *Presidente Perón* cumplen esa misión y la cumplen bien, no obstante las dificultades. Veamos su breve ejecutoria.

INSTITUTO ADSCRIPTO MARIANO MORENO

La iniciativa de crear un colegio secundario surgió de la ICA, y en su local se realizó la primera reunión en que esa idea fue lanzada, el 4 de noviembre de 1950. Allí el hombre que llevaba la voz de la ICA, Dr. Kurth Rigner, produjo un documentado informe, en el que en base a la experiencia de otros institutos similares propiciados por la ICA, como el de Basavilbado, se afirmaba la necesidad y la posibilidad de que Rivera llegara a contar con su colegio.

La discusión ilustró claramente sobre lo que deseaba la mayoría, y descartadas las variantes como una escuela técnica o un colegio mixto nacional y comercial, convocóse a una gran asamblea que se reunió dos días más tarde bajo la presidencia de Don Juan Cejpek, de la que surgieron la idea ya concretada de inaugurar un colegio nacional adscripto, y una comisión provisoria para llevar a cabo las gestiones necesarias, que estaba presidida por el Sr. Isaac Schatzky y cuya secretaria era la señora Teresa Santiago de Salvo.

El eco que halló en el pueblo la iniciativa fue sin duda un factor que influyó en la decisión del Ministerio de Educación, donde menudearon los telegramas en los que se proclamaba el anhelo de padres e instituciones.

Pero transcurría el verano, se acercaba el momento en que iba a comenzar el curso lectivo, y nada se sabía aún de la adscripción ni de la concesión del local. El pueblo fluctuaba entre la esperanza y la inquietud, y para calmarlo se tomó una decisión heroica: iniciar los cursos de cualquier manera, anunciándose en una nueva asamblea que ello se haría el 2 de abril de 1951,

aprobándose los estatutos que regirían la existencia del colegio y comprometiéndose el local, que había construido en 1950 Don Herman Strocovsky.

La iniciación tuvo el mismo carácter pionérico que muchas de las cosas que se habían hecho a puro espíritu. Con un escritorio prestado por la señora de Mazza y bancos cedidos por la ICA dispusieron a iniciar los cursos, se designó Rector a Don Isaac Schatzky, así como los titulares de las primeras cátedras (*), y se hicieron los preparativos para la tarea, dándose comienzo a la inscripción de los primeros alumnos.

Hubo dos ceremonias simbólicas de inauguración de los cursos. En la primera, sencilla pero de intensa emoción, reunidos en el patio de lo que a partir de ese momento ya era el colegio, miembros de la comisión, profesores y padres de alumnos, y formados éstos en torno al mástil, procedió a izarse la bandera, pronunciando breves y significativas palabras la profesora y secretaria Sra. de Salvo, cantándose el Himno Nacional y dando por abiertas el Rector las clases del primer curso lectivo secundario en la historia de Rivera.

El segundo de esos actos se celebró días más tarde, con la presencia de una delegación de la *Asociación de Residentes Riverenses*, del diputado nacional del distrito Sr. Bosco y otras autoridades, comprometiéndose allí mismo la donación de bancos por parte del Ministerio de Educación de la Provincia, así como la ayuda que la A.R.R. estaba dispuesta a prestar al Instituto.

La adscripción tardó unos meses más pero llegó por fin, el 26 de julio de ese año, después que los inspectores que visitaron el insti-

(*) Estaban distribuidas así: Cloe F. B. de Mazza, Castellano; Teresa S. de Salvo, Historia; Dra. Martha P. de Veitz, Inglés; Isaac Schatzky, Vida Vegetal; Rebeca Alesker, Cultura Musical; Aurora M. de García, Trabajo Manual; Anastasia Cejpek, Religión y Geografía; Greta Rivkin, Moral; Dr. Marcos Veitz, Educación Física.

tuto comprobaron, con su eficiencia, la calidad de su misión.

La ayuda prometida por la A.R.R. se manifestó reiteradamente, contribuyendo a la dotación del Colegio con la comisión cooperadora, que fue renovada en una asamblea para reemplazar a quienes debieron dejar la comisión porque pasaron a desempeñar cargos en el Colegio (*).

Esa colaboración fue harto necesaria, porque para fortuna del pueblo al primer curso se fueron agregando el segundo año, luego el tercero y el cuarto, de modo que los alumnos de la primera promoción pudieron ir completando sus estudios, y este año inician el último curso, mientras nuevas promociones vienen agregándose a los años inferiores. Ello exigía cada vez nuevos elementos para las sucesivas divisiones que fueron provistos mediante generosa ayuda, trasladándose el colegio al local del antiguo negocio de Faure, refaccionado expresamente por su dueño, Don Aarón Grimberg, e inaugurándose un gabinete de química que hace honor al Colegio.

El rector Schatzky y el cuerpo de profesores cumplen sus tareas con la conciencia de realizar una alta misión. Pocas veces una localidad esperó tanto de un colegio de segunda enseñanza, y ellos sienten la enorme responsabilidad y tratan de estar a su altura. El testimonio del pueblo y las autoridades educacionales prueba que lo consiguen.

LA ESCUELA AGRARIA PRESIDENTE PERON

La escuela agraria de Rivera representa, no sólo un establecimiento de segunda enseñanza para que los chicos no se vayan a estudiar fuera del pueblo, sino aquel que les capacita para una tarea que es esencial en la colonia: dirigir una explotación racional del trabajo de la tierra en la chacra del padre, que un día será suya, por medio de conocimientos que les permitan aprovechar al máximo las posibilidades, y reducir al mínimo las contingencias que hicieron tan dura la vida y la labor de los colonos en el pasado.

Ese es, por lo demás, el principio que rige el funcionamiento de la escuela: enseñarles lo que van, a necesitar en la granja del padre. Por eso el programa práctico incluye carpintería, herrería, horticultura, forrajicultura, cultivo de cereales, tambo, y prepara a los futuros granjeros para un conocimiento integral de su oficio. Sin desatender aspectos de su preparación general, la enseñanza no es libresca sino práctica, tendiente a dotar a los alumnos de la mayor suma de conocimientos adquiridos sobre el terreno, en el espacio de tiempo que dura el curso.

También la creación de la Escuela Agraria obedeció a empeñosas gestiones de la población, en cuya iniciativa tuvo la ICA particular intervención, haciéndose cargo por mitades de la donación de un campo de 300 hectáreas, *El Quebrado*, cuya otra mitad costearon conjuntamente las Cooperativas Granjeros Unidos y Tamberos Barón Hisch.

Con esa base se gestionó ante el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires la creación del establecimiento que quedó resuelta, dependiente del Ministerio de Asuntos Agrarios, y fue inaugurado en 1952, con el nombre de *Presidente Perón*, bajo la dirección del perito agrónomo Pablo C. Ferro, quien conquistó muchas simpatías en la población y un decidido apoyo para la obra que dirigía. Al ser trasladado el Sr. Ferro fue reemplazado por el ingeniero agrónomo León M. Szwimer, que cuenta con la colaboración de los profesores Dres. Pedro. Rolla y Arturo Melamed.

Además del campo mencionado, dispuso la escuela para su funcionamiento de un antiguo local que representaba en Rivera la historia de una esperanza frustrada: la fábrica de conservas de legum-

(*) Quedó integrada así; Presidente, Aarón Resnicof; Vocales titulares: Juan Cejpek, Abraham Ratuschny, Isaac Bloom, Naón Guitelman, Israel Chejter, Salomón Cohen, Pablo Ferro, Miguel Melamed, Anselmo Fernández Pedroza, José Acevedo, Bernardo Schmuckler. Vocales suplentes: Lucio Recalde, Isidro Regalado, Antonio Lapacó, A. Manfredottl, Francisco Ferrada, Dr. Mauricio Glik. Síndico titular: Alfredo Lewkowitz; Síndico suplente: David Luñansky.

bres envasadas, que a pesar de los excelentes auspicios con que se inaugurara poco más de una década antes se había visto obligada más tarde, por distintos factores a cerrar sus puertas.

El Ing. Szwimer hizo el proyecto y dirigió la construcción, prevista en el II Plan Quinquenal, tendiente a convertir la antigua fábrica en un establecimiento adecuado a sus necesidades. Tiene capacidad para 40 alumnos, incluidos dormitorios, comedor, aulas, talleres y dependencias. En las tareas de construcción colaboró el personal de la escuela, que además de un quintero y dos peones incluye un carpintero, un herrero y un capataz general, además del cocinero y ayudante y dos mozos. En el *Quebrado* hay además un encargado y 3 peones.

La Escuela dispone de una quinta para la enseñanza de la horticultura, de un vivero para arboricultura, de plantaciones para fruticultura, en la que se aprenden nociones sobre el cuidado y la poda, así como la lucha contra las plagas.

El programa integral incluye asimismo construcciones en el campo de la escuela y un tambo experimental, con equipo fiara el ordeño mecánico.

En los tres años de existencia fue firme el aumento del ingreso de alumnos. Empezaron con ocho o nueve de los que siete egresaron ya. Hubo más en el segundo curso, con una sola baja, y en el tercero ya se anotaron 16 ó 17. La primera promoción ha creado un sentido de emulación y se espera que en el próximo curso la escuela funcione con una inscripción al máximo de su capacidad.

Las tareas están en sus comienzos, con perspectivas que permiten augurarle buen éxito a esta auspiciosa creación del Gobierno de la Provincia.

LA ICA, LAS INSTITUCIONES Y LA MUNICIPALIDAD

Hemos visto en el curso de este libro el surgimiento de Instituciones de bien público, y hemos observado también el papel que tocó a la ICA en relación con ellas, vinculándose a su nacimiento o colaborando en una forma u otra a su progreso y al del pueblo.

Esta colaboración de la ICA arrancaba del terreno del que ella era propietaria, y en cada caso la cesión, arriendo simbólico o venta del solar a bajo precio era el punto de partida. Faltaba mencionar los que cedió a la Municipalidad para edificios públicos, y la colaboración que prestó a las autoridades, lo que unido, a su obra escolar hace un historial que es motivo del legítimo orgullo para la Jewish Colonization Association.

Terrenos para el Cementerio Municipal, el Matadero Municipal, la subcomisaría de policía, la Iglesia católica, la Iglesia protestante, la oficina de correos, y dependencias municipales a los que hay que agregar otros en Huergo, Lapin, etc., son donados en el curso del tiempo para facilitar la erección de las oficinas o establecimientos respectivos.

La creación del Departamento Cultural y Social de la ICA, que posee discotecas circulantes y promueve la visita de conferenciantes y artistas, ha de mencionarse asimismo como una contribución a la actividad espiritual de la colonia. Todo ello, el estrecho, contacto que mantiene la ICA con las Cooperativas y la permanente disposición a colaborar en iniciativas de bien público dan a la institución un papel destacado en la vida del pueblo.

Mencionamos dependencias municipales, lo que supone la presencia de una autoridad comunal que en esta revista cronológica no puede ser ignorada. Enumeramos en el capítulo dedicado al comienzo de la localidad los primeros delegados municipales. Enunciaremos los restantes (*). Fueron muchos, y en contraste con la larga continuidad de Don Luis Silvera, algunos pasaron muy

fugazmente por la sede de la autoridad comunal. Quizá ello explique el precario balance de obras realizadas en Rivera por la Municipalidad del Partido, apenas modificado por algunas honrosas excepciones.

En los últimos tiempos, justamente, han de mencionar-se dos obras estimables: el mejoramiento del Matadero Municipal, y la creación de la Plaza Presidente Perón.

Y ya que hablamos en términos municipales daremos, contrariando una norma de este libro que no pretende ser estadístico, una sola cifra: la de la población total de Rivera al 1° de enero de 1954. Tenía entonces 4675 habitantes, incluidas las colonias y la planta urbana, con una alta proporción de familias que residen en sus chacras y no en el pueblo.

EL COMERCIO Y LA INDUSTRIA

Ya hemos mencionado al observar los primeros pasos del pueblo, el papel verdaderamente pionérico que le tocó a los comerciantes, sobre quienes recayó muchas veces el mayor peso de los problemas de la colonia.

Esto debe ser recalcado, porque en esa tradición creció y se afirmó el comercio de Rivera. Recogemos una frase que vale por una definición: —Yo no embagué a nadie y no me fundí. Y hubo quienes ejecutaron y se fundieron igual. El comerciante que entrevió el futuro de Rivera aguantó, y se salvó con ella. Los otros se fueron.

(*) Desde 1929 hasta la fecha se sucedieron en Rivera los siguientes delegados municipales: Aarón Sas, Luis Silvera, Antonio Lapacó, Luis Silvera, Ramón Bonaora, León Schamsanovsky, Luis Silvera, Tulio Galán, Agustín C. La Puente, Angel O. Mesina, Antonio Lapacó, Juan Cejpek, José A. Rasmunsen, Isaac Bloom. Israel Chejter, Raúl Esevich, Sebastián Gallo, Raúl Strassera, Juan Cejpek, Julio A. Lugones, Sebastián Gallo, Blas N. Chiara, Millo Bosco, Francisco Beunza, Anselmo Fernández Pedroza.

No sólo comercio sino industrias hubo en Rivera, y son notorias las iniciativas que dieron al pueblo sus primeros establecimientos industriales.

Vimos en este mismo capítulo que el local de la Escuela Agraria se levantó donde estuvo la fábrica de legumbres envasadas. Fue un establecimiento modelo, que contó con el auspicio de la ICA y capital privado a la que esta interesó en la iniciativa. Debía basarse en la producción de los colonos alemanes de *Veneziani*, que le iban a proveer las legumbres de sus huertas. Comenzó la tarea con excelentes auspicios, y el cierre posterior no amengua el valor de una empresa que, de haber logrado éxito, pudo transformar la fisonomía de Rivera.

Otro establecimiento notable en su momento fue la fábrica de fundas de paja para botellas, novedosa industria que tendía a aprovechar la altura a que llegaba en Rivera la paja de centeno, y que cesó por razones ajenas a su eficiencia: la falta de mercado, derivada de la interrupción del uso de fundas por grandes firmas que hacían abundante consumo de ellas.

Rivera tuvo también su molino harinero, que fue un establecimiento ejemplar. Y una fábrica de jabón. Y una cremería, antecedente de la industria lechera que hoy exhibe orgullosamente los quesos de la Cooperativa de Tamberos. Y tuvo además la iniciativa de un cultivo que hizo su camino en la colonia: la cebada cervecera, estrechamente conectado con esa industria, que tuvo sensible influencia en el desenvolvimiento del trabajo agrícola.

Este melancólico repaso de buenas iniciativas que ya son cosa del pasado, tiene un valor concreto: mostrar cómo Rivera tardó en hallar su camino, pero no la arredraron dificultades para emprender cada vez la búsqueda de rutas nuevas.

En ese sentido vale la pena detenerse en un contraste: la primera feria de hacienda, que existió en Rivera allá por el veintitantos desapareció, arrastrada por la situación entonces ruinosa de la colonia. El segundo Remate—Feria de Hacienda privado, surgido

hace 10 años, no sólo se impuso sino que, llevada por su emulación, indujo a la Cooperativa Granjeros Unidos a instalar otro, que se convirtió en uno de los buenos instrumentos económicos de su gestión. La feria de hacienda tiene un valor decisivo en el progreso de la producción ganadera, fomentando la tipificación y el mejoramiento de los planteles, para que el criador no envíe a sus animales al remate en condiciones desventajosas. Y es un progreso que en una zona que probó ser ganadera por excelencia, no se puede desconocer.

La primera Exposición Ganadera, que Rivera ha de exhibir orgullosamente en su Cincuentenario, será un buen testimonio de lo alcanzado en este terreno.

LA USINA DE RIVERA Y LA COOPERATIVA ELECTRICA

En esta revista del aporte de la industria privada ha de mencionarse asimismo lo que significó en Rivera la producción de energía eléctrica, que el pueblo disfruta desde el 1° de enero de 1925, en que se inauguró la usina levantada por la firma Esteguy, Gueler y Cía. Su propulsor fue don Aarón Gueler, a cuya iniciativa el pueblo debía el haber logrado la luz eléctrica.

El 22 de noviembre de 1945 se fundó la Cooperativa Eléctrica Ltda. de Rivera, que un año después logró la personería jurídica. Pero a pesar de todos sus esfuerzos y del deseo de sus animadores, no ha podido cumplir su propósito esencial, que es darle al pueblo una usina cooperativa de producción de luz y fuerza. Bien lo explicaba su mesa directiva, con la firma del presidente Juan Cejpek, el secretario Julio Lugones, el tesorero Moisés Roitburd y el síndico Antonio Lapacó, al informar a la última asamblea, cuando señalaba que ni le ha sido posible comprar los equipos para una usina nueva, porque su alto costo los hace prohibitivos, ni han tenido éxito las gestiones realizadas ante la Intendencia Municipal de Carhué para lograr la expropiación de la usina existente o bien para comprarla a

sus actuales propietarios. Señalaban, empero, su esperanza de obtener éxito en las gestiones, mencionando al respecto las resoluciones aprobadas por la Reunión de los Municipios, y sobre todo, decían, "porque tenemos derecho a insistir en la expropiación de la usina local, para asegurar a breve plazo, un futuro servicio de electricidad en las condiciones que el progreso del pueblo y sus necesidades requieren".

LA ASOCIACION DE RESIDENTES RIVERENOS

En los últimos años surgió un factor nuevo, que además de su repercusión sentimental alcanzó también un innegable valor práctico para Rivera: la fundación en Buenos Aires de la Asociación de Residentes Rivereños, entidad en que el pueblo se proyectaba, a través de la nostalgia que por él sentían sus hijos emigrados a la ciudad. Confluyeron en ella varias iniciativas, simbolizadas por otras tantas comidas en las que jóvenes ex rivereños y otros que ya no lo eran tanto reencontraban la vieja cordialidad. Más tarde, cuando la iniciativa encontró eco propicio entre los ex pobladores de Rivera, Don Ernesto Guberman redactó los principios a que había de ajustarse la asociación, que definían bien el móvil que los guiaba: renovar entre los hijos la amistad que habían mantenido en Rivera los padres; destacar la obra altruista de los viejos rivereños; mantener amistosos vínculos con las instituciones de Rivera y hacer, como buena entidad democrática, una afirmación de antirracismo.

Cuando la idea trascendió de un círculo íntimo y atrajo a un número considerable de rivereños, en abril de 1950 una gran comida de camaradería dio la tónica de esa expresión de solidaridad que buscaba concretarse. Y meses más tarde, en noviembre de 1950, se constituyó formalmente la Asociación de Residentes Rivereños. Un hombre que tomó la idea con la pasión que ponía en todo lo que él juzgaba merecido, Don Alejandro Cherny, fue consagrado presidente de la entidad.

Y a partir de entonces, y bajo su impulso, la A. R. R. adquirió

gravitación sobre las cosas de Rivera, movilizándose para aportar ayuda cuando alguna de las instituciones lo requiera (*).

Por eso la muerte de Alejandro Cherny, acaecida el 12 de junio de 1954, fue un duro golpe para la A. R. R. y un motivo de profunda pena para Rivera, y cuando fue sepultado, por su expresa voluntad, en el cementerio del pueblo, el vecindario entero le rindió homenaje.

ANTE EL CINCUENTENARIO

Cuando se cumplieron 25 años de la llegada de los primeros pobladores, Rivera atravesaba uno de los peores momentos de su historia. Don Arturo Bab intentó en vano organizar una celebración, que no pudo hallar eco en medio de la crisis que abrumaba al pueblo. Y expresaba entonces la esperanza de que el cincuentenario hallara a Rivera en ánimo y en circunstancias más propicias. Cuando se cumplieron cuarenta años de la fundación, ya no pasó desapercibido el aniversario, y una foto en la que posaron, junto a los más jóvenes, los primeros pobladores, documentó ese momento de la vida del pueblo, que este libro recoge.

Y ahora llegamos al medio siglo. Algunos de los que entonces estaban ya no están más. Los que quedan tienen la cabeza más blanca, y diez años más de recuerdos que agregar a lo que habían vivido, con la única pena de que el compañero o compañera de toda la vida no hubiera alcanzado a vivir también este momento. Porque los diez años últimos valía la pena vivíroslos, para tomarse el desquite contra el tiempo y la adversidad.

(*) La primera comisión directiva de la A.R.R. estaba integrada así: Presidente, Alejandro Cherny; Vice Primero, Arnoldo Stronguin; Vice Segundo, Ernesto Guberman; Secretario, David Jadzinsky; Secretario de Prensa, Isaac Libenson; Secretario de Actas, León Brodsky; Tesorero, Moisés Vesfrit; Pro Tesorero, Alfredo Gersonsky; Vocal: Carlos Bolton, Haydée Mendez de Libensohn, Elisa Guberman de Rujelman, Rebeca Peker de Smola, Rosa Karabelnikof, Luis Cherny, Agraam Heiber, Mauricio Rasnik, León Wisnivetzky, Gregorio Cherny; Vocales suplentes: José Besedovsky, Salomón Saslavsky; Síndico, Bernardo Papiermeister ; Síndico Suplente: Ernesto Bolton.

Por eso el cincuentenario, y con él este libro, quiere ser una ofrenda a los que se fueron sin ver terminada su tarea. Sobre la angosta huella que abrieron sus afanes —que ensanchó su afán común, viejo de medio siglo— avanzaron, aprendida la dura lección, los hijos y los nietos.

El camino les fue más fácil, por lo mismo que había sido tan arduo a quienes tuvieron que desbrozarlo para ellos.